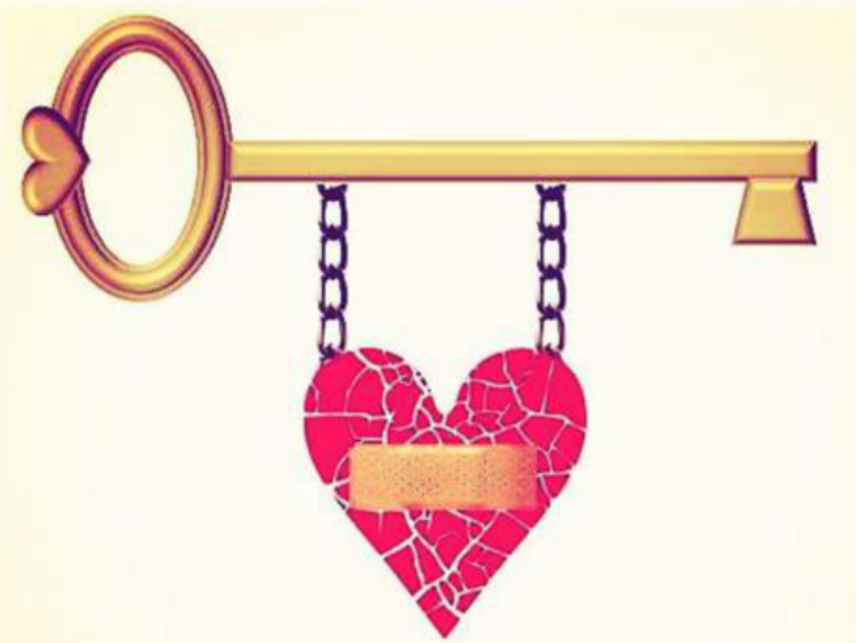
Cova Galena

El club de las NO sufridoras



Prohibido sufrir por amor.

El club de las NO sufridoras.

Cova Galena

INFO ABOUT RIGHTS

1405230908499

www.safecreative.org/work

Índice de capítulos:

El club de las NO sufridoras. 1
Capítulo 1 4
Capítulo 2 16
Capítulo 3 25
Capítulo 4 34
Capítulo 5 42
Capítulo 6 56
Capítulo 7 63
Capítulo 8 70
Capítulo 9 82
Capítulo 10 93
Capítulo 11 104
Capítulo 12 115
Capítulo 13 120
Capítulo 14 132
Capítulo 15 139
Capítulo 16 147

Capítulo 1

La creación del club.

Llevaban más de tres horas caminando, pero aún querían más. No les parecía suficiente peregrinaje para aliviar sus penas y expiar sus pecados.

—Creo que me podría comer una vaca —dijo Lucía.

—¿Pero tú no eres vegana? —le preguntó Noa con una fingida cara de extrañada.

—Mujer, es una forma de hablar. Te lo tomas todo al pie de la letra.

—Pues yo, después de los excesos de anoche, necesito al menos dos días sin comer para purificarme —dijo Carla mientras se sentaba en uno de los muros de piedra, que bordeaban la calzada romana que estaban atravesando.

Esa era una de las rutas de senderismo preferidas de los domingueros por su fácil acceso, su amplia zona de aparcamiento y porque no había que tener la condición física de un deportista de élite para realizarla. Por suerte, no era domingo y desde que habían llegado sólo se habían cruzado con una pareja de más de sesenta años que caminaba con un ritmo envidiable.

—Con la caminata que nos estamos pegando, la ración triple de postre y los cuatro Gin Tonics, ya han pasado a mejor vida.

—Puede... pero tanto aire puro hace que me duela la cabeza. —A Lucía parecía no estar sentándole muy bien el paseo.

—A eso se le llama resaca.

—Pues yo tengo una angustia aquí en el pecho —confesó Carla.

—¿Recordáis lo que hemos hablado ayer? —les preguntó Noa.

Lucía y Carla, aunque se habían pasado bebiendo y tenían alguna pequeña laguna, sabían perfectamente a qué parte de la conversación se refería Noa.

—Chicas —su cara reflejaba la seriedad y la solemnidad del momento, —llegado este punto, en el que nuestras vidas van a la deriva y en el que nosotras estamos perdidas en medio de la nada, deberíamos hacer un pacto de sangre.

—¡Puaj!, no hables de sangre, se me revuelven hasta las ideas. —Aunque estaban en un lugar de ensueño, para Lucía no estaba siendo la excursión más idílica del mundo.

—Aish… que es una forma de hablar. Me refiero a que podríamos hacer un juramento.

—Sí, no volver a beber —dijo Carla mientras se frotaba las sienes.

—Pero que mal os sienta la resaca. —Noa estaba empezando a enfadarse. —Debemos prometernos, principalmente, a nosotras mismas, que siempre vamos a ser fuertes y lucharemos, con todas nuestras fuerzas, por conseguir aquello que queremos y con lo que soñamos.

Carla y Lucía pusieron cara de circunstancia.

—Vale, podemos tener un día de bajón y de debilidad. Pero después de una sobredosis de chocolate, más de dos Gin Tonics y toneladas de lágrimas, debemos reponernos y seguir adelante con ganas de comernos el mundo. Sí, de nada sirve que nos quedemos en casa ahogándonos en nuestras penas. La vida no está hecha para que perdamos el tiempo sufriendo. Además, ¿no es lo que hemos hecho hasta ahora? Luchar y luchar. Pues a partir de este momento, queda constituido oficialmente el club de las NO sufridoras.

Los antecedentes.

Sin saberlo, el mismo día, pero a cientos de kilómetros de distancia, un acontecimiento de gran importancia iba a cambiar sus vidas para siempre.

—Dime que no me vaya y me quedaré — casi le suplicó Jacobo.

—No puedo pedirte que renuncies a tus sueños por mí —dijo Noa con dureza.

—Era nuestro sueño y tu ibas a venir conmigo ¿recuerdas? —preguntó Jacobo intentando ser irónico. No entendía que era lo que había cambiado para que ahora no quisiera irse con él. Si era sincera ella tampoco lo sabía.

—Lo siento, no puedo.

—¿Lo siento?, ¿así?, ¿sin más? —parecía enfadado y no era para menos.

En cuestión de segundos estaba echando por tierra todos sus planes, por los que él había trabajado tan duro. Y poco a poco, su enfado se transformó en desesperación.

—Por favor, explícame que está ocurriendo porque no lo entiendo.

¿Cómo explicar lo que ni siquiera era capaz de verbalizar?

—No sé si me siento preparada para seguir adelante. —Sí, creo que es eso lo que me ocurre realmente, pensó Noa.

—¿Ya no me quieres? —preguntó abatido.

—No lo sé —se escapó de su boca, sin pensar.

¿Cómo podía haber dicho eso?, se preguntó. Su cuerpo se descompuso y sintió como si acabase de noquearlo. Intentó arreglarlo.

—Claro que te quiero, eres muy importante para mí —se esforzó por no equivocarse en sus palabras—Pero necesito tiempo. Necesito averiguar qué es lo que no me deja avanzar.

Noa se esperaba una frase lapidaria del tipo: "*Quizás cuando te decidas sea demasiado tarde*", pero Jacobo era demasiado noble, demasiado buena persona y la quería más de lo que se merecía.

—Me estás destrozando, pero no puedo obligarte a hacer algo que no quieres —se acercó a ella y sujetó su cara entre sus manos—, no olvides que te quiero —soltó su cara y la estrechó entre sus brazos—, te estaré esperando.

Se sentía desgraciada. Estaba haciéndole daño a una de las personas a las que más quería. Él lo había sido todo para ella en esos últimos años. Pero no sabía que le ocurría. Noa siempre había pensado que era Carla la que tenía serios problemas para reconocer y exteriorizar sus sentimientos y ahora era ella, la que no era capaz de ponerle nombre a sus emociones. Eso le pasaba por haber estado años intentando hacerle psicoanálisis a Carla. Se lo tenía merecido.

Desde el día que le dijo que le habían ofrecido la vacante en Nueva York supo que no era el momento de irse con él. Esos últimos dos años había trabajado mucho, demasiado. No se lo reprochaba. Pero quizás el poco tiempo que habían pasado juntos, había hecho que se

distanciara de Jacobo. Sí, se había enfriado y no sabía si aún estaba enamorada de él.

Jacobo tenía la oportunidad de trabajar en Zerfix, la compañía farmacéutica más importante a nivel mundial. Cualquier ingeniero químico desearía trabajar allí, para ellos era como la Meca. Pero de entre todos los candidatos lo habían escogido a él. Cumpliendo no sólo con uno de sus sueños, sino también con el de Noa, que desde el primer día que se conocieron, le había hablado de la ilusión que le hacía poder vivir en Nueva York.

La noche anterior habían quedado para cenar. Jacobo le había preparado una sorpresa y reservó mesa en el restaurante favorito de Noa. Un restaurante de cocina mediterránea en la zona de Huertas, que destacaba por su ambiente acogedor y romántico y por una cocina de gran calidad, sin precios desorbitados.

Una luz tenue, velas, música suave de ambiente y una mesa decorada con mucho gusto, hacían que destacara entre los diferentes restaurantes de la zona.

Noa intuía que la sorpresa sería la noticia de que le habían dado la vacante, pero Jacobo tenía una petición que hacerle. Había pensado que irse juntos a emprender la gran aventura americana era un paso muy importante, pero él necesitaba algo más que le ayudase a afianzar su relación. Además, era algo que le hacía mucha ilusión. Jacobo quería casarse con Noa. Sabía que con el traslado a Nueva York no iban a tener mucho tiempo para organizar la boda, pero le apetecía compartir con ella la emoción de ir preparándola poquito a poco. Era un chico tradicional y como había encontrado a la mujer de su vida, deseaba comprometerse con ella.

Le había comprado un anillo de pedida, porque quería que fuese una petición de matrimonio en toda regla y a pesar de los nervios, decidió esperar y hacerle la pregunta en el momento del postre. Durante todo el día no había dejado de pensar en cómo hacerle la propuesta, incluso, se había imaginado cómo sería su reacción.

Pero para él, el silencio de Noa y su cara de disgusto y tristeza, nunca habían sido una opción. Jacobo se sintió profundamente decepcionado y el resto de la noche se trataron como dos extraños.

Durmieron en la misma cama, sí, pero prácticamente ni se hablaron y en ningún momento se dirigieron la mirada. Él estaba demasiado dolido y ella se sentía demasiado culpable.

Aun así, Jacobo se tragó su orgullo y el dolor por haber sido rechazado y a la mañana siguiente intentó arreglar las cosas. Desafortunadamente, no le había servido de mucho.

En otro lugar.

Tres años después de su ruptura, Carla volvió a tener noticias de Rafa. Un antiguo profesor suyo, Alberto, con él que aún charlaba de vez en cuando, un día se acercó a verla a la empresa.

—¡Qué sorpresa!

—Sí, es un poco raro, perdona por la visita, ¿te molesto?

—No es ninguna molestia. Dime, ¿qué te trae por aquí? —preguntó con curiosidad.

—Bueno, no sé por dónde empezar... —vaciló—. Iré al grano. Este verano me encontré en la playa con Rafa.

Carla se estremeció al escuchar su nombre, no se imaginaba que la conversación fuese a tratar sobre él.

—Fue una alegría, porque después de su marcha precipitada, me había quedado un poco disgustado por no saber qué le había ocurrido y aunque al principio, intenté localizarlo, me resultó imposible.

Ella no dijo nada, quería seguir escuchando y saber a dónde iba a llegar esa conversación.

—Hemos quedado varias tardes para tomarnos unas cervezas y bueno, aunque al principio estaba un poco hermético, terminó contándome, a grandes rasgos, lo que había ocurrido entre vosotros.

—¿Está bien? —le interrumpió.

—Sí, está muy bien. Le encanta su instituto y —mantuvo un silencio—, acaba de casarse y va a ser padre.

Como era de imaginar, Carla se quedó pálida. Estaba atónita. ¿Cómo podía dolerle tanto que la persona a la que había dejado hace tres años hubiese rehecho su vida?

—Ahora si me preguntas si es feliz, creo que no sería capaz de responderte.

—Pero, ¿ha que has venido? —preguntó ella intrigada y aún en estado de shock.

—Me ha pedido que te diese esto —le acercó una carta.

En cuanto la tuvo en su mano, se sintió impaciente por leer el contenido del sobre y él, que se percató de su inquietud, se fue para dejarle intimidad.

—Creo que es mejor que me vaya. Sólo quiero que sepas que nunca me atrevería a juzgaros a ninguno de los dos y vuestro secreto está a salvo conmigo.

"*Carla,*

He tenido la necesidad de escribirte porque odio como han acabado las cosas entre nosotros.

Alberto me ha contado lo que le ha ocurrido a tu padre y como es tu situación actual. No puedes imaginarte cuanto lo siento. Me imagino lo duró que habrá sido perder a uno de los pilares más importantes de tu vid,a mientras te veías obligada a renunciar a tus sueños. Eres una chica fuerte y sé que no te vas a rendir. Tarde o temprano, no sólo alcanzarás tus sueños, sino que los superarás con creces.

He pensado mucho en ti, de hecho, aún sigo haciéndolo.

Me has roto el corazón. No pretendo hacerte sentir culpable, pero te puedo asegurar que después de que me dejaras, estaba tan herido que hasta me costaba respirar. No soportaba no tenerte a mi lado. Pero poco a poco, lo único que me ayudó a levantar cabeza, fue pensar que todo lo habías hecho por mí y porque me querías. Quizás fue algo iluso por mi parte, pero me ayudó a dejar de sentir ese dolor tan insoportable.

Sé que me comporté como un crío, obligándote a decidir sobre mi futuro. No fui muy justo contigo. Habría renunciado a todo por ti, pero te habría hecho responsable de esa decisión.

Quiero que sepas que no te odio. Has sido la mujer más importante de mi vida y de la única de la que me he enamorado tan locamente, que hasta he llegado a perder la razón.

Me imagino que Alberto te habrá contado alguna de las novedades de mi vida.

Sí, acabo de casarme y dentro de muy poco seré padre. Te preguntarás si me he casado por amor y bueno, sé que podré quererla como se merece. Es también profesora y compartimos nuestra vocación. Lo del bebé ha sido un descuido, pero no puedo, ni quiero, evadir mi responsabilidad porque deseo ser padre.

Además, sé que ella será una buena madre y una buena compañera de viaje.

He tenido la tentación de ir a buscarte y sólo Dios sabe que desearía volver a verte. Sin embargo, sería un error que nos destrozaría la vida.

Te quiero y te querré siempre, aunque por fin he comprendido, que tú lugar no está conmigo.

Rafa".

A pesar de los años, Carla siempre había deseado tener noticias suyas y necesitaba verle. Gracias al padre de Noa que también era profesor, consiguió el teléfono de Alberto y sin pensárselo, lo llamó y le pidió que por favor, le dijese de qué modo podía contactar con Rafa. Alberto creyó que Carla también tenía derecho a contestarle, así que le dio su dirección de correo electrónico sin dudarlo ni por un momento. Al segundo, Carla le escribió.

"Rafa,

No sé si hago bien en contestarte pero creo que te mereces de mi puño y letra la verdad.

Haberte alejado de mi lado ha sido lo más duro que he hecho en mi vida. No sólo perdía a la persona que amaba, sino que al mismo tiempo te estaba rompiendo el corazón. Pero te quería demasiado como para permitir que por mi culpa echaras tu vida por la borda.

Fue una locura quererte, una locura maravillosa.

Durante todo este tiempo me dolía pensar que creyeses que nunca te había querido, porque no te habría podido querer más.

¿Recuerdas esa odiosa noche en tu casa?, ¿recuerdas cuando te abracé

por última vez? Todos y cada uno de los días de estos dos últimos años, habría deseado que el tiempo se hubiese parado ahí, sintiendo tu calor, embriagada por el dulce olor de tu cuerpo.

Sé que nuestro futuro no camina de la mano. Nuestros sueños y nuestras ilusiones no tienen la misma dirección. Tu vida tiene ya un sentido, ser una marido y un padre maravilloso. Yo aún estoy esperando la oportunidad de encontrar aquello que me llene y me haga feliz.

Rafa, siempre he antepuesto la felicidad de los demás a la mía propia, siempre he pensado en los demás antes que en mí. Pero por una vez, quiero ser egoísta y pedirte una última cosa. Tú tienes la decisión de aceptarlo o no. Seguramente te parezca un insensatez y una locura, estás en tu derecho, pero necesito verte. Necesito una última noche contigo. Odio como han acabado las cosas entre nosotros y me gustaría poder demostrarte cuánto te he querido y cuánto te quiero y que me recuerdes como esa chica que se enamoró de ti perdidamente, pero con la que no ha podido ser.

Una única noche sin pretensiones, sin reproches, simplemente para amarnos por última vez.

Te estaré esperando el viernes a las 12 en el Grand Palace Hotel.

Y aunque me encantaría despedirme en persona, por si no puedo hacerlo, aprovecho para desearte lo mejor del mundo y espero que la vida sólo te depare infinidad de cosas bonitas.

Siempre te querré.

Carla.

PD: Te mando una tarjeta con las señas del hotel por si decides venir."

No pudo dormir en toda la noche. Desde que la había enviado el e-mail, no había podido conciliar bien el sueño. Sabía que existían muchas posibilidades de que no se presentase en el hotel. Él mismo había dicho que volver a verse podría ser un error que les destrozaría la vida.

No pudo esperar más, estaba impaciente y llegó muy temprano al hotel, sin saber si podría hacer check-in. El hotel era tan bonito y lujoso como se esperaba. Era un ambiente muy refinado de inspiración en la Belle Epoque. Tuvo suerte y como la habitación estaba libre y

preparada, le permitieron entrar.

Carla estaba muy nerviosa, pero la decoración cálida y acogedora de la habitación la calmaron. Los muebles eran clásicos, de madera oscura y predominaban el color amarillo en su gama más clara, amarillo vainilla, con algunos toques de naranja y granate. Se tumbó un rato en la cama con intención de relajar toda la tensión acumulada que tenía en la espalda. Pero como aún quedaban tres horas para que llegase la hora de la cita, decidió dar un paseo por los alrededores, puesto que el hotel tenía unos jardines inmensos y espectaculares. Se llevó un libro con ella y aunque encontró muchos rincones ideales para leer, no era capaz de centrarse en la lectura, estaba demasiado nerviosa.

A las once y media ya estaba de vuelta en la habitación y aprovechó para arreglarse un poco. Tenía todas sus esperanzas puestas en que Rafa acudiría a su encuentro. Hasta que no llegase el momento de la verdad, prefería ser optimista.

Cuando dieron las doce menos cinco, su corazón comenzó a latir desbocado. Volvió a tirarse sobre la cama e intentó controlar la respiración para que el corazón no se le saliese disparado.

A las doce no sucedió nada. Rafa era una persona muy puntual, pero con un viaje de cuatrocientos kilómetros por medio, era posible que se pudiese retrasar un poco. Carla había buscado un hotel que estuviese en un punto medio para los dos, pero la distancia que los separaba era demasiada.

Y cinco, y diez, y cuarto... Carla estaba empezando a derrumbarse. Quizás venga, pensó. Se acercó a uno de los ventanales de la habitación para comprobar si algún coche llegaba al hotel y allí lo vio. Estaba sentado en su coche en el parking exterior del hotel. Tenía los codos sobre el volante y con sus manos sujetaba la cabeza. ¡Dios!, había llegado hasta allí y probablemente se estuviese arrepintiendo. ¿Por qué?, por favor, no te vayas. Se ahogó su ruego en el silencio de la habitación.

Durante un instante quiso salir corriendo junto a él, pero no, la decisión tendría que ser suya. La impotencia la desgarró por dentro y comenzó a llorar. Tuvo que alejarse de la ventana porque verlo partir

sería muy doloroso. Se sentó en los pies de la cama, pero se sintió tan débil que se dejó caer sobre ella. No podía dejar de llorar. Lo tenía tan cerca pero al mismo tiempo, estaba a años luz de ella. ¿Ya se habrá ido?, se preguntó rota de dolor.

Rafa mentiría si dijese que tuvo dudas o que no lo tenía totalmente claro. En cuanto recibió el e-mail, supo que iba a la cita. Si era franco, lo esperaba. Él había enviado su carta con la intención de provocar una reacción de ese tipo en ella. No soy una mala persona, pensó. No quería hacerle daño a su mujer. No la amaba, pero no se lo merecía. Era muy leal, honesta y una buena compañera. Pero tenía la oportunidad de volver a ver a la mujer de su vida y no la iba a desaprovechar.

Desde que recibió el e-mail no pudo centrarse. Se pasaba el día en las nubes. Cristina, su mujer, intuyó que le ocurría algo, pero lo achacó a los nervios por su futura paternidad.

Cuando le dijo que iba a pasar el fin de semana con unos compañeros de la facultad, le pareció una idea excelente ya que pensó que le vendría bien para desconectar y relajarse. Por supuesto que a Rafa le dolió mentirle, pero esa mentira merecía demasiado la pena.

El viaje se le hizo eterno, cada kilómetro era infinitamente largo. A las doce menos veinte, ya había llegado a su destino y justo cuando paró el coche, surgieron las dudas y sobre todo, tuvo mucho miedo. Recordó cómo le había destrozado la ruptura y como creyó volverse loco sin ella. ¿Sería capaz de soportar una nueva separación?, ¿merecería la pena volver a verla si finalmente su vida se acababa rompiendo en mil pedazos? Estaba muy asustado.

Sin embargo, se moría de ganas de ver a Carla y buscó en lo más profundo de su corazón, un argumento que le diese fuerzas y le ayudase a hacer frente a sus temores. Su ruptura había sido muy dolorosa porque pensaba que Carla nunca lo había querido, pero ahora era distinto, porque sabía cuáles eran los verdaderos sentimientos de Carla.

Pero, ¿sería capaz de pasar con ella unas horas y luego dejarla marchar?

Llamaron a la puerta. Sintió que su corazón iba a estallar. No se lo podía creer. Rafa estaba allí, frente a ella. Su sola presencia la desarmaba por completo. Estaban uno frente al otro. Carla vio como los ojos de Rafa se humedecieron. Posó una de sus manos en su cara, intentando frenar las lágrimas que estaban a punto de brotar. Pero fue ella la que finalmente rompió a llorar. Se sentía inmensamente feliz.

Sin aguantarlo más, se abalanzó sobre él, rodeo su cuello con sus brazos y le besó apasionadamente. Quizás debería haber sido más delicada y sutil, pero tenía demasiadas ganas de él y de sus labios. Al instante, el respondió a su beso y rodeo su cintura con sus brazos. Sintió su deseo y eso la hizo enloquecer. Lentamente fueron adentrándose al interior de la habitación, dejando la puerta cerrada tras de sí. No podían dejar de besarse ni un sólo segundo.

Hicieron el amor dos veces, la primera con excesiva pasión, una pasión que Carla no reconocía en Rafa y la segunda, con más ternura, le recordó a las primeras veces que se habían entregado el uno al otro.

Carla se sentía exhausta, pero no quería desaprovechar el poco tiempo que iba a poder estar con él. Rafa estaba pensativo, mirando fijamente el techo. Se giró hacia ella.

—Eres perfecta. —Acarició el contorno de su pecho—. Has cambiado, ahora ya eres toda una mujer.

Ella se sentía pletórica escuchándole, mientras él le regalaba sus caricias.

— Si antes eras preciosa, ahora lo eres aún más. Pareces de otro mundo.

Carla vio de nuevo el deseo en sus ojos.

—Cualquier hombre caerá rendido a tus pies.

Yo no quiero que ningún hombre caiga a mis pies. Yo te quiero a ti, pensó ella.

—No digas tonterías —le recriminó con ternura.

—No puedo imaginarte con otro, es muy doloroso —Rafa sintió celos.

—Pues no lo hagas, ahora sólo importa el presente, olvídate del

mañana.

—Sí, ahora estamos juntos y es maravilloso.

Ella se giró hacia él y volvieron a besarse.

A la noche bajaron a cenar para coger fuerzas. Llevaban todo el día sin probar bocado.

La cena fue muy agradable, aunque se notaba que los dos intentaban eludir ciertos temas que podían ensombrecer la velada. Hablaron del trabajo de Carla frente la empresa de su padre, del nuevo instituto de Rafa y de sus alumnos. Estaban tan a gusto, disfrutando de su compañía que podían pasarse horas, días y semanas escuchándose.

Carla se fijó en cómo había cambiado Rafa. Sus rasgos se habían endurecido y la sombra que invadía el contorno de sus ojos, reflejaba lo mucho que había sufrido. Se estremeció al pensar que había sido por su culpa. ¿Cuánto le atraía Rafa? Llevaba el pelo muy cortito, nunca se lo había visto así y le favorecía mucho. Además, su barba de tres días, junto al tono dorado de su piel, resaltaban sus impactantes ojos de color miel. Tenía unas largas y bonitas pestañas que le aportaban a su mirada profundidad y una gran intensidad. Cualquier chica caería bajo el embrujo de semejante mirada. Y sus labios dulces y carnosos, encuadrados en una mandíbula muy marcada y masculina, te invitaban a que no quisieras dejar de besarlos. El vino amplificaba el poder de sus sentidos y sólo con rozarle la mano, Carla sentía descargas eléctricas.

—Necesito que nos vayamos —parecía preocupada.

—¿Te encuentras bien? —Rafa se temió una crisis de culpabilidad.

—No, no me siento bien. Estás demasiado lejos de mí y necesito sentirte cerca.

Rafa puso fin a su malestar, levantándose de la mesa y llevándosela hacia el ascensor y ya allí, el calor y el olor de su piel la reconfortaron. Por suerte, en cuestión de segundos, ya estaban en su habitación disfrutando de esa intimidad que tanto habían añorado.

Carla estaba desesperada por tenerle, por sentirle. Si pudiese, se hubiera metido bajo su piel. No podía parar de decirle lo mucho que

lo amaba y que lo quería. Él le respondía no sólo con sus palabras, sino también con su cuerpo, que intentaba fundirse con el de Carla formando un único cuerpo.

—Eres mía, sólo mía —repetía Rafa una y otra vez.

Después de unas cuantas horas de sueño, Carla se despertó y ya estaba amaneciendo. Sólo con pensar que Rafa se iba a marchar el mundo se le vino abajo.

Él se despertó y se abrazaron.

—Por favor, no te vayas, quédate un día más conmigo.

—Sí, yo iba a pedirte lo mismo.

Pasaron un día estupendo, parecían una pareja normal. Salieron a pasear, estuvieron leyendo juntos en uno de los bancos del jardín, disfrutaron juntos de un circuito en el SPA del hotel y se divirtieron como niños en la piscina. Todo eso acompañado de un millón de besos, de abrazos y de caricias.

Y cuando llegó la noche, se encontraron un cúmulo de sentimientos y sensaciones: amor, pasión, miedo, angustia..., como si cada caricia y cada beso fuesen los últimos.

Cuando Rafa se quedó dormido, Carla supo que había llegado el momento de irse. Le escribió una nota y en silencio, con poco más equipaje que sus lágrimas, salió de la habitación.

"*Cariño, siento irme así pero no soportaría despedirme de ti. Gracias por los dos mejores días de mi vida. Me voy llena de amor por ti y me destroza saber que tu futuro no está a mi lado. Intentaré seguir adelante, soy fuerte y lo lograré. Te pido que no estés triste, tu familia te necesita. Tú sabes lo que tienes qué hacer y yo sé que harás lo correcto.*

Siempre formarás parte de mi vida. Te quiero. Carla"

Cuando Rafa se despertó, se sobresaltó al no ver a Carla, pero no tardó en darse cuenta de que había sido lo mejor. Vio su nota. Los ojos se llenaron de lágrimas y sintió como se le encogía el corazón. Su sueño se había hecho realidad y había sido el sueño más maravilloso del mundo.

Por fin, juntas.

Sonó el timbre. Era muy temprano. ¿Quién podría ser?

—¿Sigue estando libre esa habitación?

Noa abrazó a Carla con fuerza. Llevaba esperando ese momento desde que llegó a Madrid. Se sentía tan feliz y emocionada que no sabía si reír o llorar de alegría.

—¿Por qué no me has avisado de que venías?, me hubiese cogido unos días libres.

—Lo siento, ha sido un impulso. Espero no ser demasiada molestia.

Carla nunca podría ser una molestia para Noa y siempre, fuesen cuales fuesen las circunstancias, sería bien recibida en su casa.

Le contó el encuentro que había tenido con Rafa y en cierto modo, le molestó que no le hubiese contado nada acerca de la carta, ni del e-mail, ni del encuentro en el hotel.

—Lo siento, por primera vez quise pensar en mí y en lo que necesitaba. Tuve miedo porque pensé que si te lo contaba, ibas a actuar como la voz de mi conciencia, me ibas a hacer dudar y plantearme si realmente estaba actuando del modo correcto. No quise pensar, sólo quería actuar con el corazón.

Noa notó a Carla abatida mientras hablaba de este tema, por ello, no quiso ahondar mucho en él, no era el momento. Además, probablemente tuviese razón.

Carla le contó, ya con una infusión de frutas en la mano y sentadas cómodamente en el sofá, que su encuentro con Rafa había sido el motor que la llevó a tomar la decisión, de que ya había llegado el momento de darle un cambio a su vida.

Su madre ya estaba mejor. Durante esos años, había ido saliendo, poquito a poco, de la profunda depresión en la que se encontraba y volvía a ser una mujer llena de vida. Quedaba con sus amigas, iba al gimnasio, a clases de pintura e incluso, a un club de poesía. Había vuelto a sonreír. Y en cuanto a la empresa, sabía que Gabriel podía hacerse cargo de todo perfectamente ya que adoraba esa empresa, incluso más que ella, así que le planteó la posibilidad de ser socios, si compraba la mitad de la empresa y él accedió encantado. Con el

dinero de la venta su madre ya tendría un buen colchón asegurado.

El padre de Gabriel y el padre de Carla habían sido amigos desde la infancia. Tenían una muy buena amistad que había perdurado y se había afianzado a lo largo de los años. Un día, al padre de Gabriel le había ido mal en un negocio y se habían quedado prácticamente en la ruina. Carla recordaba como desde el primer momento, su padre le había aconsejado que tuviese cuidado, que fuera precavido y que no se lo jugase todo a una carta. Pero jamás le dijo "*te avisé*" o "*te lo advertí*", sino que estuvo incondicionalmente a su lado ofreciéndole su consuelo y su ayuda. El padre de Gabriel era muy orgulloso y comenzó a trabajar en otra empresa con un cargo muy inferior a su nivel profesional y la única ayuda que aceptó del padre de Carla, fue la de contratar a Gabriel, a pesar de tener sólo dieciocho años y no tener ni la más mínima experiencia.

Sin embargo, para su padre no había sido un sacrificio porque conocía a Gabriel como si fuese hijo suyo y sabía que era un chico serio, responsable y muy inteligente.

En poco tiempo, se había convertido en la mano derecha de su padre y Carla lo consideraba parte de la familia. Se llevaban cinco años y siempre habían tenido un trato muy cordial. Tampoco eran amigos, porque cuando eres niño, la diferencia de edad y los distintos intereses y gustos entre niños y niñas son más evidentes; pero cuando quedaban sus padres y a ellos nos les quedaba más remedio que estar juntos, se entendían bastante bien y Gabriel solía ser el "cuidador" de Carla.

Sin embargo, con el paso de los años, cuando Gabriel comenzó a trabajar con su padre, Carla percibió en él un cambio de actitud. La evitaba y en su presencia se ponía nervioso. Al principio no entendía a qué venía ese cambio, era demasiado inocente como para entenderlo, aunque no tardó en darse cuenta de que lo que le ocurría era que ella le gustaba.

—¿Y se hizo a la idea de renunciar a ti así como así? —preguntó incrédula. Noa siempre pensó que esa implicación y ese grado de compromiso de Gabriel hacia la empresa se debía a que bebía los vientos por Carla.

—Le estoy profundamente agradecida por todo lo que ha hecho por mí, ha sido un gran apoyo. Y sí, es un hombre sensacional, pero yo no mando sobre mi corazón y te aseguro que en algún momento me hubiese gustado sentir algo más que amistad o gratitud, pero eso no lo puedo controlar — se encogió de hombros.

A Noa le hubiese gustado mucho haber podido quedarse más tiempo charlando con Carla, pero tenía que ir a trabajar. Pensó incluso en llamar para decir que estaba enferma, pero sabía que su amiga no se perdonaría que no fuese trabajar por su culpa. Así que se arregló rápidamente y se fue. En cuanto salió de casa, ya estaba deseando volver para disfrutar de su compañía después de haber estado tanto tiempo separadas.

Capítulo 2

El nacimiento de su amistad.

Noa era su alma gemela. Cuando Carla la conoció supo que siempre serían amigas.

Su padre era profesor de secundaria. Toda su carrera había trabajado en centros conflictivos de barrios marginales. Era profesor por vocación y aunque había dedicado todos sus esfuerzos en ayudar a chicos en situación de riesgo, después de veinte años de carrera profesional decidió y necesitó, darle un vuelco a su vida, pidiendo el traslado a cualquier instituto rural en el que hubiese una plaza libre.

Con quince años, trasladarse de una ciudad a un pueblo y dejar atrás toda su vida, puede ser traumático y lo fue. Pero había visto como se había deteriorado el físico y el ánimo de su padre en los últimos años, en los que había llegado a sufrir alguna agresión por parte de sus alumnos y por ese motivo, el trauma adolescente que suponía el cambio de vida, fue menos doloroso y más soportable.

Por suerte, le asignaron una plaza en un bonito pueblo costero del norte. Pequeño y un poco claustrofóbico, sin embargo, con mucho encanto.

Noa temía el primer día de clases. Ser la nueva siempre resulta un poco incómodo ya que implicaba ser el centro de atención, sobre todo, en un instituto en el que la llegada de forasteros supone un gran acontecimiento por lo inusual que era. Además, en cuanto descubriesen que su padre era el nuevo profesor de las temidas y odiadas matemáticas, la incómoda situación se convertiría en desagradable.

Después de desayunar su padre no se atrevió a proponerle que fuesen juntos, la conocía lo suficiente como para saber que necesitaba su espacio.

Llegó al instituto en el momento justo en el que sonó el timbre. El día anterior había comprobado cuanto tiempo le llevaría llegar de su

casa al instituto, para evitar esos minutos de espera antes de entrar, sin saber qué hacer, ni a dónde ir, ni con quién hablar. Noa era una persona muy abierta y extrovertida, pero antes de abrirse a la gente, tenía que saber en qué lugar encajaba en ese nuevo instituto.

Las primeras horas pasaron rápido, a pesar de sentir como todo el mundo la observaba e irremediablemente, sin que ella pudiese hacer nada para evitarlo, sonó el timbre del recreo, el momento que más temía. Salió al patio con "*Cumbres borrascosas*" en la mano, no sólo para matar el tiempo leyendo, sino también para tener un lugar hacia el que dirigir la mirada.

Era un día despejado y soleado, con una temperatura de lo más agradable, así que decidió sentarse en un rinconcito del césped, bajo la sombra de un roble centenario que parecía más antiguo que el propio instituto y que daba la sensación, de que aquel edificio construido con tan poco gusto, hubiese profanado su territorio, su hogar. Al principio estaba un poco incómoda, se sentía fuera de lugar, como si no encajara allí, al igual que el roble, pero consiguió centrarse en la lectura.

—¿Cumbre borrascosas?, muy interesante. —Alguien se había sentado a su lado.

—¿Lo has leído? —preguntó sin levantar la vista del libro, con una ligera indiferencia.

—Sí, hace unos meses. Unos personajes demasiado oscuros y atormentados para mi gusto. —Hubo un silencio—. Soy Carla, somos compañeras —le tendió su mano.

Había cogido a Noa con la guardia baja. No se esperaba que nadie fuese tan amable en su primer día de clase.

Noa le acercó su mano, al mismo tiempo que de su boca brotada un "encantada" entrecortado, mientras se fijaba en su rostro.

Nunca había visto una chica tan guapa como Carla. Tenía una preciosa melena negra, la piel bronceada sin caer en el exceso y los ojos de un intenso color azul que no dejarían a nadie indiferente. Eran unos ojos grandes, ligeramente rasgados, lo que le proporcionaba un aire exótico. Y sus labios eran gruesos, sin caer en el exceso y estaban perfectamente definidos.

—En los pueblos pequeños somos desconfiados por naturaleza y nos cuesta acercarnos a los desconocidos. Pero no te preocupes, es una cuestión de tiempo. En un par de semanas estarás más que integrada y podrás comprobar que somos gente muy maja —sonrió.

Ojalá tenga razón, deseo Noa.

—Te llamas Noa, ¿verdad? —preguntó mientras el timbre les avisaba de que debían volver a clase.

Cuando se pusieron de pie pudo comprobar que Carla no sólo tenía una cara preciosa, sino que además su cuerpo iba en total consonancia con su rostro. De camino a clase le mostró dónde estaban los lugares más importantes del instituto. El gimnasio, la biblioteca, la sala de profesores, el salón de actos y por supuesto, la cafetería.

En las siguientes horas, se preguntaba cómo era posible que la chica más guapa del instituto y probablemente, la más popular, se hubiese acercado a ella. Habitualmente, las chicas populares suelen ser unas estiradillas engreídas que se creen a un nivel superior del resto de los mortales. Pero en pocos días, pudo descubrir que en su caso no era así, ella no era la típica chica popular. Era un bellezón, pero también era una alumna con un expediente brillante. Destacaba en todas las materias, desde las ciencias, pasando por las humanidades hasta la educación física. Y además, era humilde, leal, generosa...Era una persona muy especial.

Podían pasarse tardes enteras divagando sobre cómo serían sus vidas universitarias y sobre los altibajos de sus vidas amorosas. Era normal, eran adolescentes y eran amigas. Sufrían, se reían, lloraban, se divertían y no paraban de soñar.

En su época de instituto, Carla podía haber salido con cualquier chico que se hubiese propuesto, pero era muy exigente y para ella, la belleza física no era suficiente. No sólo le gustaban los chicos mayores que ella, sino que además, también tenían que ser unos intelectuales y unos culturetas. Decía que no podría que estar con alguien que no disfrutase de la lectura, independientemente de su gusto literario, o de las grandes obras maestras del cine clásico.

Era tan inaccesible para los chicos del instituto, que la mayor parte

de ellos habían desistido de su intento de mantener algún tipo de relación con ella.

Su gran amor de instituto surgió durante el último curso. Un amor apasionado, correspondido, que llegó a rozar la locura.

Rafa era nuevo en el instituto y era su segundo año ejerciendo como docente. En sus primeros días de clase, había mostrado su admiración por Carla cada vez que participaba en algunos de los ejercicios que planteaba. Como era algo habitual, al resto de compañeros se les pasó desapercibido. Era la alumna que todos los profesores adoraban, no sólo porque siempre mostraba interés por aprender, sino también porque era tan brillante que siempre aportaba algo que les sorprendía y les impactaba.

El sector femenino del alumnado estaban embelesadas con él, porque era muy atractivo. Parecía salido de una serie de televisión para adolescentes.

Un viernes después de clase, Noa fue a hacer compras con su madre, así que Carla aprovechó para ir a la biblioteca, el último lugar al que iría un adolescente un viernes por la tarde.

Ella lo sabía y le encantaba, puesto que podía disfrutar de la lectura sin que nadie la considerase un bicho raro por ello. Sin embargo, esa tarde no fue la única persona que decidió ir allí.

Cuando se abrió la puerta de la sala de lectura, no pudo evitar levantar la vista de su libro por lo insólito del acontecimiento y vio como Rafa la sonreía con cara de sorpresa y agrado. No se sentó a su lado por miedo a que se sintiera violenta, aunque sí escogió un lugar en el que sus miradas pudiesen cruzarse.

Carla se sintió incómoda y no pudo evitar mirarle de vez en cuando. Él se dio cuenta y en un intento de romper la extraña y tensa situación que se había creado, se acercó a ella y se sentó a su lado.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó en voz baja, casi susurrando.

Carla le mostró su libro.

—No lo conozco, ¿está bien?

—Yo tampoco lo conocía pero a veces es interesante arriesgarse y descubrir el placer que puede estar oculto en lo desconocido. —

Cuando acabó la frase, sintió que igual no tendría que haber utilizado la palabra “placer” en su afirmación.

Él pareció darse cuenta y sonrió tímidamente.

Tuvieron una conexión instantánea y se pasaron más de dos horas charlando y riendo, sin miedo a que nadie les llamase la atención, ya que eran las dos únicas personas que estaban allí.

A las ocho cerraba la biblioteca y no les quedó más remedio que recoger sus pertenencias y marcharse.

Cuando se disponían a salir, Rafa le cerró el paso a Carla, poniéndose justamente delante de la puerta. Había sido un movimiento rápido e impulsivo, pero se le veía nervioso e inseguro.

—Quería decirte que me ha encantado pasar este rato contigo —dijo con la voz entrecortada.

Carla se ruborizó y miró al suelo intentado disimularlo.

Rafa sintió que la había incomodado y le pidió disculpas.

Ella seguía en silencio y con la mirada fija en el suelo. Se preguntó porque sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

Rafa con un torpe gesto para calmarla, le acarició el cabello. Ella levantó su mirada y al ver sus ojos clavados en ella, sintió que su corazón iba a estallar. Se miraron en silencio durante un instante, como si el mundo se hubiese parado a su alrededor, hasta que la bibliotecaria les llamó la atención, rompiendo ese pequeño momento de magia entre ellos.

Salieron y bajaron juntos las escaleras exteriores sin cruzar palabra.

Una vez en la calle, volvieron a mirarse a los ojos con intensidad y sin despedirse, se fueron cada uno hacia una dirección.

Esa misma noche Carla llamó a Noa para preguntarle si podía ir a dormir a su casa, a lo que Noa aceptó encantada, pero le preocupó lo alterada que la había notado por teléfono. Pensó que había tenido un problema con sus padres y estuvo muy impaciente hasta que llegó, porque necesitaba saber qué le había pasado.

—Es la primera vez que siento algo así por alguien. Nunca me había pasado- parecía desorientada y aturdida.

Noa no supo que decirle, lo único que podía hacer era ayudar a que

se tranquilizase para que pudiera explicarse con calma.

—Sentí ganas de abrazarle, de besarle. Pero no, no puede ser, con él no —hablaba ya un poco más tranquila, pero parecía desesperada.

—Por él, ¿quién? —preguntó Noa intrigadísima.

—Rafa, el profe de literatura —confesó con una mezcla de vergüenza y dolor.

Noa nunca se habría imaginado que se refería a él, pero tampoco le extraño demasiado. Era una locura, pero siempre había creído que todo el mundo debía vivir libremente sus sentimientos. La vida era demasiado corta como para luchar contra lo que uno siente, autonegarse o reprimirse. Siempre había que ser uno mismo, dejarse llevar y vivir el momento. Carpe diem. Pero Noa tampoco quería influenciarla con su opinión, no quería ser la impulsora de que Carla se lanzase a los brazos de su profesor.

—La cuestión es la siguiente. En el hipotético caso de que él sintiese lo mismo por ti, ¿qué preferirías?, ¿vivir un apasionado con él y correr los riesgos que supone tener una relación con un profesor o hacerle caso omiso a tus sentimientos?

Carla se quedó pensativa y no le respondió. En ese preciso momento, no tenía clara la respuesta y durante días, esa pregunta no dejaría de rondar en su cabeza.

El lunes, al llegar al instituto, los ojeras y los ojos enrojecidos de Carla mostraban que no había dormido mucho. Seguramente nada. Y si ella parecía distraída en clase, lo de Rafa era mucho peor. Estaba torpe, agobiado, parecía que iba a darle un ataque de ansiedad allí mismo. Era tal su falta de concentración, que pasó de dar una clase dinámica y participativa como siempre, a buscar la salida más fácil para no tener que pensar, es decir, ponerles un par de fragmentos de distintas obras para que hicieran el comentario literario pertinente, con la excusa de poder evaluar su nivel. Y lejos de evitar a Carla, no dejaba de mirarla, intentando descubrir el significado de su mirada y de sus gestos.

En ninguna de las clases de esa semana, Carla hizo los comentarios de texto y aún así, en blanco, se los entregó. Rafa no fue capaz de decirle nada.

El viernes no aguantó más y se saltó la clase. Sin embargo, Rafa ni se molestó en ponerle la falta de asistencia.

Esa semana Carla también había estado muy distante con Noa, pero ella entendía como se sentía y respetó su silencio. Sabía que tarde o temprano reaccionaría y se dejaría llevar por su corazón. Y así fue.

Ese viernes por la tarde volvió a la biblioteca con la esperanza de encontrarlo allí. Cuando llegó no había nadie en la sala de lectura y decidió esperar. Al cabo de un rato, no lo suficientemente corto para ella y su impaciencia, Rafa entró.

Ella sintió ganas de llorar y llevándose las manos a los ojos para ocultar su mirada, lloró. No estaba triste, pero había tenido una semana muy dura, llena de dudas, de sentimientos contradictorios, de emociones libres y de pensamientos racionales. Había estado tensa e inquieta. Todo lo había provocado él y al verlo allí, en cierto modo se relajó y esa tensión se alejó en forma de lágrimas. Rafa se sentó a su lado y le acarició suavemente la cabeza intentando consolarla. Cuando al fin se calmó y dejó ver su rostro, él sujetó con fuerzas una de sus manos y allí estuvieron un instante en silencio, sin mirarse directamente a la cara, agarrados de la mano. Había sido una semana tan dura para ambos, que parecía que ese simple gesto les reconfortaba a los dos.

Sin soltarse, Rafa decidió romper el silencio y se dirigió hacia ella.

—Es una locura, ¿verdad?

—Una mayor locura sería negar lo que sentimos —respondió Carla, cumpliendo con creces las expectativas de Rafa porque había confirmado que sentía lo mismo que él.

Él se sentía como dentro de un sueño.

—Tengo miedo —confesó ella tímidamente—. Tengo miedo de querer abrazarte sin haber valorado racionalmente las consecuencias que eso puede tener.

Rafa se quedó callado, reflexionando su respuesta, como si no hubiese pensado en ello durante toda la semana, cuando realmente no había sido así

—Desde la primera clase supe que no era una chica normal, es

decir- quiso explicarse porque no había empezado bien- con diecisiete años eres más madura e inteligente que la mayor parte de las chicas que conozco. El otro día, cuando charlamos, reafirmaste todo lo que pensaba de ti. Contigo me sentí de igual a igual, y olvidé que éramos profesor-alumna. Y cuando nos fuimos, ya estaba perdido, porque no he podido dejar de pensar en ti.

Carla se emocionó y su reacción fue acariciarle la mejilla.

—Los dos sabemos las consecuencias que puede tener esto y por nada del mundo quiero ni complicarte la vida, ni acabar con mi carrera. La decisión es tuya. Tú decides si quieres correr el riesgo —le dijo Rafa.

Carla sonrió porque se acordó del dilema que le había planteado Noa. La decisión la tenía clara y sin pensarlo más, besó a Rafa. Fue un beso que comenzó siendo suave y tierno para convertirse en un beso intenso y apasionado.

A partir de ahí, se sucedieron numerosos encuentros clandestinos en el piso de Rafa. Carla lo tenía fácil porque sus padres confiaban tanto en ella que nunca se cuestionaban nada de lo que ella hacía o decía. Sus resultados académicos seguían siendo igual de buenos, incluso, mejores y su comportamiento, ejemplar; por ello, sus padres nunca sospecharon nada. Lo más arriesgado que llegó a hacer, era quedarse a dormir en casa de Rafa poniendo como excusa que se quedaba a dormir en casa de Noa. A ella no le molestaba que la utilizase como coartada, no sólo porque en eso consistía la amistad, sino también porque sabía que en ningún lugar iba a estar más segura y protegida que en casa de Rafa.

Estaban locamente enamorados el uno del otro y aunque todo era perfecto entre ellos, las cosas empezaron a cambiar. Rafa comenzó a agobiarse con esa situación de clandestinidad forzosa. Estaba harto de estar siempre escondiéndose con mentiras y excusas.

—Odio esto. Para mí no eres un juego, eres la persona a la que amo. No quiero tenerte sólo en mi casa, te quiero en todas las situaciones y contextos de mi vida, quiero que dejemos de escondernos —afirmó angustiado.

Carla llevaba días temiéndose esa reacción, pero aún así, no llegaba

a entenderla porque él era el que más tenía que perder.

Intentó hacerle entrar en razón, pero fue imposible. El momento más crítico llegó con la noticia de que lo habían destinado a un instituto a setecientos kilómetros de la universidad a la que querían ir Noa y ella. Momento que coincidió con la celebración del baile de primavera.

Para Carla no era más que un estúpido baile, porque como mandaba la tradición, había que ir obligatoriamente acompañado. Como era de esperar, a Carla le llovieron las peticiones y le dijo que sí al chico con el que mejor se llevaba, que aunque ella no lo viese de ese modo, también era muy guapo. Supuestamente era una tapadera para que nadie sospechase nada.

Noa pensó que Carla lo que pretendía era poner a prueba a Rafa.

Desde el mismo instante en el que él supo que iría acompañada al baile se volvió loco. Cuando llegó, Carla se estremeció al ver sus ojos enrojecidos, no sólo por la rabia que sentía sino también por haber llorado y notó como bajo su pecho, se le partía el corazón. No podía ver sufrir a Rafa.

Él no fue capaz de aguantar más de media hora en ese maldito baile. No soportaba ver a Carla con otro chico, aunque sólo fuese para guardar las apariencias. No podía seguir así. Se excusó con sus compañeros y con la disculpa de que no se sentía bien, se marchó para casa. No quería seguir presenciando ese espectáculo.

Noa avisó a Carla de que Rafa acababa de irse y después de un tiempo prudencial, decidió ir en su búsqueda para poner fin a esa situación.

Cuando llegó a su casa, vio a Rafa dando vueltas por el salón hasta que por fin habló. Parecía enloquecido.

—No aguanto más. Tienes que elegir: o estás conmigo con todas las consecuencias o sin mí.

Carla lo quería con toda su alma y sabía que él no sólo destrozaría su carrera a un mes escaso de finalizar el curso, sino que renunciaría a ella, sólo por no tener 800 kilómetros que los separasen. No podía permitírselo.

Rafa era muy buen profesor y había luchado muy duro para serlo. No podía tirar todo por la borda, por una chica de diecisiete años. Sabía que si al final renunciaba a la docencia, no iba a ser feliz. Así que rota de dolor, un dolor que no se permitió mostrar, se armó de valor.

—Prefiero estar sin ti —sus palabras le quemaron la garganta con sólo pronunciarlas.

Palabras que a él le desgarraron las entrañas.

—Quizás no sea tan madura como pensabas y para mí sólo seas un capricho de adolescente. Veo mi futuro y en mi futuro no estás tú —añadió Carla intentando hacer más creíble su decisión.

Durante todos estos meses sí se había imaginado un futuro ideal en el que los dos estaban juntos y felices, haciendo lo que más deseaban. Él dando clases y ella en la universidad. Pero eso era en un mundo ideal, que desgraciadamente sólo existe en los sueños y que distaba bastante de la realidad.

Nunca se había odiado tanto. Estaba haciéndole daño a la persona que más quería.

Rafa se giró dándole la espalda.

—Nunca me has querido —afirmó destrozado.

No fue capaz de decir nada. Se acercó a él y allí, mientras él seguía de espaldas, lo abrazó. Necesitaba sentir su calor por última vez. Quería que se le quedara grabada en la memoria esa sensación tan cálida de abrazar a la persona que amaba.

—Lo siento —susurró.

Él estaba a punto de derrumbarse y casi sin fuerzas, le pidió que se fuera. De repente, sus corazones se hicieron añicos.

Nunca más volvieron a verse. En el instituto les dijeron que estaba de baja porque se había puesto enfermo. Noa se enteró por su padre que era una baja por depresión, pero nunca se lo dijo a Carla.

Desgraciadamente, Carla no tuvo demasiado tiempo para superarlo, porque días después de terminar el curso otra tragedia truncó su vida. Su padre había sufrido un infarto que acabó con su vida y su madre su sumió en una gran tristeza.

En cuestión de días, había destrozado a Rafa, había perdido a su padre y se había visto obligada a renunciar a su sueño de ir a la universidad por tener que tomar las riendas de una familia rota y de una empresa que nunca había querido, pero que se sentía con la responsabilidad de sacar adelante.

Durante esos años, Carla llegó a tener una pequeña relación, aunque ella nunca lo vio así, con Gabriel, el chico que durante cinco años había sido la mano derecha de su padre.

En el momento en el que Carla tomó el mando de la empresa, fue no sólo un gran maestro para ella, sino también, su mayor apoyo, tanto a nivel personal como profesional.

Alguna vez su padre, le había dado a entender, que en un futuro, Gabriel sería una excelente pareja para ella, a pesar de que su padre no era muy dado a ese tipo de comentarios, ni a nada que tuviese que ver con Carla y su vida amorosa. Y aunque hacía ya un par de años que notaba que Gabriel la miraba con otros ojos, ella nunca lo había visto como más de lo que era, su amigo y su hermano.

Pero esos años fueron muy duros para ella, se sintió muy sola, muy infeliz e inmensamente triste. Y cuando necesitó unos brazos bajo los que cobijarse, fue Gabriel el que estuvo ahí para abrazarla y darle ese cariño que pedía a gritos. Los dos hombres más importantes de su vida se habían ido y sentía un doloroso vacío.

A Noa le daba lástima Gabriel, porque realmente era un chico estupendo y hubiese cuidado de Carla tal y como se merecía, pero como ella misma había dicho, sobre el corazón no se manda y él solo decide por quién latir.

Capítulo 3

En poco más de dos horas, Carla ya había colocado toda su ropa y el resto del equipaje en la habitación y salió a pasear un rato, animada por el espléndido día de sol que hacía.

Le encantaba Madrid y la alegría de sus calles abarrotadas de gente.

Una hora después de disfrutar de cada uno de los rincones de su novedoso recorrido, vio una cafetería preciosa y decidió pararse a tomar un café. Se llamaba The English House. Dentro, podías tener la sensación de estar tomando un té, en la biblioteca de un castillo en medio de la campiña inglesa. Al entrar tuvo la sensación de haber acertado, era una cafetería muy acogedora y en ella se respiraba paz y tranquilidad. Toda la gente que estaba allí parecía muy relajada y hablaba muy bajito para no molestar al resto de clientes. Un par de personas estaban trabajando con sus ordenadores.

Antes de sentarse, se acercó a la barra para pedir un café con leche grande y aprovechó para coger uno de los periódicos que había en una esquina de la barra. Le llamó la atención lo cuidada que era su estética inglesa. Una amplia carta de tés, una bonita porcelana Royal Albert y unas pastas de mantequilla que sólo con verlas se te hacía la boca agua.

Carla no era una experta en porcelana pero una muy parecida a esa, blanca, con bordes dorados y unas grandes rosas de color rosa, había estado siempre en su casa presidiendo la antigua alacena del comedor. La habían comprado sus padres en un viaje a Londres, que habían hecho antes de que ella naciera. Muchos veces su padre bromeaba diciendo que ella era medio inglesa porque sus padres la habían concebido allí. Carla nunca le había preguntado a su madre si era verdad, ya que no era un dato “relevante” para ella. Podía vivir tranquila sin saber en dónde había sido concebida. Pero quizás era una señal del destino... .

Cuando se sentó, fue directamente a la sección de empleo. Necesitaba encontrar trabajo lo antes posible y en cuanto lo

encontrase, buscaría un lugar en el que vivir. Noa vivía con su novio y una pareja necesita intimidad. Quedarse demasiado tiempo sería abusar de su hospitalidad.

Notó que alguien la observaba. Uno de los hombres trajeados que trabajaba con su portátil, no le quitaba el ojo de encima. Así que decidió fulminarlo con la mirada para que se sintiese intimidado y dejase de mirarla.

No fue así. En menos de dos minutos, el desconocido se había levantado y ya estaba a su lado.

—Siento haberte molestado. Creo que te he asustado y esa no era mi intención —parecía sincero, así que Noa que estaba en tensión por la intrusión, comenzó a relajarse.

Tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta años y había algo en su rostro, que le recordó a su padre. Quizás su mirada tranquila y serena.

—Permíteme que me presente, me llamo Simón.

—Carla de la Fuente —respondió al mismo tiempo que le dio la mano.

—He visto que mirabas la sección de empleo, ¿buscas trabajo?

Asintió desconfiada. ¿A qué viene esto?, se preguntó.

-—Ahora mismo estaba intercambiando correos electrónicos con mi secretaría para abrir un proceso de selección. ¿Qué estás buscando?, ¿tienes experiencia?

La situación le resultó un poco extraña pero no tenía nada que perder.

—He estudiado empresariales —omitió que lo había hecho a distancia y que acababa de terminar la diplomatura—, y he estado dirigiendo la empresa de mi padre tres años.

—¿Una empresa?, ¿no eres muy joven para dirigir una empresa? —preguntó incrédulo.

—No tuve elección. Las circunstancias me obligaron a hacerlo —sin querer se emocionó y su voz sonó más triste de lo que pretendía.

Él pareció entenderla al instante y rápidamente empatizó con ella.

—¿Conoces Dreams?

—No, lo siento.

La cara de sorpresa que puso le hizo sentir avergonzada. ¿Debería saber qué es Dreams?.

—Dreams es la discoteca más famosa y exclusiva de la ciudad.

—Lo siento, acabo de llegar —se sintió más aliviada porque su ignorancia tenía justificación.

—La cuestión es que necesitamos a una persona que se encargue de la organización de eventos y de las relaciones públicas de la sala —hizo una pausa—. Muchos de los eventos más exclusivos y los grandes acontecimientos de la ciudad se celebran allí.

Seguramente esté exagerando, pensó ella- Pero era normal, era su negocio.

—Hasta ahora me encargaba yo de ello, con ayuda, por supuesto; pero acabo de inaugurar un restaurante y no puedo abarcarlo todo.

Días después, Carla se enteraría de que además del restaurante y de la discoteca, Simón era socio de varios negocios más.

—¿Qué tipo de eventos organizáis?

—Pues desde la fiesta posterior a un preestreno de cine o la presentación de un libro, hasta fiestas benéficas organizadas por gente VIP.

Carla no dijo nada, se quedó pensando si se veía en un trabajo de ese tipo. No era la persona más sociable del mundo.

—¿Te interesaría el puesto?

—No tengo ninguna experiencia relacionada con este sector —respondió con sinceridad.

—Busco a una persona trabajadora, responsable, seria, que no se deje deslumbrar ni tentar por el brillo falso del lujo y del famoseo. Una persona que siempre sepa estar en su sitio y por supuesto, que no sólo sea culta e inteligente, sino que también sea extremadamente guapa y atractiva como tú — sonrió con una mezcla de ternura y de picardía—. La imagen vende, señorita de la Fuente.

Carla sabía que cumplía con todas las características que requería el puesto, pero ¿le interesaba realmente?

—Creo que ya te he molestado demasiado. —Le dio una de sus tarjetas— . Si estás interesada en hacer una entrevista, por favor,

llama a mí secretaría y ella te dará una cita con el responsable de recursos humanos.

Carla le dio las gracias y se despidieron con mucha formalidad y solemnidad. El cogió su pertenencias y en cuestión de segundos ya se había ido.

Ella siguió tomándose el café y comenzó a soñar con la idea de que ojalá fuese un trabajo que mereciera la pena y ojalá se lo diesen. Quería darle un vuelco a su vida y sabía que le ayudaría a conseguir lo que estaba buscando, un poco de libertad e independencia.

Ya por la tarde, cuando Noa llegó a casa lo primero que hizo fue contarle lo que había ocurrido.

—¿Dreams?, no me lo creo.

Carla no entendía a que venía tanto asombro e incredulidad, no era más que una discoteca.

—Es la discoteca más exclusiva y pija de la ciudad. Siempre está llena de futbolistas, actores, modelos… Va todo tipo de gente guapa, muy popular y muy rica.

Se sintió empequeñecida y por un momento pensó que no encajaría en ese ambiente.

—No me extraña que el dueño se haya fijado en ti, cualquiera con dos ojos en la cara lo haría.

—¡Qué exagerada eres!

—¿Te gustaría trabajar allí? No tiene que ser fácil. Esa gente tiene fama de ser muy exigente y arrogante.

Noa sabía que si había alguien capaz de lidiar con una panda de niñatos ricos era Carla. Con su inteligencia y saber estar, los dejaría K.O. en el primer asalto. Sin embargo, ella parecía dudosa.

—Te aconsejo que vayas a hacer la entrevista aunque sólo sea para conocer las condiciones del puesto: sueldo, horario, … Seguramente eso te ayude a decidir.

—Tienes razón.

—Además, sólo es una entrevista y si resultas ser la elegida, siempre puedes decir que no.

Así que Carla, animada por Noa, llamó para concertar la cita. No tenía nada que perder.

Desde que llegó, había estado tan centrada en sus cosas, que hasta ese momento no había caído en un “detalle importante”.

—¿Y Jacobo?, ¿está fuera por trabajo?. —A Carla le había extrañado no haberlo visto aún.

—Lo hemos dejado —Noa parecía más avergonzada que triste.

-—¿Qué ha pasado?, ¿estás bien?

Carla siempre los había visto como una pareja perfecta, eran las dos mitades de una misma naranja y se complementaban a la perfección. Cuando Carla lo conoció, un fin de semana que fueron a visitarla al pueblo, se la ganó en cuestión segundos sólo con ver el amor con el que miraba a su amiga. Su mirada demostraba que ella era todo su mundo y lo demostraba con cada gesto y con cada palabra.

Carla admiraba a Noa por lo fuerte y segura de sí misma que era. Confiaba plenamente en sus capacidades y no se amedrentaba ante nada. Además, era muy clara y sincera, siempre decía lo que pensaba. No era una chica ni muy alta ni con unas curvas envidiables. Tenía una cara muy dulce, con la piel muy blanquita, grandes ojos marrones y una media melena castaña que nunca dejaba que le bajara de la barbilla. No era una de esas chicas que al verla, su belleza te dejara sin aliento, pero en cuanto la conocías, irradiaba una energía que te enganchaba. Tenía mucho magnetismo.

Carla recordaba como en una semana de su llegada al pueblo ya se había hecho amiga de todo el mundo y todos la adoraban.

No podía imaginarse que les habría ocurrido, siempre los había visto tan enamorados. Aunque si en su caso se cumplía la máxima de que en todas las parejas siempre hay uno que quiere más que el otro, Carla hubiese pensado que la balanza se inclinaba hacia Jacobo que quizás parecía más entregado en esa relación.

—Le han ofrecido el puesto en Nueva York con incorporación inmediata y no me he sentido preparada para acompañarle.

—¿Pero si estabas deseando irte a vivir a EEUU?

—Sí, pero cuando llegó el momento, no estuve segura de si me

apetecía dar este paso tan importante. Y no me parecía justo irme con Jacobo sin tener claros mis sentimientos.

—¿Ya no estás enamorada de él?

—No lo sé.

—¿Pero te encuentras bien?

—Me siento mal por haberle hecho daño, pero no podía hacer algo de lo que no estaba segura, no sería justo para él.

Carla no podía entender porque se había desenamorado de Jacobo, pero desde fuera todo parece diferente y la realidad de lo que ocurre dentro de una relación, sólo la saben los dos miembros de la pareja.

Carla tenía la esperanza de que el puesto de trabajo encajase con lo que ella buscaba, aunque su nivel de exigencia tampoco era demasiado alto.

La entrevista se la hicieron la responsable de personal, María Ayala, y el gerente de la discoteca, David Prieto.

Desde un primer momento, María le dio mucha confianza y le hizo sentir cómoda; pero David, todo lo contrario, parecía muy serio, distante y desconfiado. Se sintió como en la típica situación del poli bueno y el poli malo.

Comenzaron preguntándole sobre su formación y experiencia aunque tampoco ahondaron en exceso. En lo que más se centraron fue en su nivel de inglés, puesto que hay muchos clientes extranjeros y en el hecho de que tan joven, hubiese sido capaz de sacar una empresa adelante.

—Voy a ir al grano y perdóname si soy brusco, ¿tienes pareja? —le espetó David de repente.

—No —contestó con sequedad.

—¿Buscas pareja?

Carla se sintió especialmente incómoda con esta pregunta.

—El hombre del que estoy enamorada está casado y va a ser padre. Y lo siento, pero no entiendo el interés por mi vida sentimental.

—Te explico. Eres muy joven y con tu vida puedes hacer lo que quieras. Pero si trabajas con nosotros, estarás expuesta a muchos

hombres ricos que se sentirán atraídos por ti y que querrán tener una relación o un idilio contigo.

Carla estaba perpleja. No se esperaba que la razón de esa pregunta, tuviese una verdadera justificación.

—Queremos que la persona que trabaje en Dreams sea capaz de mantener a raya a todos esos guaperas aduladores, porque sólo traen problemas y no es bueno para el negocio. Queremos a una persona profesional que sepa dónde están los límites y que no mezcle el trabajo con su vida privada.

Estaba claro que era la persona que buscaban, porque no quería una relación con nadie, ni fugaz ni estable. Su corazón ya tenía un dueño y en él ya no había lugar para nadie más.

Las condiciones del sueldo estaban bastante bien, principalmente el sueldo. Era mucho más alto de lo que se esperaba y le permitiría poder alquilar un estudio y vivir con holgura.

El horario era flexible, mejor dicho variable, porque dependía del evento que hubiese que organizar y del tiempo que hubiese para ello. Evidentemente, tendría que trabajar todas las noches con eventos y no era obligatorio que trabajase todas las noches restantes, aunque como dijo David, si era recomendable dejarse caer de vez en cuando, para darse a conocer y mejorar sus relaciones.

Tendría a un asistente que le ayudaría en todo lo que necesitase y la incorporación tendría que ser inmediata.

—Si haces bien tu trabajo —puntualizó David—, la gente no querrá hacer un evento en Dreams, sino que querrá hacer un evento contigo.

Cuando acabó la entrevista, la hicieron esperar en una pequeña sala y al cabo de cinco minutos, una chica muy guapa y sonriente, le pidió que la acompañase porque el Sr. Ríos, Simón. Quería verla.

Simón la saludó con ternura pero manteniendo las distancias. Sí, le recordaba a su padre.

—Me acaban de llamar los chicos y me han confirmado que cumples el perfil.

Carla se preguntó si se tomaría la molestia de hablar con todos los posibles candidatos.

—Igual es un poco pronto para hacerte esta pregunta, quizás necesitas un tiempo para pensártelo, pero, ¿te gustaría trabajar con nosotros?

—Sí —respondió Carla con decisión. Tenía demasiadas ganas de trabajar y no iba a desaprovechar ninguna oportunidad.

Simón parecía encantado.

—Me alegro mucho. Ya verás, no te vas a arrepentir.

La secretaria de Simón lo llamó para anunciarle que lo estaban esperando en una reunión, así que se despidieron cordialmente y quedaron en verse en un días.

En su primera semana de trabajo, Carla tuvo que hacer frente a dos eventos. Primero, una fiesta de presentación de la nueva colección de relojes de una joyería muy famosa y después, la presentación de un libro.

David le comentó que la lista de asistentes a los dos eventos era totalmente opuestas. A la primera fiesta acudiría gente guapa que lo único que quiere es promocionarse y dejarse ver. En cambio, la segunda, era para intelectuales, escritores, políticos, periodistas y gente progre.

Estaba un poco asustada, aunque no lo reconocería ante nadie y se preguntó si sería capaz de hacerlo. Siempre le habían gustado los retos y necesitaba demostrarse que era capaz de eso y mucho más,

En sus primeros eventos, podría contar con la ayuda de David y además tendría un asistente, Tony, un chico abiertamente gay, que no sólo parecía encantado con su trabajo, sino que por lo que la gente decía, sabía hacerlo muy bien.

Le resultó curioso que cuando vio la lista de asistentes a cada una de las fiestas, sabía quiénes eran la mayor parte de ellos y se rio con la idea de que gracias a que su madre era una fiel lectora de revistas del corazón, parecía una experta en famoseo. Sin embargo, se sintió mucho más atraída por la gente que formaba parte de la segunda lista, porque a muchos de ellos los admiraba.

Después de una dura jornada de trabajo, Tony le propuso

acompañarla a gastarse el plus de su sueldo destinado a ropa, a lo que ella accedió encantada. Eso les ayudaría a confraternizar un poco.

A la noche, aunque estaba agotada, después de la tensión del primer día, animada por Tony, se pasó un ratito por la discoteca para comenzar a conocer gente.

Dreams no tenía nada que ver con el concepto de discoteca que tenía Carla. En su pueblo sólo había una y era el local cutre en el que acababan los más "juerguistas", dicho finamente, porque era el último garito que cerraba. Ella, por ejemplo, sólo ido una vez por curiosidad y no le había gustado nada. Carla, Noa y sus amigos, cuando cerraban los pubs que más les gustaban, solían quedarse charlando fuera hasta que les vencía el frío o el cansancio.

Evidentemente, se había imaginado Dreams como una macrodiscoteca, pero al verla, superó sus expectativas y entendió porque a la gente con dinero le gustaba ir a sitios como ese.

Cuando llegó había poca gente y pudo apreciar con detalle, el gran gusto que había en la decoración. Era una mezcla entre zen y chill out y los elementos predominantes eran el color blanco y el agua.

En dos laterales de la discoteca, había pequeñas zonas individuales, separadas por unas grandes cortinas blancas que le aportaban privacidad. Casi todos los rincones eran distintos. Algunos con sofás, otros con divanes, otros con puffs, otros simplemente con cojines y otros, con varias sillas alrededor de una mesa. Y tenían diferente capacidad. En algunos entrarían hasta quince personas y en otros, solamente dos.

Pero lo que más le gustó, fueron las distintas zonas de jardín zen que había y las fuentes interiores.

En ese instante la música iba en total consonancia con el ambiente, aunque Tony le aclaró que al principio de la noche la música comienza relajada y a medida que llegaba la gente, avanzaba la noche y subían las copas, todo, incluido la música, se iba animando.

También se enteró por Tony que en la planta de arriba, además de la oficina, estaban los reservados.

—Para mí son tabú, aunque me imagino que David te pondrá al corriente de su uso y de su funcionamiento.

A Carla le sonó de película y ese halo de oscurantismo que rodeaba a los reservados, le hizo sentir incómoda. Por un momento, llegó a plantearse si no se habría metido en un lío trabajando allí. Esperaba y deseaba que allí no ocurriese nada ni ilegal, ni turbio. Por suerte, pronto salió de dudas.

—Si me permites, Tony, necesito hablar con Carla en el despacho —les interrumpió David.

Ella se asustó un poco. En la entrevista, David le había dado la imagen de persona seria, dura y poco cercana. No entendía como alguien así podía ser gerente de una discoteca.

Carla siguió sus pasos y no hablaron hasta que entraron en el despacho.

—Siento mucho haber sido tan duro contigo esta mañana. En cuanto lleves trabajando aquí varios días, te darás cuenta de que no cualquiera vale para este puesto.

A Carla le sorprendió gratamente el cambio de actitud de David y eso le hizo sentir más tranquila. Seguro que me he equivocado, pensó.

—Te habrás preguntado que son los tres cuartos de aquí arriba.

Estuvo a punto de decirle que Tony ya le había informado, pero prefirió no hacerlo por si suponía algún problema para el que iba a ser su asistente.

-Son tres reservados que actualmente controlo yo, pero que en unos días, serán principalmente responsabilidad tuya.

Carla le escuchaba con atención sin decir nada.

—En cuanto tengas un poco controlado el trabajo, me ausentaré alguna noche, porque tengo que asumir la gerencia de otros locales de Simón y necesito que tú me cubras.

—Ok, no hay problema. Intentaré coger el ritmo cuanto antes- intentó sonar creíble aunque no estaba segura de encajar en ese mundo.

—No es una novedad que en una discoteca haya reservados. Y a nadie le va a sorprender que aquí también existan. La peculiaridad es que aquí se usan con total confidencialidad y discreción, tanto por nuestra parte, como de quienes lo usan. Sólo tú y yo tendremos las

llaves y sólo tú y yo decidiremos quiénes los pueden usar.

—¿Cuáles son las condiciones para poder usarlo?, ¿cómo podré decidir quién si o quién no?

—Primero, tiene que ser un cliente VIP. Clientes que directa o indirectamente nos aporten grandes sumas de dinero. Entre Tony y yo te los iremos presentando. Segundo, no le dejarás las llaves a nadie que vaya bajo los efectos del alcoholo o las drogas. Y tercero, no entrarán en ningún reservado más de dos personas y ninguna de ellas ejercerá la prostitución. Tenemos una imagen que mantener.

Carla asentía y daba muestras de entender todas las indicaciones de David.

—Hay chicas muy guapas y con clase que ejercen la prostitución de lujo y te costará reconocerlas. Pero intenta dejarte llevar por la intuición. Prefiero que digas que no a que metas a cualquiera.

—Lo intentaré.

—Pero no pienses que sólo son usados por hombres que quieren ligar. También son usados para hacer negocios, charlar en privado o incluso, para descansar y poder dormir. Ya verás... hay gente para todo.

Carla volvió a asentir.

—Simón a apostado mucho por ti sin conocerte, así que no nos defraudes.

Carla no entendía porque le habían dado el puesto sin apenas conocerla y sin tener experiencia, pero no se atrevió a preguntarle nada, para no resultar demasiado curiosa ni indiscreta.

Antes de bajar, David le enseñó uno de los reservados. Al parecer los tres eran iguales. Era como estar en el salón de una suite de lujo. Televisión plana, equipo de música, bar y un sofá enorme con chaise longue de cuero.

A Carla lo que más le gustó, fue que desde la pared acristalada podías ver todo lo que ocurría en la discoteca, sin oír el más mínimo ruido porque estaba perfectamente insonorizado. Era una sensación muy extraña.

Le llamó la atención que a pesar de que David había relajado su

actitud y parecía más dócil, intentaba mantener excesivamente las distancias con ella. Cuando le hablaba casi nunca le miraba a la cara y al salir del reservado, Carla le rozó sin querer, provocando que él se alejara de forma brusca.

Pero no quería volverse paranoica y pensó que quizás sólo eran imaginaciones suyas.

Cuando bajaron, la discoteca ya se había llenado y Tony comenzó a hacerle decenas de presentaciones.

Fue un día intenso, llenó de novedades, pero al final de la noche Carla ya se sentía más segura y creía que iba a ser capaz de realizar su trabajo sin problemas. Además, contar con la ayuda de Tony era un gran privilegio, porque tenía el don de que todo pareciese sencillo.

Capítulo 4

Fue en unos de los primeros eventos que Carla organizó en el que conoció a Lucía. Carla tenía debilidad por las almas desvalidas, así como un sexto sentido para detectar a personas frágiles o que se sentían perdidas. Aunque había estudiado administración y dirección de empresas, hubiese sido una gran psicóloga. Tenía una gran capacidad de empatía y de un sólo vistazo, comprendía a la perfección cómo se sentía la persona a la que tenía delante. Sin embargo, aunque tenía unas grandes habilidades interpersonales, con ella misma era un poco desastre.

Esa noche era la presentación del último libro de su marido, Nicolás Mateo. Le llamó la atención como Lucía se mantenía en un discreto segundo plano. Aunque entraron juntos a la fiesta, ya dentro cada uno se fue por su lado. Nicolás era abordado por todos los asistentes que querían felicitarle, saludarle y compartir impresiones con él. Y él, eufórico por tanta adulación, parecía no percatarse de la ausencia de su mujer.

En un primer lugar, Carla pensó que no debía entrometerse. Era uno de sus primeros eventos y seguramente no estuviese demasiado bien visto que hiciera demasiadas migas con los asistentes. Una organizadora de eventos tiene que ser afable y cercana, pero siempre sabiendo dónde están los límites.

Nicolás estaba rodeado de chicas y Carla tuvo la impresión de que por el aspecto frívolo y superficial de esas chicas, probablemente no hubiesen leído ninguno de sus libros. Pero su atractivo natural, junto con las dosis extra de belleza que le proporcionaba el éxito, le convertían en una presa muy codiciada y muy deseada. ¿Sabrán esas chicas que está casado?, ¿Nicolás Mateo habrá olvidado se estado civil?, se preguntó Carla. No parecía incómodo con esa situación, es más, parecía que estaba disfrutando sobremanera, lo que a Carla le causó cierta repugnancia y no pudo evitar sentir pena y condescendencia por Lucía. Parecía tan fuera de lugar, daba la impresión de que no era capaz de respirar el mismo aire que estaba

respirando su marido. Y no pudo más. Su necesidad de acercarse a ella era demasiado fuerte, así que sigilosamente y como quien no quiere la cosa, comenzó a hablar.

—¿Está resultando la fiesta de tu agrado?

Lucía sabía que Carla era una de las organizadoras y por ello le contestó, amablemente, con una respuesta neutral.

—Sí, está siendo una fiesta maravillosa y todo el mundo está disfrutando.

—Algunos más que otros, ¿verdad? —Carla intentó ser cercana pero tenía la impresión de haber resultado sarcástica.

—Lo cierto es que me aburren soberanamente estas fiestas y vengo por compromiso, pero ¡psssssss!, no se lo digas a nadie, es un secreto —Lucía le sonrió dando muestras de complicidad.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le respondió Carla devolviéndole la sonrisa—. Tu marido parece estar encantado de ser el centro del universo en este momento. Debe ser un poco duro sentirse fuera de su órbita. Sobre todo, viendo como hay millones de estrellas intentando colisionar con él.

A Lucía le hizo mucha gracia la metáfora galáctica.

—Seguramente se deje deslumbrar por las estrellas, pero no son más que gas y se disolverían antes de que hubiese peligro de colisión.

A Carla le sorprendió la gran confianza que tenía en su marido. Realmente no le preocupaba que estuviese rodeado de mujeres. Quizás Lucía no es celosa, pensó, o quizás el centro del universo ya no ejerce ningún tipo de magnetismo sobre su propia mujer.

En ese momento Carla intuyó que Lucía no estaba enamorada de su marido, mucho antes de que ella misma se hubiese dado cuenta.

Lucía quiso cambiar de tema, le aburría hablar de su marido.

—Seguro que conoces a muchos famosos. Cuéntame todos los detalle sórdidos.

—Que va, aún no he tenido tiempo. Prácticamente acabo de empezar a trabajar aquí.

Al final de la noche se intercambiaron los teléfonos y prometieron volver a verse porque habían congeniado muy bien y se sintieron muy

a gusto la una con la compañía de la otra . Lucía quedó en enseñarle algunos de los mejores sitios de la ciudad y Carla quedó en invitarle a alguna reunión de chicas. Carla había conectado con Lucía desde un primer momento y confiaba en que Noa también sintiese esa misma conexión. Meses después supo que una de las mejores cosas que le había aportado ese trabajo había sido conocer a Lucía, pero no sería la única ni tampoco la mejor.

A pesar de que Noa lo había dejado con Jacobo, en cuanto pudo, Carla se alquiló un piso para ella sola. No porque no estuviera a gusto viviendo con su amiga, ni mucho menos, sino porque necesitaba disfrutar de su independencia. Llevaba años soñando con poder hacerlo y para ella se había convertido casi en una necesidad vital.

En un primer momento, a Noa no le hizo mucha gracia y parecía un poco ofendida porque Carla la "abandonase", justamente cuando lo había dejado con su novio, pero tardó poco en darse cuenta de que estaba siendo un poco egoísta con su actitud y que debía respetar los deseos de Carla. Para compensar el daño, Carla no se fue hasta que no encontró un apartamento cerca de la casa de Noa. Y tuvo suerte, porque en semana y media ya había encontrado un piso en la misma calle, a menos de cinco minutos caminando. Así que Noa, se dio por satisfecha. Antes de mudarse, quedaron en que harían todo lo posible por verse todos los días y cuando el trabajo no se lo permitiese, se llamarían. Además, establecieron un día a la semana para hacer una tarde-noche de chicas, que no sería modificable salvo fuerza de causa mayor. Ese día tendría que ser el lunes, ya que era el día en el que nunca solía haber fiestas ni eventos importantes. Al principio, el lunes les pareció un día horrible para quedar, pero luego lo fueron viendo desde el lado positivo, ya que sería un buen motivo para empezar con alegría las semanas.

Carla invitó a Lucía a su segundo lunes de chicas. Justo después de llamarla para decírselo, tuvo un ligero sentimiento de culpabilidad por no habérselo comentado primero a Noa. Estaba muy sensible con el hecho de que se hubiese mudado y no pretendía que se sintiera herida por haber invitado a una desconocida, a su noche en exclusividad.

Pero como ya no había marcha atrás, llamó a Noa para que no se llevase la sorpresa “in situ”.

No era la primera vez que le hablaba de ella, puesto que al día siguiente de la fiesta de presentación del libro, le había hablado de su marido, de ella y de la conversación que habían mantenido. Por esa razón, a Noa no le sorprendió demasiado la invitación.

Conectaron rápidamente. Lucía, en un primer momento le pidió disculpas a Noa, porque no quería ser la tercera en discordia, ni entrometerse en sus cosas. Le aseguró que le había dicho a Carla que podían dejarlo para otra ocasión, pero que ella había insistido mucho.

—Sé perfectamente lo pesada que puede ser Carla —dijo Noa divertida, después de darle un trago a su Gin Tonic—, de hecho, te agradezco que hayas venido y te agradecería que vinieses más a menudo para poder librarme un poquito de ella, cuando se bebe dos copas es inaguantable.

—Pero bueno, niña, no te pases, que aquí la plasta cuando bebe eres tú. No sería la primera vez que te pones a contarle tus intimidades a un árbol, una farola o cualquier objeto inanimado que te encuentras por el camino.

—¿Cómo?

—Recuerdo un árbol que se secó sólo por el aburrimiento que le provocaste —dijo Carla riéndose.

Definitivamente Lucía no se arrepentía de haber ido y deseaba poder hacerlo más veces, ya que con ellas se había reído más en una hora que en el último año. Eran revitalizantes como un buen batido energético.

—¿Os apetece venir conmigo a clases de dibujo? He decido darle un cambio a mi vida y ese es el primer paso. Hacer algo que siempre he deseado hacer, pero que por falta de determinación nunca he hecho.

—Uffff, yo con pintarme la raya del ojo tengo suficiente, el dibujo no es lo mío. Pero cuando te toque la clase, de dibujar desnudos masculinos, me apunto. He oído por ahí que los modelos siempre son auténticos Adonis.

—Pero Noa, ¿tan necesitada estás?, anda bebe que estás fatal. Creo

que necesitas venirte una noche a Dreams a que te dé un poco el aire y a alegrarte un poco la vista —le sugirió Carla totalmente en serio.

—¿Ir a la discoteca más pija de Madrid? Suena bien.

—¿Por qué no os venís las dos una noche?, prometo trataros como unas reinas.

Lucía no parecía muy convencida.

—Lo siento, chicas, por si no os habéis dado cuenta, yo no suelo ser el alma de la fiesta. Soy un poco taciturna y mojigata o eso dicen —parecía creerse realmente lo que estaba diciendo.

—Lucía, espero que no te moleste lo que te voy a decir, pero llevas tanto tiempo viviendo a la sombra de tu marido, que te has creído que esa realmente eres tú y que ese es tu papel en la vida. Pero no es así, eres una mujer muy guapa y muy inteligente, que aún tiene mucho que ofrecer y muchas experiencias por vivir.

—No, no digo que no tengas razón, pero las cosas no son fáciles —Lucía parecía desanimada.

—Sé que no es fácil, pero estás viviendo una vida que ni quieres, ni te mereces —dijo Carla tajante.

A Noa le pareció que Carla estaba siendo muy dura con ella e intentó calmar un poco la situación.

—Bueno, yo creo que vas por buen camino, seguro que cuando veas a uno de esos modelos desnudos vas a cambiar tu perspectiva de la vida. —Noa tenía la habilidad de sacarte siempre una sonrisa—.Y en un par de días más quedando con nosotras, serás una mujer nueva.

- Brindo por eso —propuso Carla.

- Y yo también. Ya empiezo a sentirme otra —brindó Lucía guiñándoles el ojo.

En pocas semanas, Carla ya dominaba su trabajo y se había ganado a gran parte del famoseo de la ciudad. Además de una gran organizadora de eventos, era una gran relaciones públicas. Cuando en el mundillo de la noche hablaban de ella destacaban tres cualidades: belleza, inteligencia y discreción.

Desde un primer instante, muchos de estos famosillos intentaron

ligar con ella, pero como ninguno fue capaz de conseguirlo, se había convertido en inalcanzable y eso la hacía más apetecible ante los ojos de tanto pijo rico.

Noa y Lucía escuchaban entusiasmadas sus grandes historias del trabajo. Alucinaban con la cantidad de hombres guapos y ricos que conocía y la poca importancia que le daba.

—De verdad, casi todos pierden una vez que los conoces personalmente, son demasiado arrogantes y engreídos. El tener dinero y fama les hace sentir todopoderosos y eso les resta todo el encanto.

—No me lo creo.

—En serio. Que tengan dinero no significa ni que sean inteligentes, ni simpáticos, ni agradables.

—Pero no me negarás que alguno de ellos está realmente buenos y que serían perfectos para una noche loca —le dijo Noa con entusiasmo.

—De verdad, Noa, estás muy, pero que muy necesitada. Creo que te urge tener una noche loca de sexo desenfrenado. Pareces una quinceañera hablando de tíos buenos.

Carla creía que se su amiga se estaba creando una coraza de frivolidad sólo para no pensar en lo que le había ocurrido con Jacobo. Era como si hubiese retrocedido a cuando iban al instituto, Se comportaba como una adolescente sólo para borrar a Jacobo de su vida y actuar como si nada hubiera pasado. No llegaba a entender por qué.

Noa siempre había sido muy ligona. Le gustaba mucho a los chicos por lo divertida y extrovertida que era. Sin embargo, era muy independiente en sus relaciones. No llegaba a engancharse realmente a nadie. Era cierto, que algún chico le llegó a gustar más que el resto, de alguno quizás se llegó a enamorar. Pero a la mínima que le hacían sufrir, hacía borrón y cuenta nueva y a otra cosa mariposa.

En algún momento, Carla había llegado a pensar que el hecho de que Noa no se entregara en ninguna relación al cien por cien, se debía a que le tenía miedo al amor. Creía que por ser hija de padres separados, era más reacia a mantener una relación seria y profunda con nadie. Pero un día hablando del tema, Noa le dijo de forma

rotunda y cortante que no tenía nada que ver. Así que Carla nunca volvió a sacar a relucir su teoría porque sabía que a Noa le molestaba, aunque en el fondo, siempre supo que tenía parte de razón.

—¿Pero están buenos o no?

—Sí, los hay muy guapos, pero en cuanto abren la boca la belleza se le esfuma con sólo pronunciar dos palabras.

El problema era que cuando intentaban ligar con Carla solían utilizar como argumento de seducción su fama y su dinero, así que ellos mismo se dejaban fuera de juego en pocos segundos.

Sin embargo, con lo que no contaba Carla era con que no todo el mundo era igual y sólo era cuestión de tiempo y de magia, el que uno de esos “niños ricos”, le robase el corazón.

Sí, no había duda, le gustaba su trabajo y lo hacía muy bien. Aún así, había algo que no le cuadraba, la actitud de Simón y David con ella.

Aunque no había vuelto a ver a Simón, la llamó en tres ocasiones, sólo para saber cómo se encontraba, si el trabajo cumplía sus expectativas y si necesitaba algo.

Pero, ¿qué jefe se toma tantas molestias con sus empleados? A Carla eso no le cuadraba. Y sabía que David estaba deseando desentenderse de la gerencia de Dreams y lo único que lo mantenía aún al frente, era que Carla estuviese preparada para gestionar los reservados.

Cada vez que estaban juntos, aunque se esforzaba por ser amable, era evidente que se sentía muy incómodo y tenso.

—¿Te has fijado en cómo te mira David? —le preguntó Tony una noche.

—Creo que ni me mira. No sé, hay algo en mí que no le gusta o le asusta.

—O puede ser que le guste —dejó caer su asistente.

Hasta ese momento Carla no había sentido la suficiente confianza con Tony como para poder comentarle sus impresiones sobre Simón y David sin sentirse ridícula. Pero esa noche tuvo la necesidad de

hacerlo, porque quería dejar de darle tatas vueltas a la cabeza y estaba segura de que Tony podía arrojar algo de luz a sus suposiciones.

—Mira, te voy a contar una cosa, pero no quiero que eso influya en tu trabajo, porque has demostrado ser una gran profesional y no me gustaría que lo que te voy a contarte hiciese cambiar.

En cuanto Tony pronunció esas palabras, Carla supo que había algo raro y se alegró de no ser una exagerada, ni una paranoica.

—Lo que te voy a contar es confidencial. Hay personas que sí lo saben, pero es algo de lo que la gente prefiere no hablar.

Después de un pequeño silencio, comprobando que nadie le podía escuchar, comenzó a hablar.

—La persona que ocupó tu puesto hasta hace algo más de medio año, fue Cloe, la hija de Simón. Aunque casi nadie sabía que eran padre e hija, porque muchos no saben quién es el dueño de todo esto. Digamos que tenían una relación amor-odio. Simón era la parte del amor y Cloe la del odio.

Carla escuchaba con gran atención, deseando conocer toda la historia.

—En cierta manera, tú y ella os parecéis. Las dos sois morenas y guapísimas —mantuvo un silencio para escoger las palabras adecuadas. Tony no quería contar más de la cuenta—. Cloe siempre había sido una niña problemática y aunque su padre no quería que trabajase en Dreams, su insistencia le hicieron ceder y desde su inauguración, se juntó con las peores compañías y su trabajo mucho que desear —el rostro de Tony se entristeció.

Carla presintió que esa historia era más turbia de lo que esperaba.

—En cierto modo, yo me sentí responsable de ella y reconozco que en más ocasiones de las que debería, la cubrí ante su padre y di la cara por ella. Pero las cosas fueron a peor, el deterioro físico y mental de Cloe era más que evidente y su padre, finalmente, consiguió meterla en un centro de rehabilitación. Hace unos tres meses la dejaron salir pero volvió a recaer.

En ese instante, a Carla todo empezaba a cuadrarle.

—Por alguna razón, creo que Simón ha visto en ti algo que le

recordaba a su hija y quiere ayudarte del modo que no ha sido capaz de hacerlo con su hija.

—¿Y David que papel tiene en esta situación?—Carla sabía que de un modo u otro, él formaba parte de la ecuación.

—David estaba enamorado de Cloe y aunque es cierto que tuvieron algún tipo de affaire, Cloe no sentía nada por él, sólo lo utilizaba como escudo ante su padre. Creo que David, en un principio tenía ciertas reservas hacia ti, porque estabas ocupando el lugar de Cloe, pero no sé, tengo la sensación de que has empezado a gustarle.

A Carla no le hacia mucha gracia la idea de que David se sintiera atraído por ella, porque ella no era capaz de verlo de ese modo y no quería que eso interfiriese en su trabajo. Era un hombre de treinta y pocos años, atractivo, con mucha clase y extremadamente educado, pero en ningún momento Carla sintió atracción por él.

Y en cuanto al instinto de protección que Simón tenía hacia ella, no sabía que pensar. No había nada malo en ello, se quiso autoconvencer. Gracias a él tenía trabajo y eso era lo que realmente importaba.

Muchas de las fiestas que organizaba tenían como anfitriones a los futbolistas del equipo más importante de la ciudad. Futbolistas que eran idolatrados por todo el país.

Desde la primera fiesta que organizó para ellos, supo que además de deportistas de élite, también eran unos juerguistas de primera y unos mujeriegos empedernidos.

Algunos de ellos habían pasado de vivir en un barrio humilde a cobrar cantidades obscenas y eso les había trastornado, hasta el punto de que habían dejado de tener el control de sus vidas. Pero no todos eran iguales. Por ejemplo, algunos no se dejaban ver demasiado y si lo hacían, siempre estaban acompañados por sus parejas, que en muchos casos seguía siendo la misma novia que tenían desde la adolescencia.

A Carla le encantaba su trabajo por la gente tan diferente que conocía. Le gustaba analizar cómo eran sus personalidades y cómo eran sus vidas, sólo por la forma de comportarse. No con todo el mundo le resultaba fácil unir todas las piezas del puzzle, pero si no era capaz de descubrir qué había detrás de cada uno de ellos, rellenaba los

huecos con un poco de imaginación.

Algunos eran tan asiduos a sus fiestas que cuando no estaban, sentía como si algo faltase. Y pasó de no tener mucha idea de fútbol, de moda, de famoseo, prensa del corazón y demás farándula, a ser catedrática en la materia.

Su belleza tampoco pasó desapercibida para todos esos futbolistas y casi todos los solteros, e incluso algún casado, intentaron tener algo con ella, pero no cayó rendida ante los pies de ninguno. Los piropos elaborados, los detalles sofisticados y las grandes promesas, carecían de valor para ella. Carla, por un lado, quería hacer bien su trabajo y por otro, no se dejaba deslumbrar ni por el lujo, ni por lo material y superficial. Además, no tenía previsto volver a enamorarse.

Dos futbolistas eran de los que más frecuentaban los reservados, aunque por razones muy distintas. Los dos estaban casados y tenían hijos, pero mientras unoengañaba a su mujer con su representante, el otro, que acababa de tener mellizos, se iba a dormir allí, agotado por dos niños que no paraban de llorar. Para él el reservado era su rincón de paz.

Carla, a veces, tenía la sensación de que ese mundillo de la noche estaba demasiado corrompido. Pero dentro de esa oscuridad había algún destello de luz.

Capítulo 5

No puede ser cierto, se dijo Noa. Lo miraba de arriba abajo y no había duda de que era él. Después de tantos años y a cientos de kilómetros del lugar en el que se conocieron, allí estaba él, sentado en el metro, sin levantar la vista de un libro del que no lograba distinguir el título.

Prácticamente no había cambiado, aunque las marcas del paso del tiempo en su rostro, las canas que ya empezaban a asomar en su cabello, su cuidada barba de dos días y esa ropa tan formal, habían transformado su misterioso y falso aire de fragilidad del pasado en una encantadora masculinidad que lo hacía terriblemente atractivo.

Sintió como sus pulsaciones se aceleraban y como sus mejillas se ruborizaban. Estaba tan nerviosa que se quedó paralizada y por alguna razón, seguramente miedo o vergüenza, no reunió el valor suficiente para acercarse a él y saludarle. Optó por girarse hacia el otro lado y disimular, haciendo que el leía el periódico que acababa de comprar en el kiosco que estaba justo en la boca del metro.

No podía ser verdad, le parecía imposible que estuviese allí, a poco más de tres metros. Alguna vez se había preguntado que habría sido de su vida. Probablemente estuviese casado, tendría niños y llevaría una vida totalmente normal con una familia al uso. Pero independientemente de como fuese o no, su vida, allí estaba, demasiado cerca de ella.

Esa línea del metro, en hora punta, solía ir abarrotada, pero justamente ese día, por alguna caprichosa casualidad, iba casi vacío. Seguro que si fuese llena se sentiría más tranquila, ya que las decenas de personas que les separarían le harían sentir más protegida. Pero el que no hubiese nadie entre ellos, en los pocos metros que les separaban, le hacía sentir indefensa.

No sabía qué hacer, pensó en sentarse ya que la mayor parte de los asientos del vagón estaban libres, pero decidió no hacerlo. Cerró el periódico. Se sentía ridícula hojeando noticias que no lograba leer y con resignación y un cierto malestar consigo misma, se apoyó en el

borde de la puerta, mirando a través del cristal, buscando que la oscuridad entre las estaciones del metro aliviasen sus pensamientos, caóticos y descontrolados.

Se anunció la llegada de la próxima parada y vio reflejado en el cristal como cerraba su libro, lo metía en su bandolera de piel y se levantaba para disponerse a salir. A medida que él avanzaba hacia la puerta, podía sentir como su corazón latía cada vez más fuerte.

Se quedó inmóvil de espaldas a él, sabía que si se movía se toparía frente a frente con su mirada y en ese momento, era un riesgo que no quería correr. Lo tenía a tan pocos centímetros, que podía percibir su olor y hasta podía escuchar su respiración.

Se abrieron las puertas y se sintió ligeramente aliviada, porque esa incómoda situación estaba a punto de terminar y en pocos segundos, todo habría pasado y volvería a la normalidad y a la rutina de un día como otro cualquiera. Pero en el justo momento en el que salió y sonó el pitido que avisaba que las puertas se iban a cerrar, en lugar de dirigir sus pasos hacia la dirección de salida, él se giró y se puso frente a ella, mientras las puertas se cerraban. No sabía cuántos segundos estuvieron allí petrificados, uno frente al otro, con la mirada fija. Seguramente menos de lo que le había parecido. Su rostro estaba serio, igual que el suyo y cuando el tren se puso en marcha, levantó una mano a modo de saludo. Ella siguió allí, inmóvil. Sólo fue capaz de girar la cabeza para comprobar que aunque se estaban alejando, él seguía plantado en el borde del andén.

Samuel era el único chico del que se había enamorado, antes de Jacobo. A veces, incluso le costaba reconocer que de él se hubiese enamorado, porque lo que había sentido por ese primer amor, aunque había sido muy intenso, no tenía nada que ver con lo que había sentido por Jacobo. Samuel y ella tan sólo habían tenido un rollo de adolescentes, mientras que Jacobo y ella habían sido una verdadera pareja. Pero había estado loca por él.

Él no era del mismo pueblo de Noa, pero de vez en cuando, iba allí con sus amigos para salir de fiesta.

Desde la noche en la que se conocieron se gustaron mucho, pero entre la distancia y la desconfianza de ambos, su relación no llegó a

buen puerto. Aunque se lo pasaban muy bien juntos, el que de pronto Samuel se pasase más de tres meses sin dar señales de vida, hicieron que Noa se desencantara y se olvidase de él. Al principio, lo bien que se sentía con él, compensaba lo que sentía con sus largas ausencias, pero poco a poco se fue cansando de esa situación que lo único que le hacía era sufrir y así, se fue "desenganchando" y la última vez que lo había visto, ni siquiera se acercó a él, porque ya no tenía ganas de seguir con una relación que no le llevaba a ninguna parte.

Sin embargo, ese encuentro fortuito había removido algo en su interior. Se pasó todo el día pensando en él, en su pasado juntos y en el encuentro de esa mañana.

Se alegró de trabajar con niños pequeños, porque ellos podían entretenerse con cualquier cosa y no iban a darse cuenta de que estaba totalmente abstraída en sus pensamientos.

Al acabar su jornada en el colegio, al recoger sus cosas para irse, revisó su móvil y vio el mensaje de un número desconocido. Su corazón le dio un vuelco. Seguramente es él, pensó.

" Soy Samuel, me gustaría verte, me voy pasado mañana. Por favor, llámame".

Noa respondió: *"Hora y lugar"*

Habían quedado esa misma noche y antes de ir a la cita, Noa quiso pasarse por casa de Carla para contarle lo ocurrido.

—¿Cómo?, ¿Samuel?, ¿tu Samuel? —Carla estaba muy sorprendida —. Está claro que el mundo era un pañuelo —dijo con desgana.

—Sí, el mismo.

—¿Vas a quedar con él?, ¿por qué?, ¿para qué?

—No sé, tengo curiosidad. Nuestra relación siempre fue un poco rara y me gustaría saber qué piensa él de lo que ocurrió entre nosotros.

Carla parecía no comprenderlo y no aprobarlo.

—Pero, ¿qué importa eso ahora? Cada uno de vosotros ha hecho su vida sin el otro.

Su amiga sabía que a Noa le había gustado mucho Samuel porque

además de ser un chico muy guapo (al estilo de Noa), le resultaba muy misterioso y eso le atraía mucho. Aunque a Carla todo ese misterio lo único que le provocaba era desconfianza y siempre había estado segura de que si comportaba así con Noa, era porque tenía algo que ocultar.

—Quizás sea nostalgia, no lo sé.

Carla tampoco quería que Noa se sintiera condicionada por ella y a pesar de que a ella no le pareciese una buena idea, tenía que ser Noa la que debía decidir.

Ya a lo lejos pudo ver como estaba esperándola en el lugar acordado. El paseo del Prado, justo en frente del museo. Iba vestido de una forma muy similar a cuando lo había visto en el metro, cazadora de piel marrón, vaqueros oscuros y calzado deportivo, aunque esta vez había cambiado su camisa por una camiseta negra de algodón. Estaba apoyado en la pared con las manos en los bolsillos. Noa estaba muy nerviosa, tanto como en el momento en el que lo había visto en el metro. Cuando ya se encontraba a pocos metros de él, Samuel agachó la mirada. Quizás él estuviese tan nervioso como ella.

Noa no le saludó con dos besos, quizás él tampoco lo esperaba. Le dijo hola y continuó caminando invitándole a que la acompañase. Pensó que sería más fácil charlar mientras caminaban, sin necesidad de tener que mirarse directamente a la cara. Era evidente que los dos se sentían incómodos. Había pasado demasiado tiempo.

Para romper el hielo le preguntó cómo había conseguido su número de teléfono. Le explicó que aún recordaba el número de casa de su padre y que llamó diciendo que era un antiguo compañero de la facultad y que necesitaba ponerse en contacto con ella por un motivo laboral. No tenía ganas de andarse con rodeos así que le preguntó, puede que con cierta brusquedad, por qué quería verla.

—¿Por qué has venido? —le preguntó él—. Seguía siendo igual de retorcido y enrevesado. ¿Cuántas veces le había respondido con preguntas?, se preguntó Noa. Cientos.

Siempre había sido una persona complicada y a veces le costaba hablar con él. No era fácil distinguir cuando estaba siendo sincero o

cuando no. Y siempre veía en tus palabras segundas intenciones. Era tan impredecible, que para Noa conocerle suponía un reto y eso era lo que le gustaba tanto de él.

No tenía ganas de marear la perdiz, no quería terminar en una conversación agotadora y sin sentido, de en la que no sacarían nada en claro y en la que probablemente, acabasen discutiendo y enfadándose.

—Sentí curiosidad. Curiosidad por saber cómo te va y en quién te has convertido.

—No hay mucho que contar, ya me conoces —respondió Samuel.

—Creo que nunca he llegado a conocerte. Además, de la misma forma que a mí me ha cambiado el paso de los años, me imagino que a ti también, ¿no? Te habrán hecho crecer y madurar, digo yo —sonó impertinente. En el fondo era lo que pretendía.

—¿Ya no eres la misma persona de antes? —preguntó él en el mismo tono.

—Detestaría ser la misma adolescente alocada.

Noa siempre había pensado en la adolescencia como una época extremadamente especial cuando la vives porque te sientes el centro del universo, pero una vez que echas la vista atrás, resulta una etapa de la vida tan …. ¡ridícula! Cuando Noa veía a esos niños comportándose como adultos llegaba a sentir lástima por ellos.

—¿Alguna vez has pensado en mí en todos estos años?

—¿Y tú? —le respondió con una pregunta, tal y como el acostumbraba a hacer.

Samuel se rió. Pero Noa no tenía ganas de mantener una charla carente de sentido y que no llegase a ninguna parte, así que decidió tomar las riendas de la situación, viendo que él no reunía el valor suficiente para hacerlo.

—Estoy convencida, corrígeme si me equivoco, de que tú al igual que yo has querido quedar conmigo porque tenías dudas sobre lo que ha pasado entre nosotros, ya que ni tú ni yo hemos sido realmente sinceros y claros en ningún momento, ¿estás de acuerdo?

—Sí, tienes razón —parecía avergonzado.

—Pues estoy dispuesta a resolver todas tus dudas. Pero antes, me gustaría que me contases cuál es tu versión de lo ocurrido entre nosotros y después te contaré yo mi versión. Me apuesto lo que quieras a que no tienen nada que ver la una con la otra —intentó parecer simpática para que él no se acobardase ante su petición.

—Bueno —comenzó—, creo que para ti no he sido más que un capricho con el que jugabas a tu antojo en esa etapa alocada de la que hablas y cuando te cansaste de jugar, me olvidaste, sin más.

Noa se rió y él, desconcertado, preguntó a qué se debía su risa.

—Me río porque es absurdo lo que dices, absurdo porque no tienes razón y porque estas obviando un montón de información que tú conoces de primera mano y que te ayudarían a explicar tu versión. Pero te lo pondré fácil —se tomó una pequeña pausa antes de comenzar a relatar lo ocurrido—.Cuando te conocí, me encantabas, estaba loca por ti, pero tus idas y venidas, tu actitud de contigo pero sin ti, me hicieron sospechar que había alguien más en tu vida. Estaba enamorada de ti pero no hay más ciego que el que no quiere ver y a pesar de lo mucho que me hacía sufrir tu actitud conmigo, me compensaba el poco tiempo en el que estábamos bien. Es cierto el orgullo hizo que no renunciase a estar con otras personas. Durante meses desaparecías del mapa y yo no estaba dispuesta a perder el tiempo, o eso creía, ya que no había fin de semana en el que no deseara volver a verte, independientemente de si en ese momento estaba con otro chico o no. Pero en algún momento, esa adolescente alocada dejó de serlo y cuando volvimos a vernos por última vez, sentí que ya nada podría compensar el sufrimiento que me causabas y no estaba dispuesta a sufrir más por ti. Así que me alejé de tu camino para que pudiésemos seguir con nuestras vidas cada uno por su lado —tuvo la sensación de haber sido tan clara como pretendía.

—Tienes razón en muchas cosas pero, ¿crees que yo no lo pasaba mal con nuestra relación? —preguntó con gesto de dolor que Noa no distinguió si era forzado o no.

—No creo que sufrieses por mí en ningún momento, simplemente eras una persona muy inestable, que no era feliz consigo mismo —no vaciló en su respuesta.

—¿Eso es lo que pensabas de mí? —mostró asombro.

—Sí, parecía que vivías atormentado.

—¿Crees que sigo siendo igual?

—Sigues siendo la misma persona, pero te has conformado con lo que te ha dado la vida y vives resignado.

—¿Tan transparente soy?

—Eres como un libro abierto. Puedo ver como es tu vida. No te gusta tu trabajo pero te permite tener una vida desahogada. Estás casado con tu novia de toda la vida, a la que quieres, por supuesto, es la madre de tus hijos y siempre ha estado a tu lado. ¿Cuántos tienes?, ¿la parejita? —preguntó con cierto sarcasmo.

—No, dos niñas – respondió mientras su rostro confirmaba todo lo que había dicho. –Para no conocerme has dado en el clavo.

—Había tantas lagunas en nuestra relación que las he llenado echándole un poquito de intuición.- Cada vez se parecía más a Carla, pensó Noa.

—Quiero que sepas algo.

Noa no dijo nada, permaneció en silencio esperando a que él hablase.

—Si es cierto que estaba con alguien, estábamos juntos desde los catorce años y la verdad es que durante mucho tiempo no me imaginaba un futuro en el que ella no estuviese a mi lado. De pronto, te conocí a ti, tan alocada, tan risueña, tan alegre, tan desenfadada…. Cada minuto contigo era una aventura. Me habías roto los esquemas. Pero no era fácil, además, no podía verte todo lo que quería y la distancia hizo que tuviese muchas dudas sobre ti. Dudas y sospechas que se confirmaron cuando te vi con otro chico —parecía no sentirse cómodo con su confesión.

—Habías estado dos meses sin dar señales de vida, ¿qué esperabas?

Hubo un silencio, pero no tan largo como a Noa le hubiese gustado. Había pasado mucho tiempo y aunque ya no sentía dolor, no quería volver a recordar todo aquello.

Mientras hablaban, Noa había estado tan inmersa en su conversación, que había caminado de forma automática sin reparar en

la dirección que habían tomado. Simplemente se había dejado llevar sin ningún destino en mente, mientras él se había limitado a seguirla. Pero después de varios minutos en silencio, fue consciente de toda la distancia que habían recorrido. Se habían alejado bastante del lugar en el que habían quedado y estaban muy cerca de una de las plazas más de moda por su bares de tapeo, así que se dirigió conscientemente hacia allí. No había demasiada gente, a pesar de ser una hora en la que solía estar llena de trabajadores que después de una larga jornada laboral quedaban en alguno de los muchos bares de la plaza para tomarse una caña con sus amigos. Se paró en seco y tocándole ligeramente el brazo lo frenó. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se había percatado de que ella se había parado.

—Creo que no debemos darle más vueltas al pasado —dijo Noa con profundo convencimiento—.Han pasado muchos años y ya no tiene sentido

Él asintió, más por complacerla que por darle la razón.

—A los dos se nos ha quedado una espinita clavada porque nunca fuimos sinceros el uno con el otro. Y aunque ahora ya sea tarde, porque los dos tenemos nuestras vidas y ya no hay vuelta atrás, quiero que sepas que para mí has sido muy importante y aunque no lo creas, me he enamorado de ti y te he querido mucho, a mí manera.

Noa esperaba que él reaccionase después de haberle dicho eso y también fuese sincero sobre cuáles habían sido sus sentimientos hacia ella. Necesitaba oír que también había sido importante para él. Durante todos esos años, Noa había sentido una gran tristeza al pensar en su relación, ya que nunca iba a saber si realmente había significado algo para él. Pero allí estaba, quieto, mirándola fijamente y sin soltar palabra. Se sintió decepcionada.

Segundos después, él bajó su mirada y sin pensarlo, Noa le propuso tomar una caña, aunque en el mismo momento en el que le hacía su proposición ya se estaba arrepintiendo. Sin embargo, necesitaba que volviese a mirarla. A él pareció gustarle la idea.

—Pero con una condición —dijo Noa—, no volveremos a hablar del pasado, sólo está permitido hablar del presente y del futuro

Se sentía muy inquieta e incómoda . Pensó que estaba perdiendo el

control de la situación. Desde que le había mandado el mensaje había planeado que decirle y se había imaginado como se desarrollaría la situación, pero las cosas no estaban yendo como las había pensado.

—Me parece bien – dijo él con tono resignado porque le hubiese gustado seguir hablando del pasado. Ese pasado que les había unido y que no sólo había sido malo. Habían compartido momentos muy buenos y recordarlos le provocaba nostalgia.

Entraron en una cervecería que estaba a pocos metros de allí, justo en la esquina de una de las calles que salía de la plaza. Era un local muy agradable en el que ya había estado alguna que otra vez.

Al principio no se le veía muy cómodo y era ella, para no variar, la que tenía que llevar las riendas de la situación y de la conversación. Así que se limitó a hacerle preguntas triviales acerca de su vida laboral, ¿en qué trabajas?, ¿tienes que viajar mucho?... Se arrepentía profundamente de haberle propuesto que tomasen algo, ¿cómo se me habrá ocurrido semejante majadería?, ¿en qué estaría yo pensando?, se culpó. Era una situación extraña, le apetecía estar con él, le agradaba sentir su presencia después de tanto tiempo, pero se sentía más cómoda durante el silencio que intentando sacarle las palabras y en algún momento tuvo deseos de desaparecer.

—Si te sientes incómodo por estar aquí conmigo, podemos irnos, quizás no haya sido buena idea —se quedó en silencio mirando fijamente su vaso mientras lo rodeaba con las manos, para a continuación, levantar la mirada y hacerle un gesto al camarero que pasaba por allí para pedirle la cuenta.

Pero Samuel le agarró de la mano y le pidió al camarero que les trajese otra ronda.

—Perdóname, no quiere que nos vayamos todavía.

A medida que se tomaban la segunda caña él parecía mucho más relajado y receptivo y ella comenzó a sentirse más a gusto con su compañía. Era como estar con un amigo de toda la vida hablando de temas insustanciales, riéndose, bromeando…todo de lo más normal sino fuese porque en alguna ocasión no podía evitar mirarle sin pensar en lo terriblemente guapo que estaba. En su caso, el dicho de que los hombres como el buen vino mejoran con los años se cumplía a raja

tabla, pero lo pensaba de una forma totalmente “sana”, no había intención en sus pensamientos o por lo menos eso pretendía creer.

—¿Tienes pareja? – preguntó de pronto Samuel.

Le sorprendió la pregunta, aunque estaba claro que tarde o temprano iba a salir a colación.

—Sí, bueno, no… —dijo sin la menor intención de sonar dubitativa – lo cierto es que sí hay alguien en mi vida pero nos hemos dado un tiempo.

—Ahora me toca a mí, déjame adivinar —puso cara de interesante, como si fuese hacer una gran revelación.

—Sorpréndeme.

—Me huele a miedo al compromiso. Seguro que uno de los dos, probablemente él, quiere dar un paso más y comprometerse, pero tú no lo ves claro y no quieres dar el paso.

—Muy perspicaz.

Carla sonrió. Samuel había hecho un pleno.

En ese momento sonó un teléfono. Los dos se quedaron quietos somo si los acabasen de pillar in fraganti. Samuel miró quien llamaba y durante unos segundos dudo en si coger o no, y al final, con la excusa del ruido del ambiente y haciendo el ademán de pedirle disculpas, salió fuera para hablar.

Noa supo que había llegado en momento de poner punto y final a esa velada, así que aprovechó para pagar. Y aunque no quería mirar a través de la cristalera, por miedo a que sus miradas se cruzasen, no pudo evitarlo.

Samuel no dejaba de sonreír y hablaba con gran entusiasmo con la persona que estaba al otro lado del teléfono. Pero su cara alegre y desenfadada. Se tornó en un rostro angustiado, casi con sentimiento de culpabilidad, cuando volvió a entrar por la puerta.

—Eran mis hijas —dijo mientras se acercaba.

Noa, sin darle tiempo ni a sentarse, comenzó a recoger sus cosas.

—Creo que es mejor que nos vayamos.

—Tienes razón.

Mientras salían, volvieron a la misma situación incómoda y tensa

de antes, incluso peor, porque en ese momento el silencio se había hecho mucho más insoportable.

—Será mejor que cojas un taxi para volver a tu hotel —Noa rompió el silencio.

Samuel le preguntó si quería que la acercasen primero a algún lugar y aunque ella le agradeció su ofrecimiento, prefiero ir andando.

Otra vez en silencio, salieron de la plaza hacía a alguna de las calles cercanas, en busca de un taxi.

Noa vio que se acercaba un taxi libre y levantó la mano para que se parase.

Samuel estaba cabizbajo.

—No te sientas mal, no has hecho nada malo- le dijo Noa mientras el taxi se acercaba.

—A veces la culpabilidad no está en los que haces, sino en lo que te gustaría hacer —confesó mirando de nuevo a los ojos de Noa.

Ella no se esperaba semejante afirmación y no supo como reaccionar.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Samuel mientras abría la puerta.

Noa se encogió de hombros y antes de que cerrase la puerta, le respondió: *"¿Quién sabe?"*

No quiso ver como se alejaba, prefería irse sin mirar atrás. En otros tiempos se hubiese ido para casa, reviviendo todo lo sucedido, recordando cada una de las palabras que había dicho, cada gesto, cada mirada....; analizándolos, intentando ver más allá. Pero no quería pensar y menos en él. Le causaba un sentimiento demasiado "extraño" y ambiguo.

Los compañeros más jóvenes de Noa, solían quedar todos los jueves y algunos viernes para salir de fiesta. Noa había salido con ellos en contadas ocasiones y casi siempre, lo había hecho forzada, porque era nueva y deseaba sentirse integrada en el grupo. Alguna vez, les había comentado que su mejor amiga trabajaba en Dreams y ellos no paraban de insistirle en que les consiguiera entradas para ir todos

juntos alguna noche. Noa pensó que esa era la ocasión perfecta. Llamó a Carla y ella, que estaba deseando que Noa fuera a la discoteca, le dijo que se pasase antes de salir por su casa y que le daría todas las entradas que necesitara.

Carla le sugirió que llamase a Lucía, pero Lucía no conocía a ninguno de sus amigos y era tan tímida que tendría que pasarse toda la noche pendiente de ella y esa noche no quería hacerlo. Así que le puso como excusa que la propia Lucia les había dicho que no le apetecía salir de fiesta, porque era un ambiente que no iba mucho con ella.

Desde que llegó a la fiesta deseaba verlo entrar por la puerta. No era capaz de mantener una conversación profunda con nadie porque tenía toda su atención puesta en no perderse su aparición en el local. Se limitó a bailar con sus compañeros y hacer comentarios insustanciales, sin poner demasiado interés, para pasar el rato y no parecer ausente.

En ningún instante tuvo la sensación de estar haciendo algo malo. Era cierto que había quedado con un hombre casado y padre de familia y que se moría de ganas de verlo otra vez, pero no se sentía culpable por ello, simplemente se dejó llevar. Sabía que no tiene mucho sentido intentar controlarlo todo. Todo lo que ocurre, sucede por distintos factores, factores que casi siempre son incontrolables y que se nos escapan de las manos. Quizás en el pasado se había permitido perder demasiado tiempo dándole vueltas a palabras, gestos, miradas, intentando buscar siempre una explicación a todo lo que ocurría, intentando averiguar la causa de las cosas, buscando una complejidad y una profundidad que la mayor parte de las veces no existía, pero pronto aprendió que al final todo es mucho más simple de lo que parece, sobre todo a lo que a hombres se refiere.

¡Qué guapo estaba! Podría haberse quedado horas allí observándolo, viendo como miraba hacia todos los lados buscándola.

Cuando la vio, sonrió y pareció aliviado. Se acercó, le dio dos besos y un pequeño abrazo, rodeando su cuello con el brazo derecho y acercando cariñosamente su cara hacia su pecho. Durante ese gesto que duró apenas unos segundos, pudo impregnarse de su olor, un olor

que aún le resultaba familiar.

Le presentó a sus amigos porque no quería que se sintiese desplazado, ni fuera de lugar y en pocos minutos, ya charlaba animadamente con algunos de ellos. No recordaba que fuese tan sociable, sino todo lo contrario, era bastante huraño y arisco con los desconocidos. No era la misma persona de antes, había cambiado pero le atraía y mucho.

Al principio de la noche no hablaron demasiado, no entre ellos por lo menos. Se limitaron a observarse en la distancia y a sonreírse. En uno de esos momentos en los que se detuvo a mirarle, sintió como el deseo invadía su cuerpo y su mente. Quería besarle, abrazarle, acariciarle. Sus miradas se cruzaron. En ese momento, su mundo dejó de girar y no le importaba nada ni nadie que estuviese a su alrededor, sólo podía verlo a él y sólo él le importaba.

No supo si fue el deseo que desprendían sus ojos o su propio deseo, el que hizo que Samuel se acercara a ella. A medida que se acercaba, el corazón de Noa comenzó a latir más fuerte. No dijo nada, cogió un mechón de pelo que tenía pegado a la cara y después de jugar con él tres segundos entre sus dedos, lo retiró delicadamente hacia atrás. Sintió como un escalofrío recorría su cuerpo, no fue capaz de mantenerle la mirada y aprovechó ese pequeño instante, para respirar hondo y recuperar la compostura.

—No dejo de pensar en ti —susurro a su oído—. Necesitaba volver a verte, necesitaba sentirte cerca de mí – dijo Samuel suavemente, mientras comenzaba a acariciarle el brazo con delicadeza. Estaba nerviosa y su deseo iba en aumento. Miró a sus amigos mientras intentaba zafarse de su caricia. Todos conocían su situación con Jacobo y no quería que la viesen coqueteando con Samuel.

Cuando se enteraron de que su novio se había ido y de que habían decidido darse un tiempo, todos se posicionaron a su favor. Cierto es que no tenían por qué tomar partido por ninguno de los dos, pero consideraban que si había alguno víctima en su relación era Jacobo y no les quitó parte de razón. Pero pasase lo que pasase esa noche con Samuel ,no quería darle motivos ni para hablar a sus espaldas ni para juzgarla.

—¿Estás bien?, ¿prefieres que me vaya?—preguntó con un tono terriblemente seductor, mientras intentaba romper esa pequeña barrera invisible de varios centímetros que ella acababa de interponer. samuel tenía plena seguridad de cuál iba a ser su respuesta.

—No, no quiero que te vayas —respondió Noa sin poder apenas mirarle a los ojos.

—Quiero pasar toda la noche contigo —afirmó mientras hizo el amago de acariciarle la cara pero arrepintiéndose antes de que su mano llegase a rozar su piel.

Empezaba a no soportar esa situación. Quería irse de allí, irse con él. Buscó una excusa y se despidió de sus amigos. Y con una simple mirada él la siguió y se dispusieron a salir.

Una vez fuera, él tomó el control. La cogió de la mano y se dirigieron a una zona apartada del gentío que se agolpaba en la entrada y cuando consideró que estaban lo suficientemente alejados, la agarró con decisión y la besó apasionadamente, haciéndola sentir libre. Libre porque ya podía dar rienda suelta a sus deseos y a sus ganas. Parecían dos adolescentes que no se conformarían con un no tan inocente beso.

—Deberías quedarte dormido para que pudiese marcharme silenciosamente sin decir nada —pensó Noa en voz alta mientras se incorporaba de la cama e intentaba buscar su ropa.

La habitación estaba hecha un desastre y era imposible encontrar nada, su ropa estaba repartida por toda la habitación.

—No quiero dormir, quiero disfrutar de cada instante que pueda estar contigo.

Ella siguió buscando su ropa esforzándose por no darle importancia a lo que había dicho. Habían pasado una noche muy especial e intensa pero ahora tocaba volver a la realidad y tenía que ser fuerte, no podía dejarse llevar otra vez.

Ya comenzaba a percibirse la luz del día en su habitación del hotel. Un nuevo día que le hacía recordar que la vida continúa exactamente en el mismo lugar en el que se había quedado, justo antes de que se

hubiesen besado ayer. Acababa de vivir una de las noches más increíbles de su vida y sabía que iba a tardar en olvidar toda la pasión y todo el placer que le había proporcionado. Le costaría borrar de sus labios el mapa de su cuerpo que había recorrido incansablemente y los distintos sabores que se había encontrado durante la travesía. Sería incapaz de borrar las huellas que sus besos y caricias habían dejado en cada rincón de su piel. Pero todo tenía que volver a su lugar, de la misma forma que después dela tempestad llega la calma, una tempestad y un caos que tras unos días de tranquilidad y sosiego ha desparecido de las mentes de los que la han vivido.

—Es pronto, por favor, no te vayas —suplicó intentando que volviese a tumbarse a su lado.

Noa se escapó suavemente de su mano y se alejó.

—No, debo irme —dijo de modo seco y cortante.

A estas alturas no era su intención ser borde ni grosera, pero tenía que mantenerse firme y no podía dejar asomar ni un atisbo de debilidad.

Le costaba mirarle a los ojos y cuando por fin lo hizo, notó que estaba apagado, entre disgustado y decepcionado.

Samuel se levantó y se esforzó para que sus ojos no se deleitasen con la hermosa visión de su cuerpo desnudo. Miró hacía el suelo mientras se repetía, una y otra vez, que no debía mirarlo como si en ese momento su desnudez se hubiese convertido en el peor de los pecados.

Corrió un poco una de las cortinas de la habitación dejando entrar más claridad, se quedó allí plantado, con su mirada buscando el horizonte y segundos después, puso una mano sobre sus ojos para seguidamente pasarla por su mejilla, acabando en su cuello dándose un ligero y breve masaje al mismo tiempo que movía circularmente su cabeza.

—¿Te arrepientes? —preguntó con seriedad allí frente a la ventana.

Noa estaba confusa, no sabía hasta qué punto sería buena idea que le confesase la verdad sobre sus sentimientos y durante unos segundos se debatió entre hacerlo o no.

—¡Cómo me voy arrepentir! – exclamó ligeramente ofendida—. Ha sido una noche increíble, deliciosa, inolvidable…¿cómo crees que puedo arrepentirme?—preguntó retóricamente mirando hacia él y sin ver en él ni el más mínimo movimiento. Parecía una estatua perfectamente esculpida.

—Quiero volver a verte —afirmó sin inmutarse.

Se lo estaba poniendo muy difícil, preferiría que fuese uno de esos hombres que al día siguiente se olvidan, hasta del nombre de la mujer con la que han compartido su cama. Ella no dijo nada pero su silencio fue más revelador que cualquiera de las palabras.

—¿Es que esta noche no ha significado nada para ti? —preguntó enfadado mientras se giraba y fijaba sus ojos en los suyos. Siempre había tenido dificultades para expresar sus sentimientos a los hombres que le gustaban, pero él se merecía que fuese totalmente sincera. Se acercó a su lado y al apreciar la tristeza que había en su mirada, sintió una presión en el pecho que le dificultaba respirar. Puso su mano izquierda sobre su cara en un intento de calmar su frustración, pero él posó con fuerza una de sus manos sobre la de ella, para al instante apartarla de su cara, con un gesto de aparente brusquedad. Parecía no querer sus intentos de acercamiento, pero ella no iba a rendirse sin antes hablar las cosas. No quería irse sin dar explicaciones y sabiendo que él estaba enfadado con ella. No le iba a permitir dejar que su historia volviese a ser una historia inacabada.

—Esta noche ha significado para mí mucho más de lo que te imaginas —comenzó a confesar mientras puso su mano sobre el pecho de Samuel

Él ya no la apartó y Noa sintió como su cuerpo se relajaba, empezando a estar más receptivo y menos a la defensiva.

—Esta noche ha llenado un vacío que había en mi vida. Has sanado esa pequeña herida de mi pasado que tenía tu nombre. Ya no pensaré en ti con la amargura y con la nostalgia de saber que una de mis historias más importantes quedó incompleta. Ya no tendré dudas de cuáles fueron tus sentimientos hacia mí y me sentiré feliz, porque estaré segura de que yo he sido tan importante para ti, como tú lo has sido para mí.

La miraba un poco desconcertado.

—Hablas del pasado pero yo quiero formar parte de tu presente y de tu futuro —dijo con amargura.

—Te quiero mucho, siempre te he querido y eres muy importante para mí —ya no le importaba decir todo lo que sentía, lo único que no quería era que él no sufriese.— Y creo que tus sentimientos hacia mí también son fuertes y sinceros, pero tienes que ser racional. No estás enamorado de mí, estás enamorado de aquella jovencita de dieciséis años a la que conociste. Pero han pasado muchos años y los dos hemos rehecho nuestra vidas y hemos madurado convirtiéndonos en las personas que somos ahora mismo. Tú has creado una familia y seguramente si no nos hubiésemos vuelto a ver toda tú vida hubiese seguido su transcurso natural, con total normalidad, ajeno a mí.

—No sabes lo que dices, yo nunca he dejado de pensar en ti y nunca he dejado de quererte —inquirió mientras agarraba su cara con sus manos y la acercó hacia él hasta acabar abrazándola.

Noa no se resistió pero no quería ser demasiado efusiva, así que dejó sus brazos a la altura de su costado.

—Sé que me quieres —susurró con su cabeza apoyada sobre su pecho—, pero también quieres a tu mujer y a tus hijas y en el fondo de tu corazón, sabes que no debes y que no quieres hacerles daño porque son lo más importante para ti. Sólo deseo que seas feliz y tu felicidad está con ellas.

Noa estaba segura de sus palabras y aunque entre sus brazos se sentía en el mismo cielo, sabía que Samuel no era el hombre de su vida.

—No quiero perderte —dijo con el mismo tono amargo.

—Te diría que no vas a perderme, pero lo mejor para ti es que yo no forma parte de tu vida.—aseguró con total convencimiento.

Se dejó llevar y lo abrazó, volviendo a apoyar su cara en su pecho y volviendo a sentir en su rostro el calor de su cuerpo. Cuando levantó su cabeza para mirarle a los ojos, la besó y ella le devolvió el beso con la amargura y el dolor de saber que sería el último. Podría haberse pasado toda la vida allí, entre sus brazos, sin pensar en nada, sin pensar en Jacobo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y cuando ya no

pudo reprimir el llanto, se separó precipitadamente de él, recogió su ropa y se metió en el baño.

Él sabía que estaba llorando y como gesto de respeto no dijo nada. Lloraba porque por fin, comenzaba a ver las cosas con claridad y aunque no se arrepentía de lo que había hecho, no era ahí donde quería estar y no era él, con quien quería pasar el resto de sus noches.

Cuando salió del baño la habitación estaba vacía, no le había escuchado salir pero no le molestó e incluso se lo agradeció, así sería más fácil para los dos.

Salió del hotel y cogió un taxi. Se sentía un poco desorientada, como si se hubiese despertado de un sueño, le costaba distinguir entre fantasía y realidad. Al poco rato, le parecieron segundos, el coche paró frente a su portal y cuando abrió el bolso en búsqueda del monedero para pagar vio que había un papel dentro que no estaba allí antes de esa noche, lo rozó sin abrirlo y supo desde un primer momento, que sólo Samuel era el único que podía haberlo metido dentro y le dio un vuelco el corazón.

En cuanto bajó del taxi buscó el papel rápidamente en el bolso porque deseaba saber que había escrito. No tendría que darle tanta importancia a ese simple trozo de papel, pusiese lo que pusiese no iba a cambiar la situación, pero no podía evitar morirse de curiosidad. Curiosidad femenina.

“Lo dejaría todo por ti, solamente tienes que pedírmelo”

Estaba claro que para él había significado algo, pero el que dijese eso, que por ella, por una sola noche, fera capaz de destrozar su vida, le demostraba que en el fondo, seguía siendo la misma persona emocionalmente inestable que había conocido hace años. Ella no quería a alguien así a su lado. Ella era muy insegura y necesitaba a su lado a alguien que le proporcionase estabilidad. Necesitaba a Jacobo. Pero recordó que ya no estaba a su lado y se le vino el mundo encima.

Capítulo 6

Llegó al portal y justamente al meter la llave en la cerradura tuvo una sensación, un presentimiento de que algo iba mal. Cuando entró en el ascensor, se apoyó en el espejo y mientras intentaba arreglarse un poco el pelo, se dijo a sí misma que era una tonta, que cada día millones de personas pasan la noche fuera de sus casas y no por ello tiene que pasar nada, era un hecho de lo más habitual.

Pero en momento exacto en el que abrió la puerta de su piso supo que ese presentimiento se había transformado en realidad. Le bastó con ver encendidas las luces para imaginar que Jacobo estaba allí, pero cuando vio sus maletas en el salón, ya tuvo ninguna duda. Estaba sacando sus libros de la estantería y metiéndolos en una caja.

Se sintió avergonzada y sabía que él estaba enfadado. Se imaginaba lo que debía de estar pensado y le horrorizaba saber que era verdad. No sabía que decir y optó por un tímido y silencioso "*hola*".

—Te he llamado —dijo él con sequedad.

—Lo siento, tenía el móvil silenciado

Noa sacó su móvil del bolso y pudo ver las llamadas perdidas y un mensaje en el que le pregunta dónde estaba.

—Me he quedado a dormir en casa de... —quiso mentir pero él le interrumpió antes de hacerlo.

—Por favor, no me mientas, no va contigo —suplicó totalmente decepcionado. No se esperaba una vulgar mentira por su parte.

Empezó a sudar y notó como sus piernas comenzaban a temblar. No se sentía lo suficientemente fuerte para afrontar la situación y se sentó en el sofá sin saber qué decir, sin saber qué pensar. Estaba bloqueada.

Posó el móvil en la mesa y frotó sus ojos deseando que cuando los volviese abrir Jacobo no estuviese allí. Deseaba que todo eso no fuera más que un mal sueño. Pero el vibrador de su móvil la sobresaltó y supo qué la situación estaba a punto de empeorar.

Jacobo pudo distinguir, a pesar de la distancia, el nombre de la persona que la estaba llamando.

—¿Samuel?, ¿quién coño es Samuel?

Y sin dar crédito a lo que acababa de ver, la miró fijamente, intentando leer en su rostro qué estaba pasando. No podía ser verdad.

—No puede ser… —esperaba una reacción por su parte pero su silencio era de lo más revelador.

Noa estaba demasiado bloqueada y no era capaz de decir nada coherente que la ayudase a salir de esa situación. Lo que había hecho no tenía justificación.

—Pero qué has hecho?. —preguntó sin esperar una respuesta.

No podía creer que hubiese pasado la noche con otro hombre. El dolor era demasiado intenso. Desde que llegó al piso tuvo la sospecha de que le había engañado pero saber que era cierto hacía el dolor insoportable.

Volvió a dejar en la estantería los libros que tenía en la mano.

—Necesito respirar —dijo dirigiéndose a la puerta.

Y así, sin más, se marchó

Se pasó horas esperando a que volviera. Allí sentada, inmóvil, no se había acordado ni de comer en todo el día, bastante tenía con desear que cada vez que oía el ascensor subir o bajar, fuese él. Pero nada, parecía que su deseo no tenía ni la más mínima intención de convertirse en realidad. Era media noche y se preguntaba en dónde podría estar. Pensó en llamar a sus amigos, pero probablemente ya sabrían lo ocurrido y no estaba preparada para enfrentarse a ellos. Tampoco estaba preparada para contarle a Carla lo que acababa de hacer.

Cada minuto que pasaba se le hacía una eternidad y aunque en un principio fue capaz de mantenerse en calma, la ansiedad comenzaba a adueñarse de ella. Llegó a sentir una opresión en el pecho que le dificultaba la respiración y de pronto, tuvo el impulso de llamarle. No sabía que iba a decirle pero por suerte, o no, no le contestó.

Hizo todo lo que pudo para recuperar la tranquilidad y cuando fue

consciente de que no tenía sentido que se limitase a esperar, se dio una ducha para relajarse y se metió en la cama con la intención de descansar un rato, ya que era su segunda noche sin dormir y aunque estaba agotaba no podía dejar de pensar en Jacobo y en lo que estaría sintiendo.

Al final, en algún momento de la noche, logró conciliar el sueño. Cuando despertó, se alegró enormemente de oír ruido en casa. Ha vuelto, pensó. Por un pequeño instante, tuvo miedo de estar soñando y de que en realidad él no estuviese allí, pero después de frotarse los ojos durante unos segundos y de despejarse un poco, comprobó con alivio que todo era real. Se levantó y se dirigió al salón con la incertidumbre de no saber qué se iba a encontrar.

—Siento haberte despertado —dijo con indiferencia, sin mirarla a la cara, mientras seguía empaquetando sus cosas donde lo había dejado hace unas horas.

—¿Te vas así?, ¿no quieres que hablemos de lo que ha pasado? —no sabía cómo enfrentar esa conversación. ¿Cómo podría hacerle comprender lo terriblemente culpable que se sentía?, ¿Cómo podría hacerle creer que se odiaba por lo que le había hecho?.

—Déjalo…, ya no tiene solución…—siguió impasible y en ningún momento la miró.

—Lo siento muchísimo, no puedes imaginarte cuánto —se acercó a él y tuvo el impulso de acariciarlo, aunque al final se contuvo.

—Mañana vendrá mi hermano a recoger mis cosas, yo sólo me llevaré las maletas.

Noa hubiese preferido que estuviese enfadado con ella e incluso que le gritase, esa indiferencia la estaba destrozando.

—Por favor, déjame que te explique- le suplicó—. Además soy yo la que lo ha fastidiado todo, debería de irme yo.

—No, puedes quedarte, dentro de una horas vuelvo a EEUU. Cuando decida regresar, ya me buscaré otro piso.

Noa estaba en blanco. ¿Qué podía decir?

—Y no necesito explicaciones, lo tengo todo demasiado claro.

—Jacobo, lo siento —su voz sonó ahogada—, yo no quería hacerte

daño.

Tenía ganas de llorar.

—¿Qué no querías hacerme daño? —reaccionó y la mirós con rabia —, ¿cuándo exactamente?, ¿cuándo te pedí que te casaras conmigo y diste la callada como respuesta, cuándo para darte tu espacio y no agobiarte me fui dos meses a Nueva York y no me has llamado ni una sola vez o cuándo te acuestas con el primer impresentable que se te pone a tiro?

Se quedé sin palabras, tenía toda la razón. ¡Dios mío, qué había hecho!, comenzó a llorar desconsoladamente de rabia e impotencia. Sintió que se ahogaba.

—Siempre he querido entenderte, he llegado a justificar lo injustificable, pero se acabó —su tono ya no era tan de enfado, como de decepción y desilusión.

No fue capaz de decir nada. No tenía argumentos porque lo que había hecho no tenía perdón. Era tanto el odio que sentía hacia ella misma, que pensó que el dolor y la culpabilidad la iban a destrozar por dentro. ¿Cómo podía haber sido tan cruel con una persona que estaba dispuesta a compartir el resto de su vida con ella?, ¿cómo había sido tan mezquina con la persona que la había cuidado, protegido y mimado en esos últimos dos años?

Vio como Jacobo se dirigía hacia la puerta con las maletas. Él se paró y la miró por última vez. Noa pudo ver la tristeza en sus ojos. No dijo nada y se fue.

Se sintió una idiota, no había sabido valorar el amor que Jacobo le había demostrado desde el mismo día en el que la conoció. Siempre se lo había hecho todo tan fácil que nunca fue capaz de apreciar la sinceridad y profundidad de sus sentimientos. ¡Qué imbécil! Había confundido el amor con el sufrimiento. Con él era todo tan sencillo. Soy una analfabeta emocional,se dijo.

Pero ya era demasiado tarde, lo había perdido.

Cuando escuchó como se cerraba la puerta tras de sí, sintió que era el fin, que ya no había vuelta atrás. Tenía que ser fuerte y volver a

empezar. Giró la cabeza, miró hacia la puerta, y volvió a ver en su mente la imagen de Noa llorando y por un instante sintió pena por ella, que le había roto el corazón.

Estaba agotado física y emocionalmente. Desde el día en el que le pidió matrimonio no había dejado de sufrir. No había dejado de pensar en ella, estaba desesperado buscando la forma de que ella reaccionase y decidiese comprometerse con él. Incluso apresuró su incorporación en Nueva York, por si la distancia le hacía darse cuenta de que no podía vivir sin él. ¡Qué iluso!, seguro que hasta le había hecho un favor, seguro que estaba deseando librarse de mí, ¿cómo he podido estar tan ciego?, se lamentó.

Nunca sabría lo que se había esforzado para conseguir que le diesen el puesto en EEUU, sabiendo que unos de sus sueños era poder vivir allí. Esos dos últimos meses, había trabajado quince horas diarias sólo para complacerla.

Pero de nada servía lamentarse, ahora su sueño se había convertido en una oportunidad para empezar de nuevo lejos de ella, de la que consideraba la mujer de su vida.

Por suerte, después de varias llamadas y de algo de dinero, había conseguido que le adelantasen el vuelo a EEUU. No le apetecía ver a nadie, ni familia, ni amigos. No quería hablar de todo lo ocurrido con ellos, no estaba preparado. Incluso prefirió quedarse en un hotel antes que darle explicaciones a nadie, era demasiado humillante y doloroso.

En su círculo Noa tenía muchos detractores, sobre todo desde que pareció no importarle que se fuera a trabajar a Nueva York, y más aún sabiendo, algunos de sus amigos, que le había pedido matrimonio.

Nadie veía ninguna lógica a su comportamiento. Jacobo era un chico muy atractivo, inteligente y con un futuro brillante, y además, se había desvivido por ella desde el mismo instante en el que la vio. Cuando la vio por primera vez en la sala de exposiciones, le había parecido especial, sobre todo porque no tenía nada que ver con el prototipo de chica que le rodeaba, superficial, engreída y “vacía”. Siempre decía que no hay mujer más atractiva que aquella que se siente guapa con unos sencillos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas. Y Noa le resultaba irresistiblemente guapa y ya cuando

descubrió la seguridad en sí misma que desprendía, lo resuelta que era, sus ocurrencias, su ingenio,….¡ufff! se volvió loco por ella. Con Noa hablar de cosas tan absurdas como la construcción de las aceras se convertía en una conversación de lo más interesante y entretenida. ¡Qué graciosa! Igual no tenía ni idea de un tema, pero en un momento se cuestionaba tantas cosas y reflexionaba acerca de tantas otras, que en pocos minutos podía hacerte una tesis de gran valor empírico.

Pero allí estaba, en el aeropuerto, volviendo a un sueño que originalmente no había sido suyo, pero que había compartido tantas veces con ella que sentía que también le pertenecía y le apetecía- Y ahora más que nunca, ¿por qué no?, ¿qué mejor manera de hacer borrón y cuenta nueva?. Había luchado mucho para llegar hasta allí y no iba a desperdiciar la oportunidad que muchos compañeros suyos matarían por tener, pero que era suya y se la había ganado a base de mucho esfuerzo.

Le invadió la tristeza. Iba a continuar una aventura que lo llevaría a miles de kilómetros de su realidad y allí estaba, totalmente sólo. Sin nadie que le diese un caluroso y cariñoso abrazo de despedida mientras le deseaba suerte. Pero no podía flaquear, tenía que ser fuerte.

Vibró el móvil dentro del bolsillo derecho de su cazadora de piel marrón. Un mensaje. Noa.

“Aunque no lo creas, te quiero.”

Sintió que se le encogía el estómago e intentó hacer unas lentas inspiraciones profundas para poder relajarse. No ponía en duda que le quisiera, pero no era suficiente, no bastaba con dos simples palabras. Le había hecho mucho daño y quizás nunca fuese capaz de perdonarla.

Sonó el timbre. Cuando vio a Borja por la mirilla no la sorprendió.

—Hola, ¿qué tal? ——saludó avergonzada, mientras se acercaban para darse dos besos de cortesía.

—Bien —respondió desganado mientras entraba en el salón.

Borja y Noa se caían bien, se tenían simpatía mutua, al menos hasta

ese momento. El hermano de Jacobo le llevaba cuatro años y el hecho de ser el mayor, le proporcionaba un sentimiento protector hacia él, que le hizo augurar que no vendría, precisamente, en son de paz.

—Me ha dicho Jacobo que tenía preparadas unas cajas para que me llevase.

Daba la impresión de que Borja no tenía muchas ganas de hablar con ella. Estaba muy distante, aunque quizás sólo guardaba las distancias para no tener la tentación de decirle todo lo que se le pasaba por la cabeza. Habría preferido que le hubiese lanzado un montón de reproches. Eso la habría ayudado a aliviar un poco su gran sentimiento de culpabilidad.

—¿No vas a decir nada? —le tentó.

—Jacobo me ha pedido que no te diga nada y que me limite a recoger sus cosas.

Propio de él, pensó. Quería protegerle a pesar de haberle hecho daño.

Borja se quedó quieto y callado durante unos segundos.

—Mira, no sé qué ha pasado entre vosotros porque no ha querido contármelo, aunque estoy seguro de que le has hecho mucho daño para que se haya ido así. Desde hace un tiempo no entiendo qué te pasa con él, pero tu forma de actuar me ha llevado a pensar que no le has querido lo suficiente y que no has valorado todo lo que ha hecho por ti.

Noa se limitó a estar callada mientras tenía la mirada fija en el suelo, la culpabilidad la estaba matando.

—Sabes que te tengo mucho cariño y que nunca me he querido meter en vuestras cosas, pero creo que ya es hora de que te diga que te has pasado y mucho. Jacobo se ha desvivido por ti y tú parece que te has empeñado en hacerle sufrir lo indecible.

—Me he acostado con otro —espetó sin pensar. No estoy segura de por que lo había hecho, pero necesitaba que Samuel lo supiese, necesitaba que se enfadase con ella y la hiciera sentir lo mala persona que era.

La miró con cara atónita y la intensidad de sus ojos parecían

gritarle: *¡Cómo has podido!*

— ¿Sabes? En el fondo creo que la has hecho un favor. Ya era hora de que se enterase de la clase de persona que eres. —dijo con ira—. Por suerte, ya ha reaccionado y se ha dado cuenta de que no mereces la pena.

No dije nada, me merecía eso y mucho más.

Recogió las cosas de Jacobo con rapidez. sin mediar palabra. Tuvo que hacer tres viajes para meterlo todo en el coche y al final, a modo de despedida sólo le dijo una frase: *"Rebeca, estará muy feliz de recibir a Jacobo en Nueva York de nuevo soltero"*.

A Noa se le pusieron los ojos como platos.

—Ahh, ¿no sabías que Rebeca está en EEUU? Vaya… —dijo mientras cerraba la puerta.

Estaba claro que Samuel buscaba hacerle daño y lo había conseguido. Rebeca era la ex de Jacobo y nunca había superado la ruptura, siempre estaba al acecho y no iba a desaprovechar la oportunidad para volver a su lado. La verdad es que eran la pareja perfecta, extremadamente guapos, con un estilo envidiable, con éxito profesional (aunque por diferentes motivos, Jacobo por su esfuerzo y por su valía y Alicia porque había nacido en una buena familia y emparentaba con la gente adecuada) y también tenían otra cosa en común, todo el mundo los adoraba, eran ese tipo de personas que deseas que vayan a tu fiesta y con las que quieres que te relacionen para mejorar tu imagen social. Pero la gran diferencia entre ellos era que Alicia era superficial, vanidosa, ambiciosa, manipuladora, caprichosa, engreída, prepotente….y Jacobo, todo lo contrario. Cuando se conocieron en el primer año de carrera, Jacobo se dejó atrapar por su belleza; pero aunque ante los ojos de todo el mundo, estaban predestinados para estar juntos, Jacobo no tardó en darse cuenta de que Alicia no era la persona con la que quería compartir su vida. Pero ahora Noa se lo había puesto en bandeja.

Capítulo 7

Tardó varias semanas en fijarse en él. Estaba tan emocionada con sus clases de pintura, que todo lo que no tuviese que ver con su caballete o con su profesora, le pasaba totalmente desapercibido.

Los primeros días fue una clase muy silenciosa, se notaba que la gente no se conocía y que cada uno iba a su aire. Pero clase tras clase, los alumnos empezaron a relacionarse y de vez en cuando, se oían conversaciones entre algunos de ellos, incluso, los fumadores, solían charlar animadamente, antes y después de la clase.

Lucía no era una antisocial, pero a veces le costaba un poquito relacionarse. No siempre había sido así, pero con los años se había convertido en una persona un poco hermética.

Una de esas conversaciones que a veces se oían durante la clase, hicieron que se fijara en él. Un chico y una chica conversaban detrás de ella y la voz profunda, cálida y seductora de él le llamaron la atención. Le recomendaba a la chica una obra de teatro que había visto el fin de semana. Tuvo la tentación de mirar hacia atrás para ver a quién pertenecía esa voz, pero por su escaso sentido de curiosidad por lo desconocido, se conformó con seguir escuchando. Sonaba tan "inteligente" todo lo que decía y lo decía tan tranquilo y tan seguro de sí mismo, que su voz la tenía embobada como quien escucha el mejor disco de su grupo favorito.

Cuando se acabó la clase y comenzó a recoger sus pinceles, uno de ellos se le resbaló de entre las manos y cayó al suelo. Antes de que pudiese cogerlo, la voz a la que ahora podía verle la cara, se le acercó mientras le dijo "*aquí tienes",* mirándola a los ojos y esbozando una ligera sonrisa. No fue capaz de pronunciar palabra y observando detenidamente su rostro, comprobó que su aspecto era una perfecta representación física de su hermosa voz. Era moreno y tenía el cabello lleno de ondas ligeramente largas, algunas de las cuales, le caían tímidamente sobre sus ojos, unos grandes ojos negros tan profundos como su voz. Llevaba barba de dos días, lo que le daba un aire muy interesante y atractivo.

La miró extrañado. Seguramente esperaba que le hubiese dado las gracias. Ella se sintió tonta, por haberse quedado mirándolo con tanto detenimiento. Segundos después, una vez que salió de su pequeño trance, le dio nerviosa las gracias, mientras miraba hacia el suelo avergonzada

En las siguientes clases le invadían los nervios cada vez que lo veía. Intentaba evitar cualquier situación en la que sus miradas tuviesen que cruzarse. Y cuando más se convencía de lo terriblemente guapo que era, más nerviosa le ponía su presencia. Sin embargo, le gustaba sentirle cerca. ¿Por qué se sentía tan atraída por él?

Lucía, les contó a las chicas que nunca le había pasado algo parecido, o por lo menos, no le había pasado en los últimos años. Y llegó un punto, en el que comenzó culpable por ir a clases de pintura y sobre todo, por sentirse atraída por otro hombre que no era su marido. ¿Qué significaba todo eso?

Una tarde ocurrió algo inesperado. El chico misterioso esperó a Lucía a la salida.

—Hola , ¿qué tal?, soy Max —dijo prácticamente cortándole el paso.

—Yo soy Lucía —se presentó con timidez e intentó escabullirse, sin dar pie a alargar la conversación

—No te vayas, por favor. Me gustaría poder hablar un poco contigo —parecía suplicante.

—Lo siento, debo irme. —Lucía estaba dispuesta a marcharse y se sentía muy incómoda con esa situación.

—Perdona mi atrevimiento. No me tengas miedo, sólo quería charlar un rato. —Su intención no había sido asustarla, ni mucho menos.

—No tengo miedo de ti, tengo miedo de mi misma.

—¿Por qué? —Max no entendía a que se refería.

—Porque me gustas —respondió impulsivamente, sin pensar y salió huyendo.

—Tú a mí también —dijo él en voz baja, casi para sí mismo,

aunque Lucía sí pudo escucharlo.

Saltaron las alarmas. Le recorrió un sudor frío por todo el cuerpo. Sintió una punzada en el estómago. ¿Cómo se había metido en ese jardín? Automáticamente, se había dado la vuelta y se había ido como alma que lleva el diablo. Era mejor no seguir con esa conversación. Seguro que no les iba a llevar a buen puerto, por lo menos a Lucía no.

Mientras caminaba hacia casa, pensaba en lo ocurrido y llegó a sentir ilusión al recordar sus palabras. ¿Quién no se emocionaría al saber que le gustas a alguien que a ti también te atrae?, pero qué peligroso resultaba cuando tienes pareja.

En la siguiente clase, Max le había dejado una nota en la esquina de su caballete.

"¿Te gustaría tomar un café después de clase? Di que sí".

Durante toda la clase no fue capaz de centrarse y no dejaba de pensar en qué quería y en qué debería hacer. Sabía que no debería ir pero estaba deseando hacerlo y al final, autoengañándose con excusas del tipo: *"deberías ir, seguro que al conocerlo deja de gustarte"*, decidió meterse en la boca del lobo.

Acabó la clase y comenzaron a recoger. Él acabó antes y se quedó en su sitio esperando a que ella terminase. Lucía pasó delante de él, él se levantó y se dirigieron hacia la salida y después, hacia el pub irlandés que se encontraba a escasos cien metros de la escuela de pintura.

Durante ese trayecto no mediaron palabra. Max iba ligeramente más adelantado que ella. Ella no pensaba en nada e intentaba disfrutar de las sensaciones que le producían estar tan cerca de él. Era muy excitante.

Cuando llegaron al pub, Max le abrió la puerta y la dirigió amablemente hacia una mesa, un tanto alejada de un par de grupos un poco alborotadores.

En cuanto se sentaron le espetó la única frase que no esperaba

escuchar en ese momento: *“Sé que estás casada”*.

—¡Menuda forma de romper el hielo! —respondió incómoda, casi haciendo el amago de marcharse.

Él se sintió avergonzado y se excusó, al mismo tiempo que ponía su mano sobre su brazo, intentando retener su posible huida

—No me malinterpretes. No lo digo con ninguna intención retorcida. Simplemente quería que lo supieses para evitarte pasar un mal rato contándomelo —vaciló—, en fin, que ha sonado muy brusco y no ha sido con mala intención.

—¿Cómo lo sabes?

—Coincidimos en la presentación de uno de sus últimos libros —respondió tímidamente mientras miraba hacia la mesa.

Lucía intentó recordar si lo había visto antes, pero sabía que era muy poco probable, ya que de haber sido así, no lo habría olvidado.

La miró directamente a los ojos.

—Estaba allí porque cubría la noticia. ¡Tienes una marido importante! —dijo con una ligera sonrisa sin intentar sonar sarcástico.

—¿Pero cómo sabes que es mi marido?

Ella siempre intentaba mantenerse en un segundo plano y le gustaba pasar desapercibida. Aunque en cierto modo, se alegró de haber llamado la atención de Max

—Creo que fueron tus intentos de pasar inadvertida lo que me llamaron la atención. Eras la única persona de la presentación que parecía no querer estar allí y por eso me fijé en ti. Le pregunté a mis compañeros de prensa si te conocían y una chica de la radio me dijo que eras la esposa.

Inmediatamente pensó en Leticia García. Había ido un día a casa de Lucía a hacerle una entrevista a Nicolás y como él se había retrasado, habían estado charlando un rato. No solía interferir en nada relacionado con su trabajo, pero en aquella ocasión ocurrió.

—Admiro mucho su trabajo y creo que su éxito es totalmente merecido, sin embargo, no me gusta formar parte de todo el circo del marketing, las promociones y demás. Se supone que tengo que estar a su lado apoyándole a su lado, pero prefiero hacerlo desde la distancia

—confesó arrepintiéndose al instante. Estaba contándole su vida a un desconocido.

—Se te veía triste.

Lucía cayó en la cuenta de que si era periodista, todo lo que estaba diciendo podía perjudicar a Nicolás.

—¿Qué pretendes? Nicolás es muy accesible. Si quieres hacerle una entrevista puedo darle tu teléfono a su secretaria.

Se rió, mitad sorprendido, mitad avergonzado.

—No, no, no soy periodista —seguía sonriendo—. Fue un trabajo, digamos que excepcional. Soy diseñador gráfico y le debía un favor a un compañero.

Ella sonrió con desconfianza y él lo percibió, porque inmediatamente dejó de sonreír y resopló.

—Creo que no estamos empezando con buen pie. Me estoy luciendo.

La camarera llegó para atenderles y eso les permitió relajarse un rato. Con rostro compungido y estresado, la camarera les pidió disculpas por haberse demorado tanto.

Max, caballerosamente y con gran amabilidad, aceptó sus disculpas y le transmitió toda la calma y tranquilidad que la pobre chica necesitaba. Con unas simples frases, no sólo consiguió cambiar su estado de ánimo, sino que también la conquistó. Les llevó los cafés a la velocidad del rayo e intento servírselos con la mayor sensualidad posible. A Lucía la situación le resultó curiosa, pero no le sorprendió. Max era el objetivo perfecto para las armas de seducción de cualquier mujer. Además, ya estaba acostumbrada a tener siempre a su lado a un hombre cautivador. Pero resultaba tan evidente.

Max se dio cuenta y tímidamente la miró y se sonrojó.

Lucía estuvo a punto de hacer algún comentario irónico acerca de su poder de atracción hacia las mujeres. Pero probablemente eso le haría sentir halagado y en ese momento, no le apeteció alimentar su vanidad y su ego masculino.

—Quiero que sepas que el que conozca, en cierto modo, a tu marido y que me resulte un escritor interesante, es algo puramente

casual y anecdótico. Si he querido tomar un café contigo es porque me intrigas. Hay algo misterioso en ti que me encantaría conocer. No sé lo que es. Eres como una pieza que no encaja en el puzzle. Y se te ve tan dulce, tan delicada.

A Lucía le molestó lo que acababa de oír. No era culpa suya, pero no le gustaba verse como la flor marchita que no encaja en el jardín. Odiaba la imagen de fragilidad que la gente tenía de ella.

—Siento defraudarte, no hay ningún misterio —dijo en tono amargo.

Max pensó que definitivamente no era su día. Su conversación era un tropiezo tras otro. Se disculpó aunque tampoco sabía muy bien por qué debía hacerlo. Ella le desconcertaba.

Lucía empezó a sentirse muy incómoda.

—Creo que no ha sido muy buena idea —dijo mientras empezaba a recoger.

Él no se inmuto y parecía decepcionado.

Cuando Lucía se disponía a marchar, le dio las gracias sonriendo y en tono conciliador. Tenían que seguir viéndose y no tenía por que haber mal rollo entre ellos. Max no dijo nada y simplemente se limitó a ver como se marchaba.

Estando en la puerta a punto de salir, volvió la vista atrás y sus miradas se cruzaron. Tuvo la sensación de haber sido demasiado dura con él.

Deseaba volver a verle y estuvo contando las horas para la siguiente clase. Sin embargo, cuando llegó el momento, tuvo un pequeño ataque de pánico. Le asustaba todo lo que sentía cuando lo veía. Sensaciones que era incapaz de controlar.

Entró en la clase y él ya estaba allí, sentando en su taburete al fondo del aula. No le pasó desapercibida su llegada y le dedicó una preciosa sonrisa, con la que consiguió paralizar y ruborizar a Lucía. En cuanto recuperó la compostura, se dirigió hacia su taburete y volvió a encontrar otra nota en la esquina de su caballete .

“¿Me das otra oportunidad? Empecemos desde el principio. ¡Di que sí!”

Lucía no tuvo dudas, tenía totalmente clara su respuesta.

Durante la clase estuvo relajada, intentando disfrutar de la sensación de que un unos minutos volvería a estar a solas con él.

Cuando salieron la conversación fue fluida, hablando principalmente sobre lo que tenían en común: la clase de pintura. A los pocos minutos ya estaban en el pub irlandés, sentados en la misma mesa que en la vez anterior.

—Siento mucho lo que ocurrió el otro día. Creo que me traicionaron un poco los nervios —se disculpó Max.

—No tienes porque disculparte. Reconozco que estaba muy a la defensiva y que me hablaras tan directamente de mi marido me hizo sentir… incómoda —aunque la palabra más adecuada era *"violenta"*—. Y tú breve descripción sobre mí, no me gustó, me intimido, quizás porque tenías razón. Me he acostumbrado tanto a estar a un segundo plano, que a veces me cuesta un poco relacionarme con la gente —Lucía se estaba esforzando por ser totalmente sincera con él.

Max estaba encantado escuchando hablar a Lucía. La confianza con la que le hablaba en esa ocasión, le confirmó que se sentía a gusto con su compañía.

—Quiero ser franca contigo.

Él le pidió que por favor, siguiese.

—Quiero que sepas por qué estoy aquí. Me gustas y me haces sentir cosas que hace tiempo que no sentía —pensó que igual se estaba pasando de sincera.

—¿Eres feliz en tu matrimonio?—preguntó Max casi sin pensar y al escucharse a sí mismo, creyó que igual había sido demasiado directo, otra vez.

—Probablemente —sabía que no era la mejor respuesta pero mentiría si dijera que sí—. Nicolás es un hombre excepcional y sólo puedo decir cosas buenas de él. Sin embargo, estos últimos años he vivido más su vida que la mía propia y tengo la sensación de haber perdido mi identidad. No me reconozco y lo que veo en mí no me gusta. Pero yo he buscado esta situación y soy la única culpable —Lucía sonrió intentando quitarle hierro a su confesión.

A Max se le ocurrieron mil cosas que decir al respecto, pero no quería volver a asustar a Lucía. Ella lo vio pensativo e intento cambiar de tema de conversación

—¿Qué tal si me hablas un poco de ti y del efecto que causas en las mujeres? —dijo Lucía divertida.

—Sólo me importa el efecto que causo en ti —sonaba a frase hecha pero él también estaba siendo sincero—. Y quiero que sepas que lo que yo veo en ti me gusta, me gusta demasiado.

A partir de ahí la conversación fue de lo más ameno. Hablaron de la academia de pintura, de sus dotes artísticas, de sus compañeros, de la camarera a la que había seducido, de sus gustos musicales y de muchas cosas más.

Se hizo tarde, más de lo que pensaban, así que decidieron que ya era hora de irse. Si hubiese sido por Max, se habrían quedado horas y horas allí, pero entendía que Lucía debía marcharse.

Cuando llegó a casa, Nicolás estaba en su despacho trabajando. En silencio, se dirigió hacia él. La rodeó con un brazo las caderas, la acercó hacia él y besó su tripa, para soltarla después con suavidad.

—¿Qué tal tu clase de pintura? —preguntó sin retirar su mirada del ordenador.

—Bien —respondió.

No se había percatado de la hora qué era. Cuando trabajaba se abstraía tanto que parecía que el mundo se paraba alrededor de él y de su portátil. Nicolás y su universo.

Lucía fue a darse una ducha y mientras se quitaba la ropa en la habitación, vibró su teléfono, un mensaje de un número desconocido. Al abrirlo sonó una canción. *“Fuckin´ perfect”* de Pink. En pocos segundos, otro mensaje.

“Para mí eres perfecta”.

Mientras se duchaba, relajada, apoyada en la pared, cantaba para sí misma.

“Pretty, pretty, please, don't you ever ever feel,

like you're less than fuckin' perfect.
Pretty, pretty, please, if you ever ever feel like you're nothing,
You're fuckin' perfect to me!.

"Preciosa, preciosa, por favor, jamás sientas,
que eres menos que jodidamente perfecta.
Preciosa, preciosa, por favor, si alguna vez sientes que no eres nada,
¡Eres jodidamente perfecta para mí!".

Podía pensar que había sido una imprudencia que le hubiera enviado esos mensajes, pero le pudo la dulzura del detalle y se preguntó como un chico como él se había fijado en ella.

Esa noche soñó con él. No era la primera vez que lo hacía.

Capítulo 8

Carla se preguntó si tendría pareja. Le extrañó verlo siempre solo y que nunca estuviese tonteando con mujeres. De hecho, no era la primera vez que escuchaba, por casualidad, a un grupo de chicas comentando lo antipático y huraño que era.

Parecía poco sociable. Se limitaba a tomar algo con sus compañeros de equipo, con los que no solía intercambiar demasiadas palabras y cuando consideraba que había cumplido con el tiempo de rigor para que no le consideraran un antisocial, se iba.

Era un hombre muy atractivo, con unos rasgos muy masculinos. Muchas chicas se le acercaban, pero siempre era cortante y ellas salían despavoridas. Las primeras noches vio como sus compañeros le presentaban a un montón de bellezones, pero al ver que él se sentía incómodo con esa situación, dejaron de hacerlo.

Era el nuevo fichaje de la temporada del Club Deportivo de Madrid, un inglés de padre irlandés y madre española, que prometía ser la estrella del equipo. Liam MacKnight. En sus primeros partidos, los resultados no habían sido los esperados y no estaba cumpliendo las expectativas ni de la directiva, ni del equipo técnico, ni de los aficionados. Muchos lo justificaban con que le estaba costando adaptarse a su nuevo equipo y confiaban en que, en pocas semanas, rindiese lo esperado. Además, a nivel publicitario estaba arrasando y eso compensaba los malos resultados.

La prensa del corazón también se había hecho eco de su fichaje, pero no habían sido capaces de ahondar demasiado en su vida privada. Había bastante secretismo alrededor de su vida personal.

Carla había llegado a escuchar que era gay y que le estaba costando salir del armario. Quizás es cierto, pensó. Aunque era el típico bulo que solían lanzar las mujeres que no conseguían seducir al hombre de sus sueños. Bulo que algunas veces resultaba ser cierto y otras veces, no.

—¿Y qué mas da si es gay? —le preguntó Noa.

—¿Tú crees que le gustan los hombres? —parecía que a Carla realmente le importaba y entonces, Noa lo vio claro.

—Carla, cielo, no lo he visto nunca, no sé nada de su vida, si no fuera por ti, no sabría absolutamente nada sobre él, pero ¿sabes?, hay algo de lo que sí estoy segura y es de que te gusta.

Carla se quedó muda y pensativa. No intentó negar lo evidente.

—Si te gusta, ¿por qué no intentas acercarte a él? Eres una experta en darle consuelo a las almas desvalidas, mi querida sor Carla —le sugirió Noa, intentándole dar un toque de humor al asunto porque sabía cuál era el estado del corazón de Carla. Un corazón hecho trizas que aún latía dolorido, sin ganas, sin fuerzas y con mucho miedo.

Noa estaba segura de que si no le gustase ya se habría acercado a él y era su resistencia a un posible acercamiento, lo que le había confirmado que Liam le atraía y mucho.

Carla siguió callada. Así era ella. Incapaz de hablar de sus sentimientos del mismo modo que era capaz de hacerlo con los sentimientos de los demás. Esa introversión emocional le hacían sufrir y no le dejaba avanzar.

He tomado una mala decisión, se lamentó Liam. Lo mismo que le había hecho huir era lo que ahora tanto añoraba. No podía estar tan lejos de lo que más amaba en el mundo. Daría su vida por ella, pero estaba tan lejos.

Intentó convencerse de que había escogido la mejor opción. Una mejora profesional y una mejora económica. Pero, ¿qué le importaba? Sino podía tenerla a ella, nada merecía la pena.

El fútbol, su pasión, había llegado a aborrecerle al igual que su otra gran pasión, las mujeres.

Durante días se comportó como una marioneta. Lo único que hacía era dejarse llevar por su representante o por sus compañeros. Todo empezaba a carecer de sentido para él. Se sentía deprimido, agobiado y estaba enfadado con el mundo y consigo mismo. Ojalá no estuviera aquí, deseó con todas sus fuerzas.

De esta noche no pasa. Hoy voy a intentar hablar con él, se dijo Carla cuando llegó a trabajar. Estaba inquieta, analizando cada instante, preguntándose si sería el momento adecuado para acercarse y poniéndose mil excusas para no hacerlo. De pronto, se quedó solo en la barra. Ahora o nunca, intentó darse ánimos. Le sudaban las manos y sintió debilidad en las rodillas. Comenzó a andar, cruzando los pocos metros que les separaban, pero un grupo de chicas le rodearon y ella, enfadada, disgustada y decepcionada, desistió de su intento.

Necesitaba tomar el aire y fue hacia la puerta de salida.

¿Cómo puedo ser tan tonta?, ¡seré niñata!, se repitió en voz alta, casi maldiciéndose.

—¿Te sientes bien? —le preguntó una voz masculina con un marcado acento inglés.

Era él. Se puso tan nerviosa que sólo pudo pronunciar un tímido sí.

Se produjo un gran silencio y ella se sintió muy incómoda.

—¿Has venido en coche?, ¿necesitas que te llame aun taxi? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—No es necesario, tengo ahí el coche —respondió mientras sacaba la llave del bolsillo delantero de su vaquero.

—¿Seguro que te sientes bien?, ¿hoy no tienes buena cara?.

A Carla se le agolparon los pensamientos: ¿sabía quién era?, ¿se había fijado en ella?, ¿había notado su estado de inquietud y desasosiego?.

—Eh... —no sabía que decir—. Sí, estoy bien, gracias.

—Mientes fatal —dijo con media sonrisa.

Era una de las pocas veces que lo había visto sonreír, aunque fuera levemente. Pero esa pequeña muestra de cordialidad de dio a Carla un poco de confianza.

—Y tú, ¿te sientes bien? —se atrevió ella a preguntarle.

—Sí, por supuesto —contestó rápido, sorprendido porque ella le hubiese hecho una pregunta.

—Pues ya somos dos los que mentimos fatal —dijo ella así, sin más,

y se volvió para dentro del local porque percibió que Liam no estaba a gusto e intuyó, que no tenía muchas ganas de seguir con la conversación.

Tardó una semana en volver a verle, pero no había dejado de pensar en él ni en su breve intercambio de palabras.

Cuando por fin lo vio entrar, su corazón le dio un vuelco. Estaba deseando verle de nuevo. Sin embargo, tenía miedo de toparse con él cara a cara. Probablemente él ni siquiera se acordaría de su fugaz conversación y eso a ella le decepcionaría enormemente. En cierto modo, prefería soñar y pensar que se acordaba de ella y que había tenido algún impacto en él, por muy pequeño que fuese. Estuvo toda la noche lo más lejos que puedo de él, para evitar un posible encontronazo. Tuvo la sensación de que, de vez en cuando, él la observaba. Pero pensó que seguramente fuesen imaginaciones suyas.

Estaba muy guapo e incluso, parecía un poco menos triste. Carla intentó relajarse porque tenía la sensación de empezar a alucinar. Se estaba obsesionando con ese hombre.

Continuó haciendo su trabajo y como buena relaciones públicas, saludó a alguna de las personas que estaban por allí y entre conversación banal y conversación frívola, dejó de centrar su atención en Liam. En una de esas conversaciones, Isabella Costa, la guapísima modelo italiana casada con el futbolista Marcos Ferro, la invitó a una cena que iba a celebrar en su casa y no paró de insistir hasta que Carla contempló la posibilidad de ir. Isabella, era muy insistente y no consentía un no como respuesta.

Casi una hora después, Carla sintió la necesidad de verle y lo buscó con la mirada por la zona en la que solía estar con sus compañeros y se disgustó al no encontrarlo. Instintivamente miró hacia la salida y lo vio dispuesto a salir, pero justamente antes de abrir la puerta, se giró y sus miradas se cruzaron.

—Lucía, ¿sabías que a Carla le gusta alguien? —Carla lanzó una mirada asesina a Noa.

—¿Un hombre? —preguntó Lucía con cara de sorpresa e intentando

sonar divertida.

—No, un orangután, boba.

—¿Sí?, ¿quién es?, ¿le conozco?

Noa y Lucía charlaron muy animadamente sobre el tema en cuestión, mientras que Carla se abstraía totalmente de la conversación.

—¿Sabéis quién me ha invitado a cenar en su casa?

Noa y Lucía dejaron su conversación de dos, para escuchar con atención a Carla.

—Isabella Costa, la mujer de Marcos Ferro.

Noa notó la preocupación de Carla y en seguida, se dio cuenta de que dudaba en si debería ir o si no y sobre todo, se preguntaba si Liam iría.

—Vas a ir, ¿verdad?. Creo que sería una buena ocasión para poder conocer un poco más a Liam y comprobar si realmente sientes atracción por él.

—Lo había pensado, aunque es muy probable que él tampoco vaya, teniendo en cuenta que no parece la persona más sociable del mundo.

—No pierdes nada por ir. En el mejor de los casos él irá. Y en el peor, pasarás una velada agradable con gente rica, guapa y famosa —le aconsejó Noa.

—Estarás en la casa de uno de los jugadores más famosos del país y podrás contarnos de que se alimenta su mujer top model para estar así de buena.

A Carla le hizo tanta gracia el comentario de Lucía que al reírse, consiguió relajarse un poco. Lucía no era de esas mujeres que dicen de otras que están buenas. Es como escuchar a una refinada princesa decir palabrotas.

—Me apuesto a que no es una adicta al chocolate como tú, pero buena estás un rato —le dijo Noa a Lucía.

—Tú si que estás buena, mi vida —le replicó Lucía con fingida picardía—. Si fuera hombre no te dejaría ni las pestañas.

Carla no podía parar de reír por los intentos de Lucía por hablar como un camionero.

—¿Y que pasa conmigo? —preguntó Carla entre carcajadas—, ¿yo podría ser perfectamente un ángel de Victoria Secret?

—Cariño, tú eres más como un angelito de la Madonna Sixtina de Rafael. Eres tan tierna.

Las tres chicas no podían parar de reír.

—Hablando de cenas —dijo Carla—, me gustaría que el viernes vinieseis a cenar a casa. Viene mi madre y quiere hacerle pasar un ratito agradable con mis amigas.

—¡Qué alegría! —exclamo Noa—. Lucía te va a encantar, es encantadora y guapísima.

A Carla le hacía mucha ilusión la visita de su madre, pero no pudo evitar preocuparse. ¿Lo estará pasando mal desde que la dejé sola?, se preguntó con angustia. Había llegado a plantearse, decirle que se viniese a vivir con ella. Pero antes de adelantar acontecimientos prefería esperar a verla, para poder valorar cómo de grave era la situación y a partir de ahí, tomar medidas.

No había duda de que Liam le gustaba. Muestra de ello, era el nerviosismo que le provocaba la posibilidad de verlo en la cena.

No sabía que ponerse. Supuestamente era una cena informal, pero con este tipo de gente el concepto de informal adquiría otra dimensión. Si para ella unos Loubotin eran un lujazo, pera las asistentes a la cena era casi unas zapatillas de andar por casa.

Finalmente aplicó la máxima infalible de menos es más y su gran teoría, de que no es necesario ir de marca, para estar impecable y fantástica.

Así que se puso unos pantalones pitillo negro, unos tacones negros acharolados, una camiseta gris marengo de cuello pico con una gran caída y un bolso de mano de piel gris que le había prestado Lucía.

Al llegar a la casa de Isabella y Marcos, no le sorprendió todo el lujo que había en cada rincón y en cada detalle, puesto que era lo que se esperaba, una casa de ensueño, perfectamente decorada. Seguramente habrían contratado para ello un decorador, que les habría cobrado por semana, lo que ella cobraría en un año. Pero lo

que sí la sorprendió gratamente, fue la amabilidad con la que todo el mundo la trataba. Para todas aquellas mujeres Carla era una aliada, ya que si alguno de sus maridos o novios tenía un desliz, probablemente ella fuera una de las primeras personas en enterarse. Además, no cabía duda de que Isabella era una gran anfitriona. Aunque cuando tienes a una decena de personas que te ayudan, es muy fácil dedicarte sólo a que la gente se sienta a gusto.

Todas las chicas charlaban amigablemente, sentadas en los diferentes sofás que había dentro del salón principal, mientras que los chicos, lo hacían alrededor de una barra situada al fondo, en la que un par de camareros servían bebidas a todo el que se acercase. Carla no tardó en divisar a Liam en grupo de chicos y sintió mariposas en el estómago. Estaba muy guapo. Irresistible. Llevaba puesto un pantalón vaquero desgastado, una camiseta negra y un foulard negro colocado informalmente alrededor del cuello.

Tanto durante el aperitivo como la cena, Carla se mantuvo a una cierta distancia, pero lo suficientemente cerca como para poder escuchar parte de sus conversaciones. Una de ellas fue muy interesante. María Velasco, mejor amiga de Isabella y compañera de profesión, aunque ni con la mitad de fama ni de belleza que ella, se permitió el atrevimiento de preguntarle directamente sobre su vida personal.

—Liam, ¿tienes pareja?

—No —respondió tajante.

—Tengo un par de amigas interesadas en ti, debería presentártelas.

—Te lo agradezco, pero soy yo el que no está interesado.

—Eres gay —a pesar de la tensión que había en la conversación, María no se cortó a la hora de preguntarle y Liam no se amedrentó—. Se rumorea que te gustan los hombres.

—No me importa —dijo serio pero no parecía estar molesto.

—Es curioso que nadie sepa nada de tu vida personal.

—No creo que a nadie deba interesarle.

—Pero siempre hay gente dispuesta a hablar de la vida de un futbolista famoso a cambio de algo.

—Será que no me relaciono con gente cotilla e interesada —Liam recalcó la palabra cotilla y con esa frase quiso dar la conversación por terminada.

María intentó contestarle pero Isabella que había estado pendiente de todo lo que había ocurrido, con una mirada de desaprobación, consiguió que María desistiera de su intento de replica.

Después de la cena se sirvieron cócteles y diferentes bebidas en la zona de la piscina, en la que habían creado un agradable ambiente chill out. No faltaba detalle. Incluso habían contratado a DJ Martin para poner banda sonora a la velada.

Los invitados, ya animados por el vino y el cava, charlaban, reían y bailaban relajados y dejándose llevar por la música.

—¿Ya te sientes mejor? —Liam se acercó.

—Podría estar mejor ¿y tú?, ¿cómo estás?

—Tirando, pero parece que la noche está mejorando. ¿Por qué me huyes?

Carla sintió la voz de Liam detrás de ella. Aún no se había atrevido a girarse y mirarle directamente a la cara.

—No, no lo hago.

—Voy a pensar que sólo sabes decir mentiras.

—Tienes razón. Puede ser que te evite un poco —confesó mientras se daba la vuelta—, porque me intimidas.

—¿Por qué? —preguntó él intrigado.

—A eso prefiero no responderte porque volvería a mentirte.

Liam se sintió un poco desconcertado ¿qué estaba pasando?.

—No, dímelo, me gustaría saber porque me evitas.

—Porque no te conozco —no era totalmente verdad, era una verdad a medias, pero Carla pensó que esa respuesta, le haría salir de esa situación tan embarazosa para ella.

—Claro que me conoces.

—Sé cómo te llamas, de dónde eres y a qué te dedicas. Pero no sé nada más y he oído demasiados rumores sobre ti. Además, siempre se te ve tan perdido y tan fuera de lugar —el cava le había desatado la lengua a Carla.

—Lo mismo podría decir yo de ti —Liam uso la táctica de cambiar de tema—, sé cómo te llamas, en qué trabajas y también he escuchado muchos rumores sobre ti.

—No lo creo, mi vida no despierta ningún interés —afirmó Carla convencida.

—Te equivocas. Despierta interés, en el instante en el que media plantilla intenta ligar contigo y tú les das calabazas a todos.

Carla se sorprendió. La mayor parte de los hombres que conocía por trabajo eran unos cameladores y unos seductores natos, pero las boberías que le decían no tenían para ella ninguna transcendencia.

—Hay dos teorías. La primera es que no te gustan las mujeres y la segunda, es que simplemente te limitas a hacer bien tu trabajo —le aclaró Liam.

—Pues ya tenemos algo más es común, nuestra supuesta homosexualidad.

Es realmente guapa, pensó Liam. Siempre estaba tan sumido en sus pensamientos, que no veía con claridad lo que ocurría a su alrededor. Pero esa simple conversación le había sacado de su permanente estado de autocompasión y acababa de descubrir, porque muchos de sus compañeros habían intentado seducirla. Era más guapa que todas las modelos que había en aquella fiesta y sin duda, tenía más clase que ellas.

—¿Te molestan los rumores? —preguntó Liam.

—¿Tú que piensas?

—Que no.

—Pues entonces no me molestan.

—En lo que a mí se refiere, yo puedo demostrarte en cualquier momento que los rumores obre mí tampoco son ciertos —dijo Liam riéndose y arrepintiéndose de sus palabras casi al mismo tiempo que las pronunciaba.

Había conseguido lo que no pretendía, asustar a Carla con su atrevimiento.

—Lo siento, no debería haber dicho eso. No soy así —se puso nervioso y no supo como justificar su grosería anterior—. Antes, hace

no mucho tiempo, seguramente te habría dicho algo peor que eso, pero ahora no soy así.

Seguramente ahora Carla se piense que soy un niñato inmaduro como el resto, se lamentó Liam. Pero, ¿le importaba la impresión que le había causado a Carla?, ¿por qué? El interés que esa chica estaba causando en él, lejos de inquietarle, estaba siendo terapéutico y sintió un ligero alivio, porque estaba siendo capaz de pensar en algo que no fuese su dolor.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de irme —a Carla no le había hecho mucha gracia el comentario de Liam y pensó que había llegado el momento de la retirada.

—No, por favor, no te vayas. No quería asustarte. He sido un idiota —intentó excusarse Liam, al mismo tiempo que con una mano intentaba cortarle el paso de forma delicada.

Carla sintió el peso de decenas de ojos sobre ella.

—Todo el mundo nos está mirando y me estoy sintiendo extremadamente incómoda.

—Lo siento. Les debe parecer un gran acontecimiento el que hable con la misma chica más de dos minutos.

—Me voy —dijo con determinación mientras le apartaba la mano.

—Permíteme que te acompañe —probó suerte.

—He venido a la fiesta por ti, porque quería conocerte, pero no quiero estar mañana en boca de todo el mundo. —Y así, sin darle tiempo a decir nada se marchó.

Liam se quedó allí, inmóvil, mientras que en su cabeza se agolpaban decenas de preguntas y de pensamientos: ¿qué acababa de pasar?, ¿vino a la fiesta por mí?, ¿por qué me ha afectado tanto mi conversación con ella?, ¡necesito volver a verla!.

Carla estaba deseando poder hablar con las chicas y contarles lo que había ocurrido, pero era muy tarde. Así que se fue a dormir. Mañana será otro día, se dijo. Un día muy emocionante con la llegada de su madre.

Sonó el móvil.

—Buenos días.

—Hola.

Carla tuvo claro quién era, el acento era inconfundible. Había estado pensando en él toda la noche, sin poder dormir apenas y por un instante, tuvo la sensación de estar en medio de un sueño.

—Me gustaría poder hablar contigo, estoy abajo, en tu portal.

—Acabo de levantarme y aún estoy en pijama.

—Esperaré lo que sea necesario pero, por favor, baja.

No le extraño ni que consiguiera su teléfono, ni su dirección. El amor y la fama también mueven montañas.

Estaba deseando verle. Después de su conversación de la noche anterior le intrigaba aún más. Se dio una ducha de dos minutos, se puso unos baggys que le caían sobre las caderas, una camiseta de tiras que aunque no era demasiado corta, combinada con ese pantalón dejaba al aire un trocito de barriga, unas zapatillas de loneta y se ató el pelo con una coleta alta.

Tenía un aspecto informal pero también se sentía sexy. Un poco de corrector de ojeras, una pizca de colorete, brillo de labios y listo.

Sirvió el café que acababa de preparar en dos vasos para llevar, con un ligero toque de leche y una cucharada de azúcar. Seguro que así le gusta, pensó y con más ganas de las que quería aparentar, bajó.

—Toma, para ti —le dio su café sin ni siquiera haberle dicho *"hola"*.

—¿No le habrás echado veneno? —preguntó divertido.

—Vale, cambiemos los vasos —Carla dio un trago al vaso de Liam —. Espera..., creo...., que me cuesta respirar.

Como actriz Carla no tenía precio.

—Bebe, anda. Lo peor que puede pasar es que no te guste.

Liam dio un trago e hizo un gesto de agrado.

En cierto modo, se parecía a esos protagonistas de las novelas femeninas que están tan de moda, a los que la fama, el dinero y el poder, les dan esa seguridad de poder conseguir lo que quieren, cuando quieren. Sin embargo, Liam se veía tan débil. Había tenido el valor suficiente para conseguir su teléfono y su dirección y presentarse

en su casa, pero una vez allí, estaba totalmente indefenso.

—¿A qué has venido? —Carla fue directamente al grano.

—Necesitaba verte y hablar contigo. No me gustó como termino nuestra conversación de ayer.

—Tú dirás —Carla quería que fuese él el que dirigiese la conversación, tenía curiosidad por saber a dónde podía llegar.

—Te gusto, ¿verdad?

Liam dejó claro que apuntaba fuerte y a pesar de estar muy nerviosa, en esa ocasión, Carla no se sintió ni violenta, ni intimidada por su pregunta. No tenía nada que perder.

—Sí —respondió, dando a continuación un trago el café para no mirarle a los ojos.

—Si te gusto, ¿por qué me evitas?

—Por lo que te dije ayer, porque no te conozco. Quizás te resulta difícil de entender. Me gustas por quién creo que eres, pero puede que esté equivocada y que no seas más que un producto de mi imaginación.

—¿Y quién soy?

—Una persona sensible, profunda... .

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque sólo las personas así, sufren tanto y parecen tan atormentadas como tú —dijo Carla con total sinceridad.

—Si me hubieras conocido hace un par de años, pensarías todo lo contrario.

—En fin, todos maduramos —todo el mundo cambia, pensó.

—Y no te preguntas qué es lo que me atormenta.

—Me da un poco de miedo saberlo, pero si estás dispuesto a contármelo, yo estoy dispuesta a escucharte —aunque en el fondo a Carla le asustaba conocer su gran secreto.

—El estar lejos de la persona más importante de mi vida.

Mierda, pensó Carla. Estaba claro que eso no iba a salir bien.

—Mi hija.

Escuchar la palabra hija hizo que Carla se sintiese aliviada durante unas milésimas de segundo, porque, ¿y la madre?, ¿qué pinta la madre

en todo esto?

—Hace dos años, en una noche de juerga, dejé embarazada a una chica que acababa de conocer —Liam se sintió avergonzado por confesar su descuido, ya que sabía que no le dejaba en muy buen lugar—. Era muy buena chica pero no sentía nada por ella. Le sugerí la posibilidad de abortar, pero no quiso. Aunque cada uno hacía su vida, me hizo partícipe de todo el proceso de embarazo y del nacimiento de mi hija. Sin embargo, desde que nació la pequeña Emma, la madre se está dejando aconsejar por terceras personas y aunque nunca le ha faltado de nada económicamente, ahora las cosas han cambiado y tiene otros intereses.

—¿Cómo es que nadie sabe nada con los expuesto que estás a los medios?

—Pues porque todos tenemos un precio.

Liam le explicó que la madre de Emma se había enamorado y a su pareja no parecía entusiasmarle demasiado la existencia de la pequeña, pero sí le encantaban todos los beneficios económicos que le reportaba. Así que tenía la sensación de que utilizaban a la niña como moneda de cambio.

Liam no había querido convertir eso en un circo mediático e intentó llegar a un acuerdo para tener la custodia de la niña, pero no lo había conseguido. Entendía que con poco más de un año una niña necesita estar con su madre, sin embargo, él no quería renunciar a formar parte de su vida. Quería ser su padre y no que un desconocido, que no la quería, ejerciese ese papel.

Carla, prácticamente, no dijo nada y se limitó a escuchar. Estaba siendo el momento de Liam y era evidente que necesitaba desahogarse.

—Gracias por escucharme.

—No me des las gracias, lo he hecho con gusto.

—¿Te gustaría cenar esta noche conmigo?

—Lo siento, tengo otro compromiso —era cierto, iba a cenar con su madre y con las chicas—. además, no creo que sea muy buena idea. No quiero que seamos la comidilla de todo el mundo.

—Me gustaría pasar más tiempo contigo. Es agradable tener a alguien con quien poder charlar abiertamente.

Carla se sintió decepcionada porque no se conformaba sólo con ser un hombro en el que llorar.

—Sí, todo el mundo necesita un amigo con el que desahogarse —dijo con una ligera amargura que a Liam le pasó desapercibida.—. Bueno, no te preocupes, algo se me ocurrirá. Te llamo y ya te digo, ¿vale?

—Vale.

Carla había intentado adoptar una postura de “super mejor amiga”, pero la poca credibilidad de su voz, le hicieron pensar a Liam, que era una falsa promesa y que realmente no tenía la más mínima intención de llamarle. Pero no estaba acostumbrado a rogarle a ninguna mujer y ella no iba a ser la primera.

—Muchas gracias por todo —impulsivamente le dio un abrazo.

Carla pensó en lo solo que se sentía y como con ese abrazo demostraba la necesidad que tenía de cariño. Lo que también le había quedado claro, por la cercanía de sus gestos durante toda su charla.

—De todos modos, tienes mi número y sabes dónde vivo —dijo Carla sonriendo—. Si necesitas algo, aunque sólo sea charlar un rato, no dudes en llamarme.— Era sincera en su ofrecimiento, aunque ella le daría mucho más que una simple amistad.

Después de haber estado con él, Carla tenía una sensación agridulce. Por un lado, se alegraba de haber descubierto que era como pensaba, una buena persona, pero por otro lado, después de su charla, le gustaba aún más y tenía la sensación de que Liam sólo la veía como una amiga.

—Sabes que de una amistad puede surgir una auténtica historia de amor, ¿verdad?

—Sí, lo sé, pero no he visto ninguna muestra de que se sienta atraído por mí. Y la atracción es algo que se siente o no se siente.

—Pero también reconocerás que la situación no era la más idónea. Te estaba confesando el gran secreto que le atormenta, no os estabais

tomando una copa en una discoteca.

Carla pensó que igual Noa tenía razón.

—De todas formas prefiero no hacerme ilusiones. Además, quizás sea mejor así, seguramente tener algo con él, puede traerme problemas en el trabajo.

Hasta ese momento Carla no había pensado, en que su “pseudo-relación” con Liam podía hacer peligrar su puesto de trabajo y era un lujo que no se podía permitir.

Capítulo 9

Carla podía haberse pasado todo el día analizando la conversación con Liam. Pero por suerte, entre la organización de la fiesta posterior de un preestreno de cine y la llegada de su madre, tuvo la mente en su trabajo y en su madre y apartó a Liam de sus pensamientos.

Cuando llegó su madre, Carla se quedó en estado de shock. Estaba tan guapa y rejuvenecida que podía pasar perfectamente por su hermana.

Sofía y Carla se parecían mucho, sólo que Carla era morena y su madre rubia. Su madre era un de las mujeres más guapas que había visto nunca, pero la veía radiante, espectacular y feliz.

Llevaba una ropa muy juvenil, como la que Carla podría haberse puesto ese mismo día, pero lejos de desentonar en su cuerpo, parecía hecha para ella. Vestía un pantalón vaquero oscuro de corte pitillo que marcaba su espléndida figura. Una blusa de color verde oscuro de un tejido elegante y con mucha caída. Y unos botines de color camel, con la cazadora de piel a juego.

Al verla así, Carla no tuvo dudas, su madre era feliz. No podía disimular tan bien.

Durante la cena con las chicas se lo pasaron genial. Tanto Lucía como Noa tenían a Sofía embelesada con sus historias de amor y desamor. Y ellas también estaban hipnotizadas por su embrujo y magnetismo. Era una mujer muy especial.

—¿Sabes que Carla está enamorada?

Conociendo a Carla, Noa sabía que no le había contado nada a su madre y quiso hacerla rabiar un poco. Carla la miró desafiante, fingiendo un gran dramatismo y su madre, que se percató de la situación, quiso echarle un capote.

—Confío en el criterio de Carla y cuando se enamore, seguro que lo hará de un buen chico. Chicas —quiso añadir—, el amor no es fácil, es como una maratón que hay que correr y sudar kilómetro a kilómetro. Pero llegar a la meta merece demasiado la pena como para no

intentarlo. Seguramente, en algún momento, sintáis ganas de rendiros y abandonar, pero en vuestro corazón hay la fuerza suficiente para luchar y seguir adelante.

Sofía acusó el cansancio del viaje y se fue a dormir dejando a las chicas solas.

—Creo que tu madre está enamorada —dijo Noa en voz baja.

Carla parecía sorprendida por la percepción de Noa.

—¿Por qué lo dices?

—Por su brillo en la mirada, por la felicidad que desprende y por como habla del amor. Sólo puede hacerlo así, una persona que se siente enamorada.

Lucía le dio la razón a Noa en sus suposiciones. Carla no sabía que pensar. Ella adoraba a su padre, pero desgraciadamente ya no estaba y su madre era una persona joven, que tenía derecho a rehacer su vida.

A la mañana siguiente cuando se levantó y fue a la cocina, sorprendió a su madre enviando un mensaje. No quiso indagar demasiado. Carla iba a respetar la privacidad e intimidad de su madre y cuando tuviese algo que contarle, ella estaría esperándola con los brazos abiertos, dispuesta a escucharla. La apoyaría siempre, hiciese lo que hiciese.

Ese momento no tardaría mucho en llegar y no sólo sería una sorpresa para Carla.

David ya prácticamente no venía ninguna noche a la discoteca. Aunque se seguía encargando de la gestión, solía hacerlo en un horario diferente al de Carla. Cuando él estaba en la oficina, ella estaba fuera de un lado para otro, organizando los distintos eventos que organizaba la discoteca. Se veían muy poco y sólo planificaban juntos la agenda. Cuando necesitaban el uno del otro para tratar algún tema importante, solían hacerlo por e-mail o teléfono. David se excusaba diciendo que la gestión de otros locales, no le dejaba tiempo para Dreams y Carla no quería ponerlo en duda. Además, según decía, confiaba plenamente en ella y Tony, al frente de la discoteca.

Por suerte, Carla no tuvo ningún problema gestionando los reservados, ya que los usaba gente que los solicitaba con frecuencia y a la que ella ya conocía a la perfección. Hasta ese momento no se había visto en la situación de tener que decir entre darle la llave o no, a alguien que la solicitase. En cambio, esa noche tuvo que enfrentarse a su primer dilema profesional, moral y personal.

—Me gustaría usar un reservado, ¿sería posible? —la abordó con sigilo.

Carla no se lo esperaba y le costó reaccionar.

—¿Sabes cuáles son la reglas?

Algunos compañeros suyos los usaban con frecuencia y aunque se suponía que lo hacían con discreción, era algo que casi todo el mundo sabía.

—Sí, quiero subir con María Velasco. Tanto ella como yo seremos totalmente discretos.

¿Cómo?, ¿con María Velasco?, ¿quería engañar a su mujer con María Velasco? Carla se quedó estupefacta. Marcos e Isabella hacían una pareja perfecta y parecían muy enamorados. Pero allí estaba él, a punto de engañar a su esposa. Aunque quizás no es la primera vez, pensó.

Carla sintió lástima de Isabella y tuvo ganas de decirle cuatro cosas a su marido, que había aprovechado una de las pocas noches en las que ella no había salido, para ponerle los cuernos en toda regla.

No quería darle la llave y menos, para que fuese con una impertinente como María. Pero objetivamente no había ningún motivo para no hacerlo. Era un cliente VIP que no sólo se dejaba un dineral todas las noches, sino que además, todas las fiestas y celebraciones de su familia y amigos, las celebraba en Dreams. No estaba borracho, ni mucho menos. Y en cuanto a la chica con la que subía, aunque estaba claro que era de dudosa moralidad, no tenía ningún motivo por el que no permitirle subir.

Carla sabía que la gestión de los reservados, también tenía que ser tratado con mucha discreción por su parte y se tuvo que morder la lengua para no decirle lo que pensaba. *“Cabrón embustero”*.

Se sintió tan mal que necesitó contárselo a alguien y la única persona con quien podía hablarlo era con David. En el mismo instante en el que le entregó la llaves a Marcos, le envió un e-mail con su móvil. Y a pesar de ser de madrugada, no tardó en llegar la respuesta.

"Esas ocurren. Te recomiendo que intimes lo menos posible con esa gente,

para que no te afecten estas situaciones. Recuerda las normas."

Carla vio un mensaje subliminal en sus palabras. Recordaba perfectamente las normas, pero no pensaba que hubiese hecho nada malo yendo a cenar a casa de Isabella. Había pensado, incluso, que era bueno para ella y su trabajo. Aunque quizás debía empatizar menos con la gente.

Sin embargo, la situación, lejos de mejorar, empeoró cuando se enteró de que la razón por la que Isabella no había salido esa noche, era porque no se encontraba bien debido a su embarazo.

Minutos después volvió a recibir otro e-mail de David.

"Ten cuidado con quien confraternizas.

No eres de su "clase" y sólo serán tus amigos

si pueden sacar algún beneficio de tu amistad"

Estaba claro que David se había enterado de todo lo ocurrido en casa de Isabella, Se pasaba todo el día rodeado de ese tipo de gente y era tan discreto, que todo el mundo veía en él un gran confidente.

Sí, debía tener cuidado y quizás estaba cometiendo un error, pero estaba deseando volver a ver a Liam.

Lucía no llegó a entrar a la clase siguiente, Max la estaba esperando a la entrada.

—¿Te fías de mí? —le preguntó.

Ella asintió con total convencimiento.

La cogió de la mano.

—Sígueme.

—¿A dónde me llevas?—preguntó intrigada.

Llegaron a su coche que estaba aparcado muy cerca de la escuela de pintura. Tenía un Volvo 4x4.

—Para ser diseñador gráfico nadas en la abundancia —comentó divertida.

—Es que soy de los buenos —le dijo en el mismo tono.

Durante el trayecto Lucía no fue capaz de decirle nada coherente, estaba demasiado cerca de él, estaban demasiado solos. Podía percibir su olor con más intensidad que nunca y podía oír hasta el sonido más delicados de sus movimientos. Era demasiado irresistible.

—¿A dónde vamos? —volvió a preguntar cuando paró el motor.

—¿Conoces al pintor y escultor Luis Campillo?

Por supuesto que conocía su obra y lo admiraba.

—Es amigo mío y me ha dejado las llaves de su taller —dijo orgulloso.

—Me dejas impresionada, no sólo nadas en la abundancia, sino que también te codeas con gente de lo más importante —comentó divertida, aunque realmente estaba impresionada.

—Ya ves pequeña, uno que tiene clase.

A Max le hicieron mucho gracia los comentarios de Lucía.

El taller estaba en el ático de un antiguo edificio reformado en plena calle Bailén con vistas al Palacio Real y a los jardines de Sabatini.

Al entrar se quedó en estado de shock. Eran doscientos metros cuadrados llenos de obras de arte por todas partes. Lucía tardó varios minutos en ver el pequeño picnic que Max había dispuesto en el centro del taller.

—Esto es el paraíso —dijo alucinada. Parecía un sueño y no daba crédito a lo que estaba viendo.

Max estaba contento y satisfecho por la impresión que su sorpresa había causado en Lucía.

Muchos minutos después, cuando Lucía consideró que ya había tenido un poquito de tiempo para disfrutar del taller, se dirigió hacia el picnic. Al principio se le había pasado desapercibido y cuando se fijó en él, vio que estaba preparado con gran mimo. Queso, uvas, jamón ibérico, paté, vino... auténticos manjares.

Se sintió un poco aturdida. Todo le parecía surrealista.

—Max, no entiendo porque te tomas tantas molestias conmigo.

—¿Por qué no contigo? —preguntó seductor.

—Porque estoy casada —no quería ser tan cortante pero era la verdad—, podrías estar con cualquier chica que te propusieses. Cualquiera estaría deseando estar contigo.

—Te equivocas, con cualquiera no, porque la única chica con la que quiero estar es contigo.

—Pero, ¿por qué?

—El primer día que te vi me impactaste y no he podido dejar de pensar en ti.

Lucía tuvo el impulso de levantarse y alejarse. Necesitaba centrar su atención en cualquier otra cosa, para no pensar en las palabras de Max.

Silenciosamente, él también se levantó hasta situarse detrás de ella. Comenzó a acariciar su pelo con suavidad.

—Lo siento —susurró—, no quiero agobiarte. Sé que te estoy poniendo en una situación complicada.

Suspiró amargamente con un "*Dios*" casi inaudible y dejó de acariciarla. Quería alejarse de ella. La deseaba demasiado, pero también la respetaba.

Lucía se giró y sujetándolo de una mano, lo acercó hacia ella y le besó dulcemente en la comisura de los labios. Si ella no hubiese dado el primer paso, él no se hubiese atrevido a hacerlo. Lucía le gustaba de verdad, no sólo porque le atraía sexualmente. Pero en cuanto ella tomó las riendas, Max ya no podo dar marcha atrás porque lo quería "todo" de ella. Del mismo modo, que ella quiso disfrutar de ese momento de locura, sin pensar en nada, sólo dejándose llevar por lo que su cuerpo le pedía a gritos: ¡Él!

Max se quedó dormido y decidió marcharse. Mientras se vestía y recogía sus cosas, no podía dejar de mirarle. Entre tanta obra de arte, él era lo más hermoso que había en el taller. En ese momento no se sintió culpable, pero necesitaba salir de allí.

Cuando llegó a su casa, se dirigió directamente a la habitación.

Nicolás extrañado, fue a preguntarle si se encontraba bien. Le contestó que sí, que sólo estaba un poco cansada. Quizás fue ese el momento en el que su marido se dio cuenta de que algo estaba pasando o que por lo menos, algo estaba cambiando. En cuanto Nicolás salió de la habitación para regresar a su despacho, Lucía cogió su móvil y mandó un mensaje. Una canción. "*Halo*" de Beyoncé.

"*Remember those walls I built,*
well baby they're tumbling down,
and they didn't even put up a fight,
they didn't even make the sound.
I found a way to let you in,
but I never really had a doubt,
standing in the light of your halo,
I got my angel now.
It's like I've been awakened,
every rule I had you breaking,
It's the risk that I'm taking,
I ain't never gonna shut you out.
Everywhere I'm looking now,
I'm surrounded by your embrace,
baby I can see your halo,
you know you're my saving grace.
You're everything I need and more,
It's written all over your face,
baby I can feel your halo,
pray it won't fade away".

"Recuerdo esos muros que construí,
bien cariño, se están viniendo abajo,
y ni siquiera ofrecieron resistencia,
no dijeron ni una palabra (no hicieron ni ruido, ni un sonido.
Encontré una forma de dejarte entrar,
pero en realidad nunca tuve ninguna duda,
permaneciendo a la luz de tu halo,

ahora tengo a mi ángel.

Es como si hubiera sido despertada,
cada regla que hice que rompiste,
es el riesgo que estoy corriendo,
y nunca voy a hacer que te calles.

A cualquier parte que miro,
estoy rodeada por tu abrazo,
cariño, puedo ver tu halo,
sabes que eres mi gracia salvadora.
Eres todo lo que necesito y más,
está escrito por toda tu cara,
cariño, puedo sentir tu halo,
ruego por que no se desvanezca".

A continuación, otro con la siguiente frase. Una frase que había escuchado en la película "*Nothing Hill*" y que le había encantado:

"Ha sido estupendo, surrealista pero bonito".

Al instante Max le contestó con otra canción, *"Todo cambio"* de Camila.

"T*odo cambió cuando te vi,*
de blanco y negro al color me convertí,
y fue tan fácil quererte tanto,
algo que no imaginaba,
fue entregarte mi amor con una mirada.
Todo tembló dentro de mí,
el universo escribió que fueras para mí,
y fue tan fácil quererte tanto,
algo que no imaginaba,
fue perderme en tu amor,
simplemente pasó, y todo tuyo ya soy.
Antes que pase más tiempo contigo amor,
rengo que decir que eres el amor de mi vida.

Antes que te ame más, escucha por favor,
déjame decir que todo te di...
Y no hay cómo explicar, pero menos dudar,
simplemente así lo sentí, cuando te vi.

No podía dejar de pensar en él. Recordaba sus besos, sus manos recorriendo su piel, su mirada de deseo al ver su cuerpo desnudo y sintió ganas de llorar. En el fondo de su corazón, sabía que eso iba a acabar mal.

Tardó horas en quedarse dormida y al despertarse, vio a Nicolás preparando las maletas.

—¿Las maletas? —preguntó todavía desorientada por el sueño.

Le recordó su congreso en la facultad de periodismo de París.

—¿Has cambiado de idea?, ¿te gustaría venir conmigo? Podrías volver a disfrutar de la ciudad — Nicolás deseaba que Lucía hubiese cambiado de idea y le acompañase a París.

—Te lo agradezco, pero no me apetece disfrutarla sola, necesito tener con quien hacerlo —no pretendía resultar tan mordaz, pero lo fue y mucho.

Conociéndolo, Lucía sabía que le había herido su comentario, pero Nicolás no le recriminó nada y se limitó a agachar la cabeza dándole la razón.

En cuanto se fue su marido, Lucía pasó un día bastante agradable y entretenido, buscando información en Internet, leyendo y haciendo algunas llamadas, pero a medida que pasaban las horas, sentía una mayor necesidad de ver a Max.

"Tengo muchas ganas de verte, ¿dónde vives?"—le preguntó con un mensaje.

Por una parte, le apetecía llamar a las chicas para contarles todo lo ocurrido, aunque por otra, no tenía ganas de dar explicaciones, no se sentía preparada. Estaba sintiendo algo maravilloso y quería disfrutarlo en toda su plenitud.

Un par de minutos después, Max le envió su dirección y terminó su mensaje con un *"ojalá ya estuvieses aquí"*

Lucía no quería parecer desesperada y se tomó su tiempo para darse una ducha y arreglarse un poco. En una hora y media, aproximadamente, estaba llamado a su puerta.

Nada más abrir, se abalanzaron el uno sobre el otro y se besaron apasionadamente dando rienda suelta a todos sus deseos. Dos veces.

—Hoy no voy a cometer el error de quedarme dormido. Te va a ser muy difícil salir huyendo —sonrió con picardía mientras la tenía abrazada jugando, como si quisiera hacerla su prisionera—.¿Te apetece tomar algo? —preguntó segundos después.

—Ahora mismo lo que más me apetece es explorar tu piso y descubrir tus más oscuros secretos —dijo Lucía mientras se incorporaba de la cama.

Max, amablemente, le pasó una camiseta y después de ponérsela, empezó a recorrer su casa. Era muy acogedora, con mucha madera de abedul y tonos claros. Espacios muy amplios, sin excesos, una decoración entre nórdica y minimalista, pero con muy buen gusto.

—¿Lo has decorado tú?—preguntó intrigada. La mayor parte de los hombres no suelen ser una ases del interiorismo o por lo menos, los hombres que ella conocía.

—Sí —la sorprendió.

—Ummm, la foto de una chica. Muy guapa, por cierto —quiso sonar serena pero sintió que los celos le golpeaban el estómago.

—Sí, es muy guapa. Es mi hermana y bueno, tengo que reconocer que ella me ha ayudado un poco con la decoración. Aunque en esencia, la idea original era mía —se rió a carcajadas—.Me encantaría que te pudieses quedar más tiempo. Toda la vida a ser posible.

—Vas a arrepentirte de lo que acabas de decir —intentó sonar fingidamente malvada.

—¿Te puedes quedar?

Asintió.

Max la cogió en volandas y empezó a darle vueltas, gritando que le había convertido en el hombre más feliz del Universo.

Después le pidió que se pusiese cómoda porque le iba a preparar la mejor cena que hubiese probado nunca, pero antes le sirvió una copa

de vino. Un rioja tinto exquisito. Pocas cosas hay más sexys que ver a un hombre cocinando para ti, pensó Lucía. Max se desenvolvía con gran soltura en la cocina. Era una caja de sorpresas.

Sonó su teléfono, era Nicolás. Pero lejos de ponerse nerviosa, respondió a la llamada como si fuera un mero trámite y le habló a su marido con frialdad. En ese momento estaba con Max y lo bien que se sentía a su lado, lo compensaba todo. Fue una conversación muy corta, se oía mucha gente de fondo. La había llamado sólo para preguntarle cómo estaba y como hacía habitualmente, se despidió con un *"te quiero"*, aunque en esta ocasión añadió un *"no lo olvides"*.

Cuando colgó, volvió a acercarse a la cocina. Se había intentado alejar todo lo posible para que Max no escuchara la conversación, pero la llamada había hecho reaccionar a Max, que se había puesto a la defensiva. Había dejado de cocinar y estaba tenso, con las manos apoyadas en el mesado. Lucía no pudo ver la expresión de su rostro pero podía imaginársela. La situación era muy tensa.

—¿Quieres que me vaya?

Max contestó. Segundos después, la sujeto de una mano y la arrastró hacia él, situándola entre él y la cocina y la besó, con una mezcla de pasión y desesperación, con la misma con la que en ese instante le hizo el amor.

Amaneció y aún no se habían acostado. Había sido una velada inolvidable. Max resultó ser un cocinero excelente. No dejaron de charlar en casi toda la noche. Hablaron de sus planes, de sus sueños, de sus películas favoritas, de sus lugares preferidos de Madrid, sus viajes de ensueño, de los libros que habían marcado sus vidas, de sus amigos. Había hablado con él en una noche, más de lo que había hablado con Nicolás en el último año. Y así, charlando, Lucía se quedó dormida en sus brazos.

No sabía cuantas horas habían pasado, pero cuando se despertó, seguía en el mismo lugar, acurrucada en su pecho. Él la miraba mientras le acariciaba el pelo.

—¿Qué hora es?, ¿llevas mucho tiempo despierto?

—Es mediodía —respondió—. Ya llevo un rato despierto, pero he querido quedarme aquí, observándote en silencio. ¿Quieres que te

prepare algo de comer?

—No, quédate aquí —le respondió mientras se apretaba contra su cuerpo —dentro de un rato tendré que irme.

Quiso darse una ducha y le sugirió que la acompañase, a lo que Max accedió gustoso. Bajo el agua no pudo ver las lágrimas de Lucía. Lágrimas de felicidad y al mismo tiempo de tristeza, porque tarde o temprano, su historia de amor tendría que llegar a su fin.

Mientras se vestía y se arreglaba, no dejaba de mirarla sin pronunciar palabra. Estaba pensativo y en varias ocasionas, hizo el ademán de comenzar a hablar, pero finalmente no dijo nada. No soportaba verla tan abstraída en sus pensamientos y tan callada.

Cuando terminó, la acompañó hacía la puerta. Lucía se acercó a él para acariciale la mejilla y darle un beso. Max estaba muy intranquilo, no quería que se marchara y sujetándole la mano, frenó su salida. Se miraron fijamente a los ojos, en silencio, hasta que él la dejó marchar. Al cerrarse la puerta los dos se estremecieron.

Max sintió panico y le mandó un mensaje a Lucía, una canción que dijese aquello que no fue capaz de decirle con palabras. Esa canción era "*It will rain*" de Bruno Mars.

"If you ever leave me, baby,
leave some morphine at my door,
'Cause it would take a whole lot of medication,
to realize what we used to have,
we don't have it anymore.

There's no religion that could save me,
no matter how long my knees are on the floor,
so keep in mind all the sacrifices I'm makin'
will keep you by my side,
will keep you from walkin' out the door.

Cause there'll be no sunlight,
if I lose you, baby,
there'll be no clear skies

if I lose you, baby
just like the clouds,
my eyes will do the same if you walk away,
everyday, it will rain, rain, rain".

"Si alguna vez me dejas, nena,
deja un poco de morfina en la puerta,
porque necesitaré tomar una gran cantidad de medicamentos,
para comprender lo que teníamos,
y ya no tenemos.

No hay religión que pueda salvarme,
no importa cuánto tiempo mis rodillas estén en el suelo,
así que ten en cuenta todos los sacrificios que estoy haciendo,
te quedarás a mi lado
y te impediré salir por la puerta.

Porque no habrá más luz del sol
si te pierdo, nena,
no habrá cielos despejados,
si te pierdo, nena,
al igual que las nubes,
mis ojos harán lo mismo si tú te vas,
todos los días, lloverá, lloverá, lloverá".

Capítulo 10

Dos días después de su último encuentro, Carla le envió un mensaje a Liam.

"Cena en mi casa a las nueve".

Él contestó al momento con un simple "*ok*", lo que a ella le incomodó un poco. No esperaba una muestra de amor eterno, ¿pero "*ok"*?. Quizás no debería haberlo invitado. Si es que a veces me empeño en hacer el tonto, se dijo lamentándose. Aunque le consoló la idea de que la hubiese contestado tan rápido. Seguramente él tenía tantas ganas de verla como ella a él.

Liam había estado jugando fuera y no se lo había encontrado ni en la discoteca, ni en ninguna fiesta.

Pensó en cocinar ella, pero aunque era bastante buena cocinera, le podía la presión cada vez que tenía un invitado especial y terminaba echando a perder la cena. Así que para evitar más tensión por la cita, decidió encargar la cena y de ese modo, estar un poquito más relajada.

Tampoco se arregló excesivamente. Pantalones pitillo negro, *converse* altas negras, camiseta de algodón blanca ajustada de manga corta, un chaleco color camel, su toque ligero de maquillaje (corrector de ojeras y colorete) y una coleta. A todo el mundo le encantaba su larga melena negra. Noa siempre le decía bromeando que si la vendía, probablemente ganaría una pasta. Pero aunque con el pelo suelto se veía muy favorecida, estaba mucho más a gusto con el pelo recogido y le daba un aspecto informal y relajado.

A las nueve en punto, ni un minuto arriba ni un minuto abajo, sonó el timbre y ella pulsó el botón del telefonillo sin contestar.

Abrió la puerta y se dieron un abrazo corto, pero profundo e instintivo, como si los dos estuviesen deseando verse y tocarse.

—¿Puntualidad británica? —preguntó Carla intentando ser divertida, al mismo tiempo que pretendía disimular su nerviosismo. ¡Cómo le imponía Liam!. ¡Y cómo le alegraba tenerlo en su casa para ella solita!.

—Sí, puede ser, llevaba cinco minutos esperando abajo pero no quería parecer ansioso.

—¿Te gusta el sushi?

Liam tuvo la tentación de decirle que no sólo para desestabilizarla un poco, pero realmente le encantaba y le respondió que sí. Le llamó la atención las pocas cosas que había en su piso. Como si le faltara vida.

—Llevo muy poco tiempo viviendo aquí y de momento, tengo lo básico. Llegué a la Madrid hace poco más de medio año. Estuve unos meses en casa de una amiga, pero cuando empecé a trabajar me mudé. Llevaba mucho tiempo queriendo vivir sola.

Cuanto más se fijaba en ella, más terriblemente guapa le parecía. En otro momento de su vida, hubiese intentado ligársela en cero coma, pero aunque siempre había tenido mucho éxito con las mujeres, le parecía demasiado guapa para él.

—De todos modos, mi amiga vive en esta misma calle. Es como mi hermana y necesito estar cerca de ella. Es cierto que en pocos meses he conocido a mucha gente, pero gracias a ella me siento menos sola.

A Liam le gustaba escucharla hablar,

—¿Tú cómo estás?, ¿estás bien? —Al parecer en su último partido ya había dado lo que la gente esperaba de él, por ello pensó que seguramente, en lo que se refiere al terreno profesional, estaría más contento.

—El otro día hablé demasiado sobre mí y me gustaría que me contases más cosas sobre ti.

—No tengo mucho que contar —dijo Carla.

—No me lo creo. En primer lugar, no entiendo como una chica como tú no tiene pareja porque no la tienes, ¿verdad? —Liam se sorprendió de lo que acababa de decir, ¿estaba intentando ligar con ella?

—¿Una chica como yo? —Carla se hizo la tonta y Liam le siguió el juego.

—¿Qué quieres?, ¿qué te diga lo terriblemente irresistible que eres? —se rió pícaramente.

—De momento tú te me estás resistiendo bastante, así que no tienen que ser verdad —Mierda, se maldijo Carla. Si pretendía disimular lo mucho que le gustaba Liam, no lo estaba consiguiendo.

—Venga, en serio, ¿cuál es tu historia?—Liam sabía que ella también guardaba detrás alguna “secreto”.

—Es sencillo. Me enamoré una vez pero era una relación imposible —confesó Carla.

—¿No dicen que el amor lo puede todo?, no hay relaciones imposibles si dos personas se quieren.

—Ahí radica lo más doloroso de la historia, que aunque hay mucho amor, los dos sabemos que no puede ser.

—¿Hay?, hablas en presente, ¿sigues enamorada? —Liam se disgustó un poco, ¿por qué?

—No sé, me imagino que ya no estoy enamorada de él, pero aún no lo he olvidado —como siempre, Carla volvió a dar muestras de su torpeza emocional.

—Eso suena a que aún hay una puerta abierta.

—No, eso significa que el vacío que él ha dejado no lo puede llenar cualquiera —sonó muy brusca, pero aunque era verdad, para ella Liam no era cualquiera. Aunque ella aún no lo sabía.

Liam no dijo nada y parecía pensativo. Cenaron charlando amigablemente sobre sus trabajos y sobre los conocidos que tenían en común.

—¿Es cierta la leyenda de los reservados?

—¿Qué leyenda?

—Que si revelas que has ido estás muerto —dijo riéndose.

—Más o menos.

—¿Por qué no me cuentas alguno de los encuentros más siniestros y escalofriantes?

—Si lo hiciera, luego tendría que matarte.

A Liam le encantó que Carla le siguiese el juego.

—En serio, es algo en lo que no quiero pensar y de lo que no puedo hablar. Es la parte más desagradable de mi trabajo. Y sólo te digo una cosa que igual ya sabes, ni el bueno es tan bueno, ni el malo es tan

malo. —Carla pensó en Isabella Costa y se le puso la piel de gallina. ¿Conocería ella las infidelidades de su marido?

Liam le ayudó a recoger y le hizo compañía mientras fregaba lo poco que había manchado.

Carla le ofreció una copa y se fueron a tomarla al salón. Le hubiese gustado poner algo de música de fondo, pero tuvo miedo de que él lo interpretase como un intento de darle romanticismo a la situación.

—Tengo una duda —dijo Liam.

—Dime.

—Dices que llevas poco tiempo en la ciudad, ¿has venido para alejarte de esa persona?

—Sí y no —Carla se tomó su tiempo para contestar—. Sí, porque necesitaba romper con el pasado y volver a empezar y no, porque hubiese venido antes si no fuese porque una situación familiar me obligó a quedarme más tiempo.

En ese momento recordó a su padre y sintió una punzada de dolor en el pecho. Hubiese alucinado si supiera que se codeaba con los jugadores del equipo del que era forofo. Gracias a él sabía algo de fútbol.

—Yo también tengo una duda —era su turno para preguntar—, ¿por qué no hiciste todo lo posible por seguir jugando en Inglaterra para poder estar cerca de tu hija?

—No lo sé, fue una mala decisión. Empezó a haber una mala relación entre su madre y yo, con alguna amenaza de hacerlo público. No sé, pensé que era lo mejor para la pequeña, no quería que viviese en medio de una batalla campal.

—¿Pero qué más da si se hace público?, ¿no eres más que un padre que quiere a su hija?

—Sí, pero no es más que un bebé y me gustaría preservar su anonimato.

—Pero no es del todo malo ser hija de alguien famoso, te abre muchas puertas.

—Ahora no es más que un bebé y no quiero que se hable de ella.

—¿Te preocupa que te puedan juzgar por haber dejado embarazada

a una desconocida? —Carla no llegaba a entenderlo, ella en su caso, no se hubiese separado nunca de su hijo.

—No, a mí no me preocupa. Sé que he hecho muchas locuras y siempre me he hecho cargo de sus consecuencias. Pero no quiero que mi hija crezca mientras se especula alrededor de este tema.

—¿Y cómo piensas hacer para poder estar más cerca de ella?

—No lo sé. Es en lo que pienso la mayor parte del día y no es fácil, no sé cuál será la mejor solución —parecía realmente angustiado con el tema.

Carla quería hacerle alguna pregunta más, sin embargo, prefirió contenerse para que no se sintiese agobiado. Siguieron charlando de trivialidades.

—Creo que ya es hora de que me vaya.

Carla no se limitó a observar como el recogía su cazadora y su foulard.

—Muchas gracias por la invitación. No me esperaba que me invitaras y me ha alegrado mucho.

—Ha sido un placer. Tu compañía es muy agradable.

—¿Mañana trabajas?

Carla asintió.

—El equipo quieren salir a tomar algo, así que probablemente te vea.

Se dieron otro abrazo para despedirse, un poco más largo que el del principio y antes de soltarse, Liam le dio una beso en la frente.

Mierda, un beso en la frente no, pensó Carla. Un beso en la frente no se le da ni a un hermano, es más como el beso de un padre a un hijo, gruñó para sus adentros.

La sensación dulce que le había quedado después de la velada, se había agriado un poco con el anti-beso-del deseo sexual.

En cuanto se fue, llamó a Noa para contarle lo ocurrido.

—¿Has bebido?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tú no eres de las que llama a sus amigas después de una

cita.

Carla pensó que la entendería pero no fue así.

—¿Por qué en lo que se refiere a Liam, siempre sacas algo negativo y no disfrutas de las cosas buenas? Tienes que relajarte un poco.

—Me gusta mucho.

A Noa le sorprendió la confesión de Carla que era poco dada a estos arrebatos de sinceridad.

—Lo sé, pero no es nada malo, así que dale tiempo y disfrútalo.

—Tengo miedo.

—No dejes que el miedo te impida vivir esta experiencia. Si Liam tiene dos dedos de frente acabará loco por ti.

—Uff, *"frente"*, acabas de decir la palabra maldita —dijo ya riéndose. Noa siempre conseguía calmarla y hacerla ver las cosas desde otra perspectiva. Tenía razón, debía relajarse.

—Carla, cambiemos de tema. Tengo que contarte una cosa. ¿Sabes quién ha pasado el fin de semana con otra persona que no era su marido?

Carla se quedó petrificada.

—Me dijo que había intentado llamarte pero como no le cogiste el teléfono, recurrió a mí.

Carla recordaba haber visto la llamada perdida de Lucía y se lamentó de haberse olvidado de devolvérsela. Había estado tan centrada en la cena Liam que se le pasó.

—¿Cómo está?

—Bien, es más fuerte de lo que parece.

—Y tú, ¿cómo estás? —Carla a veces olvidaba el duro momento por el que estaba pasando Noa. Su actitud positiva y optimista, le hacían olvidar que su novio la había dejado.

- Carla, voy a recuperarlo. No sé cuándo, ni cómo, pero lo conseguiré.

- Sí, lo sé —realmente Carla confiaba en las palabras de su amiga.

Llegó a trabajar y se prometió no estar pendiente de él, de si llegaba o no, de si se iba o no. Cuando lo vio llegar lo que más le

llamó su atención fue su sonrisa. Últimamente se reía más y parecía más contento.

Para evitar la tentación de acercarse a él demasiado pronto, fue a ayudar a sus compañeros a la barra. Lo hacía de vez en cuando, cuando estaba cansada de conversaciones insustanciales con gente que no le aportaba nada. A veces le resultaba agotador intentar ser simpática y amable todo el tiempo, aunque cobrase por ello.

A pesar de estar más risueño, seguía siendo muy cortante con las chicas que se le acercaban con la intención de ligar con él. Bien, pensó Carla, eso era un punto a su favor. Aunque con las parejas de sus compañeros era mucho más afable y atento porque, seguramente, no las consideraba una amenaza.

Sus miradas se cruzaron. Él la sonrió y se acercó a la barra para hablar con ella.

Como la música estaba muy alta, se acercó todo lo que puedo para hablarle al oído y a Carla le encantó la sensación de tener su cara prácticamente pegada a la suya.

—Llevaba un rato buscándote. Pensé que igual no habías venido a trabajar —le dijo Liam.

Carla habría hablado de cualquier tontería sólo por sentirlo así de cerca.

—Me gustaría invitarte a cenar a mi casa.

—No sé si será muy buena idea —contestó Carla dubitativa.

—¿Por qué?, pensaba que te gustaba mi compañía —Liam parecía no entenderla.

—Me encanta y quizás ese sea el problema —confesó con sinceridad.

Liam le tocó el pelo y poniendo su mano sobre la cabeza, la acercó un poquito más hacia él.

—Ven, por favor, no te arrepentirás —Con una pícara sonrisa se alejó de ella,y ella le devolvió la sonrisa, acompañada de una intensa mirada de deseo.

El resto de la noche no dejaron de mirarse y cuando Liam se disponía a marcharse con el resto de compañeros, se acercó a Carla le

rodeo la cintura con un brazo y le susurró al oído un simple: *“mañana nos vemos”*, que hizo que Carla sintiera una descarga eléctrica recorriendo su cuerpo.

Liam le mandó un mensaje con su dirección y ella en ningún momento dudo si debería ir o no, porque estaba deseando hacerlo.

Cuando Nicolás regresó a casa después de su viaje, Lucía ya estaba en la cama. Desde el mismo instante en el que Lucía se había ido de casa de Max, no pudo dejar de sentirse culpable y el hecho de haber engañado a su marido de una manera tan deliberada, comenzaba a atormentarla. Era cierto que su matrimonio hacía mucho tiempo que iba a la deriva, pero no siempre las cosas habían sido así. Hubo un tiempo en el que había estado muy enamorada de él y en el que se sentía totalmente correspondida. Un tiempo en el que Nicolás le hacía sentir que ella lo era todo para él. ¿Cómo hemos llegado a ese punto?, se lamentó Lucía.

Nicolás no solía despertar a Lucía cuando llegaba de viaje pero esa ocasión fue diferente. Dejó su maleta y su abrigo en su despacho, fue al dormitorio y después de descalzarse, se tumbó en la cama detrás de ella, pegándose a su espalda y abrazándola con fuerza.

—¿Ya has llegado?, ¿qué tal te ha ido? —le preguntó Lucía somnolienta.

—Bien —respondió Nicolás sin darle más explicaciones.

Se aferró a ella como nunca antes lo había hecho.

—Sabes que te quiero,¿verdad? —le susurró pegado a su nuca.

Lucía se estremeció. No había duda de que sospechaba algo.

Nicolás, a pesar de estar vestido, se metió dentro de la cama y comenzó a acariciar a Lucía. La respiración alterada de Nicolás, demostraba como su pasión iba en aumento y en cuestión de segundos, Lucía sintió la erección de su marido pegada a su cuerpo.

No recordaba la última vez que habían hecho el amor. Al principio de su relación el sexo era fantástico entre ellos, pero con los años se había convertido en prácticamente inexistente.

En otros tiempos, cualquier ocasión era buena para hacer el amor,

quizás porque eran más jóvenes y tenían las hormonas más revolucionadas, pero Lucía ya no se sentía deseada. Meses atrás, ella se había esforzado porque Nicolás se volviese a sentir atraído por ella, pero después de varios intentos fallidos, dejó de hacerlo.

Cuando se miraba al espejo, veía a una mujer guapa a la que los años le habían aportado más estilo y elegancia, pero la actitud de su marido, le había hecho pensar que quizás estaba equivocada.

¿Qué ocurría?, ¿por qué ya no le resultaba atractiva?, ¿ya se había cansado de ella?

Lucía siempre había visto en Nicolás el hombre atractivo que era, pero en los últimos meses, ya no despertaba nada en ella que no fuese indiferencia.

—Te necesito. No podría vivir sin ti, te quiero demasiado —su susurro sonó desesperado.

Lucía sintió ganas de llorar, aunque se contuvo y no permitió que las lágrimas saliesen de sus ojos. Por un lado,se sentía culpable y por otro, la cercanía, el deseo y el cariño de su marido, le removían algo por dentro y despertaban sentimientos que llevaban meses dormidos.

Nicolás comenzó a besarla. Primero el cuello y después el hombro. Una de sus manos se coló entre la camisola de Lucía para acariciarle el pecho, bajar hasta su tripa y acabar entre sus piernas. Lucía sintió como el deseo se apoderaba de ella. Nicolás la giró hacia él y la besó con pasión. Beso al que Lucía correspondió. ¡Cuánto había añorado sus besos, sus caricias y el calor de su piel! Sintió que retrocedía en el tiempo y que volvía a un lugar y un momento en el que eran inmensamente felices, solos los dos. Estaban tan enamorados, que Lucía no había dudado ni un sólo segundo en casarse con él, porque sentía y sabía que Nicolás era el hombre de su vida.

Lucía se despertó con una gran sensación de angustia. Su cabeza era un caos. Se sentía confundida y desorientada. Llevaba mucho tiempo sin fumar pero necesitaba un cigarro. Tuvo la idea absurda de que quizás le ayudase a pensar y a ver las cosas con claridad.

Entro en el despacho de Nicolás y sentada en su sillón, abrió el primer cajón del escritorio porque era allí en donde solía guardar el tabaco. Tenía el móvil sobre la mesa y Lucía sintió el impulso de

revisar sus mensajes y llamadas. Seguramente quería encontrar algo que le ayudase a tomar una decisión. Y así lo hizo, aunque sin resultado, porque no había nada que llamase su atención. Sólo había un mensaje "extraño", un mensaje dirigido a ella, que nunca había sido enviado, del día en el se había acostado con Max por primera vez.

"¿Dónde estás? Por favor, llámame, estoy preocupado".

Probablemente fue esa noche cuando Nicolás comenzó a intuir que algo estaba pasando, pensó Lucía. No dejaba de preguntarse qué iba a hacer con su vida. Y ya con el cigarro en la mano, se dirigió a la terraza y se apoyó en la puerta sin llegar a salir totalmente. Pero, ¿qué había hecho?, se lamentó. Segundos después, Nicolás se acercó a ella y aceptó el cigarro que Lucía le ofreció para que le diese una calada.

—Me han propuesto trabajar un semestre en París y creo que deberíamos ir. Sería bueno para los dos —le espetó con total tranquilidad.

—¿Cuándo? —intentó parecer serena.

—Ahora mismo, tendría que incorporarme en diez días.

—¿No crees que es un poco precipitado? —La situación comenzó a sobrepasarla.

—Cariño, sé que últimamente te he tenido muy descuidada y me gustaría que las cosas fuesen como antes. —Nicolás le devolvió el cigarro y le besó la cara con dulzura.

—Ya no somos como éramos antes, los dos hemos cambiado —le dijo Lucía con amargura.

—Pera dame la oportunidad de cambiar y de demostrarte lo mucho que te quiero.

A Lucía le pesó la traición y la culpabilidad, fue incapaz de mirarle a los ojos, ni de decir nada.

—¡Vayámonos ya!, tomémonos estos diez días de vacaciones, para pasar cada segundo del día juntos.

Lucía sintió que tenía que irse con él. Se lo debía al hombre que tanto había amado y se lo debía a su matrimonio. Quizás se estuviese equivocando con esa decisión, pero su corazón le decía que debía intentarlo. No podía romper con su pasado así como así y ahora que

Nicolás estaba dispuesto a poner de su parte, ella creía que tenía que hacerlo.

—Sí, vámonos —le dijo mientras lo abrazaba rodeándole la cintura, al mismo tiempo que intentaba esconder sus lágrimas.

Nicolás también la abrazó con fuerza.

—Gracias, mi amor, no te arrepentirás.

Al cabo de un rato, Nicolás le dijo a Lucía que iba a hacer un par de llamadas para conseguir vuelo y hotel para esa noche y le pidió que recogiese todo lo necesario para unos cuantos días. Después ya se encargaría de que alguien les enviase el resto de sus cosas.

Mientras preparaba la maleta no podía dejar de pensar en Max y se odiaba por lo que estaba a punto de hacer. Le mandó dos mensajes. Primero, una canción que explicaba cómo se sentía. "*Unfaithful*" de Rihanna.

"Story of my life,
searching for the right,
but it keeps avoiding me,
sorrow in my soul,
because it seems that wrong,
really loves my company.

He's more than a man,
and this is more than love,
the reason that the sky is blue,
the clouds are rollin' in
because I'm gone again,
and to him I just can't be true.

And I know that he knows I'm unfaithful,
and it kills him inside,
to know that I am happy with some other guy
I can see him dyin'.

I don't wanna do this anymore,

I don't wanna be the reason why,
everytime I walk out the door,
I see him die a little more inside,
I don't wanna hurt him anymore,
I don't wanna take away his life,
I don't wanna be...a murderer".

"La historia de mi vida,
ha sido buscar lo adecuado,
pero continua evitándome.
Hay dolor en mi alma,
porque es lo equivocado,
realmente adora mi compañía.

El es más que un hombre,
y esto es más que amor,
es la razón por la que el cielo es azul,
Pero las nubes se acercan,
porque me he ido otra vez,
y no puedo serle fiel,

Y se que el sabe que soy infiel,
y lo esta matando por dentro,
saber que soy feliz con algún otro chico,
puedo verlo morir.

No quiero seguir haciendo esto,
no quiero ser la razón por la que
cada vez que salgo por la puerta,
veo morir poco a poco su interior,
y no quiero herirlo más,
no quiero arruinar su vida,
no quiero ser... Una asesina".

Y a continuación, le envió otro mensaje en el que le decía que lo

sentía, que esperaba que pudiera perdonarla y que no dudara nunca que lo quería.

Desde que pulsó el botón de enviar estuvo ansiosa, esperando su reacción, pero Max tardó en contestar, consiguiendo que la ansiedad de Lucía creciese hasta límites insospechados.

Ya estando en el aeropuerto, sintió vibrar su móvil. Sabía que era él y como no podía esperar un segundo más sin saber la respuesta, se excusó con que necesitaba ir al baño.

Una vez allí, abrió el mensaje. Una canción, que aunque le encantaba porque era de unos de sus grupos favoritos, le demostraba que acababa de romperle el corazón. "*Mientes*" de Camila sonó y ella lloró.

"Tú Llegaste a mi vida para enseñarme,
tú, supiste encenderme y luego apagarme,
tú, te hiciste indispensable para mi y...

Y con los ojos cerrados te seguí,
si yo busqué dolor lo conseguí,
no eres la persona que pensé, que creí, que pedí.

Mientes, me haces daño y luego te arrepiente,
ya no tiene caso que lo intentes,
no me quedan ganas de sentir.

Llegas cuando estoy a punto de olvidarte,
busca tu camino en otra parte,
mientras busco el tiempo que perdí,
y hoy estoy mejor sin ti".

El corazón de Lucía también estaba muy herido, pero tenía que ser fuerte y consecuente con la decisión que había tomado. No quería arrepentirse el día de mañana de no haber luchado por su matrimonio e iba a hacerlo, con todas las consecuencias.

Cuando salió del baño, quizás por verla triste, Nicolás la abrazó y le

susurro al oído: “*te amo*”.

Capítulo 11

Carla estaba muy nerviosa por la cita que tenía con Liam, así que decidió arreglarse y pasarse primero por casa de Noa para dejar de pensar en ella y en sus tonterías. Además, también estaba preocupada por Lucía y por Noa. Había intentado hablar con Lucía para que le contase lo ocurrido con Max, pero le había sido imposible hablar con ella. Su teléfono o estaba apagado o cuando le daba señal, no contestaba. Llegando ya a casa de Noa volvió a intentarlo.

—¿Lucía?, te he llamado un montón de veces.

—Lo sé, no te preocupes, estoy bien.

Carla notó algo en su voz. Notó lejanía pero no sólo por la distancia.

—¿Qué ocurre Lucía?

—Me voy a París con Nicolás, voy a darle una oportunidad a nuestro matrimonio —le contestó Lucía al mismo tiempo que Carla entraba en casa de Noa.

Carla estaba desconcertada y no sabía que pensar. Había dado en gran paso con Max y casi simultáneamente se reconciliaba con su marido. Era de locos. Aunque si Lucía había tomado esa decisión, era porque pensaba que en ese momento era lo mejor y debía respetarlo.

—Cariño, ya sabes que aquí estamos para lo que necesites y hagas lo que hagas nostras te apoyaremos.

Noa no tardó en darse cuenta de que era Lucía la que estaba al otro lado del teléfono y se unió a la conversación gritando: "*Lucía, te queremos*".

—Lo sé, chicas. Os llamaré pronto —Lucía se despidió.

Noa y Carla no entendían lo ocurrido pero no quisieron sacar conclusiones precipitadas. Tarde o temprano, volverían a saber de ella y les contaría de primera mano todo lo sucedido.

—Y tú, ¿cómo estás? —le preguntó Carla a Noa.

—Bien. Ya he comprado los billetes. Me iré en el puente del Todos los Santos. Tendré que ponerme enferma el viernes para no ir al cole,

pero es el único modo de largar un poco el fin de semana.

—¿Estás nerviosa?

—Sinceramente..., estoy muerta de miedo. Prefiero no pensarlo demasiado. Lo que tenga que ser, será.

Noa era tan alegre, tan optimista, tan fuerte y tan valiente, que a Carla le sorperndió verla así. Pero sabía que volvería juntos, se querían demasiado. Ojalá no esté equivocada, deseo Carla.

Cuando Carla llegó a su casa, le encantó la atmósfera que había creado. Música de fondo, luz ténue... No se abrazaron. Él fue directamente a quitarle el abrigo que llevaba.

—Voy a pensar que estás intentando seducirme —dijo Carla premeditadamente, para intentar averiguar las intenciones de Liam.

—¿Lo estoy consiguiendo? —preguntó travieso.

—Vas por buen camino. —Carla también intentaba seducirlo.

—No estoy muy acostumbrado a esto —vaciló—, me explico. Me suelo saltar este paso e ir directamente al grano —vaciló de nuevo—. Bueno, creo que me entiendes.

A Carla le hizo gracia cómo se esforzaba en disimular su inseguridad. Con ella se sentía indefenso. Quizás era porque realmente le gustaba, pensó Carla.

—Como te gusta el pescado crudo, he pensado que también te gustaría cocinado y por eso, he encargado una parrillada de pescado a la plancha, ¿te parece bien?, puedo pedirte cualquier otra cosa.

—Me parece muy buena idea. Gracias —estando con él a Carla lo que menos le importaba era la comida.

Liam le sirvió una copa de vino y le enseñó su ático.

—Lo he alquilado amueblado, por eso es tan impersonal. Llevo poco tiempo aquí y aún no he tenido ocasión de darle mi toque.

—Quizás sea porque tampoco tienes pensado quedarte mucho tiempo. —Carla aprovechaba cualquier ocasión para sonsacarle información.

—Nunca he pensado en echar raíces aquí —miró a Carla con semblante serio—, pero ya he encontrado algo en esta ciudad que me

anima más a quedarme.

Liam se acercó a Carla y le dio un tierno beso en la mejilla y el contacto de sus labios sobre su piel, hicieron que un escalofrío recorriera su cuerpo.

—Señor MacKnight, está siendo usted muy seductor. Puede que no sea capaz de resistirme a sus encantos —Carla tenía claro que no iba a poner ni la más mínima resistencia.

—No se resista, señorita, no podría soportarlo.

Carla pensó que ya no había duda, le gustaba a Liam y se relajó, dispuesta a dejarse llevar.

—Ven —la agarró de la mano —te voy a enseñar la razón por la que alquilé este ático.

La llevo hacia una gran terraza desde la que había unas vistas magníficas. El cielo ganaba poder ante una ciudad que desde esa altura parecía insignificante. Y ahí, en silencio, todavía agarrados de la mano, disfrutaron de la vista, sin pensar en otra cosa que no fuera la presencia del otro.

De pronto, Liam, con un suave movimiento, atrajo a Carla hacia él, le dio un beso en los labios y la agarró por la cintura. Ella le devolvió el beso, al que Liam respondió con más pasión acercando la cintura de Carla hacia su cuerpo, al mismo tiempo que ella rodeó su cuello con sus brazos. Carla tenía tantas ganas de él que se hubiese dejado llevar hasta el final.

—Creo que deberíamos ir despacio —dijo Liam sin dejar de besarla —me gustaría que contigo las cosas fuesen diferentes.

Ella lo deseaba, pero también quería ser especial para él.

—Venga, vamos a cenar —dijo para intentar romper la tensión sexual del momento.

Los dos se esforzaron por mantener la compostura y comenzaron a cenar sin saber muy bien de qué hablar.

Carla uso como tema de conversación la música que sonaba de fondo. Bono cantaba "*With or without you*".

—¿Te gusta U2?, ¿qué será de ellos?

—No tengo ni idea, no soy muy fan de nadie, escucho lo que me

gusta y ya está.

A partir de ahí empezaron a hablar de las cosas que les gustaban y de las que no: música, películas, actores, programas de la TV…y se notaba la diferencia cultural por haber crecido en diferentes países, a pesar de tener la misma edad y de que la madre de Liam fuese española.

—¿No tienes hambre? —Liam se había fijado en que ,al igual que él, prácticamente no había probado bocado—, ¿estás bien?

—Mi cabeza aún sigue dándole vueltas a lo que ocurrió en la terraza y me estoy esforzando por actuar con normalidad.

—A mí me ocurre lo mismo —se levantó de la mesa y le tendió la mano.

La llevo a la zona de despacho que había a un lado de su gran salón y le hizo sentarse en el sillón de cuero.

—Tenía muchas ganas de enseñarte fotos de Emma, ¿te gustaría verlas?

—Por supuesto,..

Liam desbloqueó el portátil. Era una niña preciosa y se parecía muchísimo a su padre. Tenía el pelo castaño, casi rubio y unos bonitos ojos verdes.

Carla vio que muchas de las fotos era robada y pensó que probablemente Liam tuviese a alguien pendiente de todos sus movimientos. Más tarde se enteraría de que ese “alguien” era su hombre de confianza. En algunas de ellas, aunque no aparecía la cara, intuía que la persona que llevaba a la niña en el carro o en brazos, era la madre. El fotógrafo había tenido el detalle de no haberla incluido en el plano.

—Es muy guapa, se parece mucho a ti.

—Sí, a medida que que crece le veo más parecido conmigo y eso me hace mucha ilusión.

Liam que estaba de pie al lado de Carla, se giró y se sentó en la mesa. Con un gesto delicado y una gran sonrisa, le pidió a Carla que se levantara y sujetándola por la cintura, la puso enfrente suya.

—Tú también eres muy guapa, demasiado —le dijo mientras le

retiraba uno de los mechones que rozaba su cara—, e inteligente, dulce..., pareces un sueño y tengo miedo de que desaparezcas.

Carla puso sus manos sobre su pecho. Sintió el latido de su corazón. Un corazón que deseaba que fuera suyo.

—No soy un sueño —le dio un beso ligeramente en la comisura de los labios—, y no pienso desaparecer. Me iré cuando tú quieras que me vaya.

—No digas eso, podría secuestrarte y no dejarte marchar nunca —volvieron a besarse con más pasión.

Carla lo vio inquieto. A pesar de lo entregado que se mostraba en sus besos, parecía incómodo.

—Es mejor que me vaya —dijo Carla. No quería irse pero sentía que debía hacerlo.

Liam no sabía que decir, estaba un poco confuso y preocupado.

—Me prometí que hoy sería un buen chico —se quedó en silencio —.Quiero que esto sea diferente. Necesito que sea diferente.

Carla vio sinceridad y determinación en sus ojos y decidió no ponérselo difícil.

—Será diferente —le dio un beso en los labios, recogió sus cosas y se fue.

Lo deseaba y mucho, pero su deseo no era nada con la felicidad que le hacía sentir el saber que él la consideraba distinta a las demás.

Tuvo la tentación de mandarle un mensaje, pero al final prefirió no hacerlo para no romper la magia con la que había terminado la velada.

Esa noche libraba y aunque estaba deseando irse pronto a la cama para leer, no podía dejar de pensar en Liam. La noche anterior, mientras trabajaba, había recibido un e-mail de David.

"No quiero meterme en tu vida,
pero si te acercas demasiado al fuego,
acabarás quemándote. Establece prioridades".

No se lo tomó a mal. Él la había avisado, cuando la entrevistó para el trabajo y era su deber tenerla sobre aviso, pero no le importaba. Ser

la relaciones públicas de Dreams no era el trabajo de sus sueños y si tenía que renunciar a él por estar con Liam, lo haría sin lugar a dudas.

El sonido de su móvil la sacó de sus pensamientos. Era un mensaje de Liam.

"Necesito verte.

Llegaré sobre las cuatro de la madrugada.

Sé que es muy tarde, pero por favor, no me digas que no"

Carla se puso tan contenta que sólo le faltó saltar sobre la cama. No quiso parecer desesperada, así que esperó diez minutos cronometrados por el reloj para contestar.

"Te espero"

Carla, por su trabajo, solía acostarse muy tarde y aunque ese día libraba, esperar por él era todo menos un fastidio.

Se dio una ducha, la que alargó demasiado, no sólo para relajarse, sino también, para hacer más llevadero el tiempo de espera. ¡Casi cuatro horas!. Era demasiado. Se ató una coleta y se puso unos leggins negros con una camiseta blanca de manga larga.¿Qué aspecto se supone que debe tener una chica a las cuatro de la mañana? Recogió un poco su casa, aunque estaba bastante limpia y ordenada e hizo la cama.

Los minutos se le hacían eternos y se puso a leer con la esperanza de que la lectura le hiciera perder la noción del tiempo. Marc Levy y su *"Química secreta de los encuentro",* consiguieron trasportarla a otro mundo, en el que los minutos ya no eran eternos. Sonó el timbre y a pesar de estar enganchada a la lectura, cerró rápidamente el libro y se levantó de un salto.

Cuando llegó a su casa, sobraron las palabras. Tenían demasiada ganas de verse, de tocarse, de besarse.

—¿Dónde está el niño bueno que se iba a portar bien? —le preguntó Carla mientras Liam se quitaba la sudadera.

—Sigue aquí —dijo sin dejar de besarle—, pero se estaba volviendo loco. Te deseo demasiado.

Cogió el rostro de Carla entre las manos y la besó como si quisiera

robarle el alma. Y beso a beso, caricia a caricia, recorrieron cada palmo de sus cuerpos, dándose placer hasta límites insospechados.

Con Liam se sentía protegida, en paz. Llevaba tantos días esperando ese momento, que no quería separarse ni un milímetro de él.

Carla se despertó entre los brazos de Liam, sintiendo el calor de su piel desnuda. Era una sensación demasiado placentera para querer que terminase y no se movió. Liam comenzó a acariciarla y volvieron a dejarse llevar por las ganas que tenían el uno del otro. El sexo con él había superado sus expectativa, porque prestaba mucha atención a que ella sintiera placer.

—Deberíamos levantarnos. Tú tienes que ir a entrenar y yo tengo que trabajar —le dijo aunque deseaba hacer lo contrario.

—No, no quiero, déjame seguir soñando —se aferró a ella.

—Liam, no es un sueño, es la vida real y los dos tenemos que ir a trabajar.

—Tengo la sensación de que en cuanto salga por la puerta, vas a desaparecer y esta noche sólo va a ser fruto de mi imaginación.

—Sr. MacKnight, estoy loca por ti y no va a ser fácil que se deshaga de mí.

—Eso espero, señorita.

Se ducharon juntos y compartieron su desayuno entre mimos y caricias.

—¿Te veré esta noche? —le preguntó antes de irse.

—Ya sabes dónde encontrarme —le contestó antes de despedirse con un beso largo y apasionado.

Los dos primeros días en París fueron de ensueño. Nicolás había reservado habitación en uno de los hoteles más lujosos de París, el George V. Su atmósfera era capaz de trasportarte a otro mundo y a otra época. Era muy acogedor y romántico y en él, Lucía se sentía como una princesa.

La Universidad les iba a buscar una vivienda como parte del contrato, pero mientras no solucionaban ese trámite, Nicolás quería

llenar a su mujer de todo tipo de detalles y atenciones.

Los dos se esforzaban porque todo entre ellos fluyese a la perfección. Además, la emoción de mudarse a un lugar tan encantador como París, ayudó a convertir sus días, en días apasionantes y llenos de aventura.

Sin embargo, Lucía no podía quitarse a Max de la cabeza y comenzó a tener la sensación de estar en un lugar que no le correspondía.

Y en cuanto Nicolás comenzó a preparar su incorporación a la Universidad, su actitud hacia ella cambió y la atención que le dedicaba fue disminuyendo por días. Quizás no pudiese evitarlo y su verdadera pasión fuese su trabajo. Pero Lucía empezó a no tener fuerzas para seguir luchando por una relación a la que no le veía futuro. No se arrepentía de haberlo intentado, pero sentía que su sitio no estaba al lado de Nicolás.

Cada día se levantaba con el desasosiego de no saber cuál era la mejor forma de salir de esa situación que ya le parecía insostenible. Se sentía encerrada en un túnel sin salida. No quería hacerle daño a Nicolás, pero ya no estaba enamorada de él. Sin embargo, esa mañana en concreto, una noticia de la sección cultural del periódico consiguió despertar en ella el buen ánimo que llevaba varios días desaparecido. Algo tan simple como la inauguración de una exposición en París de Luis Campillo, la había llenado de alegría. ¡Qué maravillosos recuerdos!, pensó. Necesitaba ir a la inauguración y le resultó muy fácil conseguir una invitación. Era una de las ventajas de tener una marido conocido entre la élite intelectual del momento.

La inauguración estaba abarrotada de gente chic y elegante que rebosaba glamour por todos los poros de su piel. Estaba acostumbrada a este tipo de saraos pero aún así, se preguntó si para asistir a este tipo de acontecimientos hacían un casting, porque absolutamente todos los invitados eran guapos.

A lo lejos le llamó la atención una persona que parecía desentonar con el resto, no por su aspecto físico ya que era muy apuesto, sino porque era palpable que se sentía incómodo rodeado de toda esa gente. Parecía estar deseando escaparse de allí y esa sensación le

resultó muy familiar y allí, sin conocerlo de nada, sintió ternura por él.

Todos los cuadros le parecieron maravillosos y el recuerdo de haberlos visto en el propio taller de su creador, junto a un hombre como Max, le llenaron de alegría y nostalgia a la vez. Fue un cúmulo de sensaciones encontradas. El estar allí contemplando las obras que habían presenciado como Max y ella hacían el amor, removieron sensaciones muy íntimas y muy profundas.

Empezó a sentirse mareada. Qué hacía en París junto a un hombre que no amaba. Le faltaba el aire y tuvo que salir fuera para que le diese en la cara el frescor de la noche.

Fuera, reconoció la cara de la persona cuya fragilidad le había llamado tanto la atención, Luis Campillo. Nunca lo había visto en persona, sólo en la prensa. Pero al tenerlo tan cerca no tuvo dudas de que era él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Me siento un poco mareada —dijo mientras se recostaba sobre la pared.

Estaba demasiado sensible y esa situación estaba siendo muy intensa para ella. Le despertaba demasiados recuerdos y sentimientos.

Puso cara de tristeza y preocupación.

—Lo siento, no pensé que mis cuadros causasen ese efecto.

—No, no —se sintió incómoda por la ridícula confusión —admiro todas y cada una de tus obras, pero me traen demasiados recuerdos.

—¿Espero que sean buenos recuerdos? —preguntó con curiosidad.

—Los mejores recuerdos que te puedas llegar a imaginar.

—Me siento intrigado. Tienes que contarme más sobre esos recuerdos, me siento parte de ellos.

Carla tuvo miedo a meter la pata con lo que iba a contar y dudo sobre si hacerlo o no.

—Bueno, digamos que aunque no me conozcas de nada, he estado en tu taller disfrutando de tus cuadros.

Su cara se tensó y la miró fijamente.

—¿Eres la chica de Max? —preguntó en tono de afirmativo.

Lucía no respondió, se quedó paralizaba al escuchar su nombre.

—Tienes que ser tú. No dejo a nadie que lleve a desconocidos a mi taller sin mi presencia y tú has sido una excepción —la miró con curiosidad.

Asintió y permaneció callada durante unos minutos. Luis miró al cielo.

—¿Cómo está Max?

—Jodido. Hubiese sido mejor que le dijeras que no le querías. Eso hubiese sido más fácil de asimilar y superar. Estaba perdido y sigue estándolo. ¡No es justo que dos personas que están enamoradas no puedan vivir su amor en libertad! Pero la vida es caprichosa y las cosas no son tan sencillas como deberían ser, ¿verdad? —no esperaba respuesta—. Ha sufrido mucho pero aunque aparentemente está mejor, no ha logrado pasar página. Es todo muy reciente.

No sabía que decir. Oírle hablar de Max la había bloqueada.

—No te odia ni nada por el estilo. Entiende por qué lo vuestro ha terminado y desde un principio sabía que vuestra historia estaba destinada al fracaso —estuvo en silencio unos segundos— pero sigue enamorado de ti.

Luis Campillo dejó de estar apoyado en la pared y con unos rápidos movimientos, sacudió su camisa, intentando recomponerse para volver a entrar en la exposición.

—En fin, debería entrar, me debo a mi público —parecía resignado.

Era el primer artista que Lucía conocía al que no le gustaba la adulación. Si todos eran exageradamente vanidosos, él no lo era en absoluto. Le hubiese dicho tantas cosas, pero seguía paralizada, no era capaz de reaccionar.

—Luis —le llamó con un casi imperceptible hilo de voz.

—Amo a Max —afirmó con firmeza—, pero no podía romper con mi pasado así como así. Tenía que darle una oportunidad a mi matrimonio. Oportunidad que me ha servido para comprobar que aunque quiero mucho a mi marido, ya no estoy enamorada de él y sé que no quiero vivir el resto de mi vida a su lado.

—Entonces, ¿no entiendo que haces aquí, en lugar de salir

corriendo detrás de Max?

—Puede sonar egoísta, pero ahora necesito darme una oportunidad a mí misma. Siempre he vivido a la sombra de Nicolás, ayudándole con sus libros, con sus investigaciones, apoyándole incondicionalmente en su carrera. Y poco a poco, me he ido anulando como persona, olvidando quién era y qué era lo que esperaba de la vida. Por ello, ahora necesito conocerme, saber cuál es mi lugar y comenzar a luchar por todo aquello que quiero en mi vida.

Luis parecía entenderla.

—Si me fuese corriendo inmediatamente a sus brazos, correría el riesgo de volver a vivir a la sombra de otro hombre y si eso ocurriese, estaría sentenciando nuestra relación desde antes de empezar.

—¿Sabes que corres el riesgo de perderle? —le preguntó Luis.

—No tengo derecho a pedirle que me espere. Ese es un riesgo que debo asumir. Y si en este tiempo, Max conoce a una persona que le haga feliz, lo respetaré como él me ha respetado a mí.

Y sin más, se despidieron, tomando cada uno su camino.

Después de darse un paseo a la orilla del Sena, Lucía llegó al hotel con las ideas más claras que nunca, dispuesta a hablar con Nicolás, pero él aún no había llegado. Era tarde y no tardó mucho en hacerlo.

—Tenemos que hablar —le dijo Lucía, más serena de lo que esperaba, en cuanto entró por la puerta.

—Lo siento, cariño. Sé que no estoy cumpliendo con lo que he prometido y quizás hoy me haya excedido trabajando. Pero es que cuando empiece a dar mis clases no quiero parecer un principiante, me entiendes, ¿verdad? —quiso justificarse.

—Nico, tienes que asimilar que tu prioridad es tu vida profesional y no debes pedir perdón por hacer, aquello que deseas hacer. Pero de verdad, no importa, ese no es el problema.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicolás asustado. Había llegado esa conversación que había temido desde hacía unas semanas. Y se sentó en el sofá resignado, esperando a escuchar lo que Lucía le iba a decir.

—Lo siento mucho, pero ya no estoy enamorada de ti. Lo he

intentado, pero ya no puedo seguir así —le costaba hablar porque sabía que sus palabras iban a hacerle daño.

—¿Es por Luis Campillo? Se que hoy has ido a su exposición y también que has estado en su taller hace un tiempo.

Carla no quiso saber cómo se había enterado, daba igual. Y tampoco quiso hablarle de Max, ¿para qué echar más leña al fuego?, ¿para qué hacerle más daño?

—No, hoy es la primera vez que hablo con él. Pero no es por él ni por nadie, lo hago por mí.

—¿Ya no me quieres? —preguntó desolado.

—Claro que te quiero. Eres el hombre más importante de mi vida, pero ya no estoy enamorada.

—Por favor, no me dejes, no sé que voy a hacer sin ti —suplicó abatido.

—Tu vida es tu carrera y no me necesitas a mí a tu lado. Conmigo o sin mí, vas a ser igual de feliz—Carla estaba totalmente convencida de lo que decía.

Nicolás estaba acostumbrado a tener a su lado a Lucía velando por él, pero sólo era cuestión de tiempo que aprendiese a vivir sin ella.

Tuvo la tentación de decirle que iba a estar a su lado siempre que la necesitase, pero no quiso que malinterpretase sus palabras y que creyese que estaba dejando una puerta abierta para él en su corazón. Sin embargo, siempre que tuviese un problema iba a estar a su lado para ayudarle, ya que él aún seguía siendo muy importante para ella.

Después de un rato en silencio, Nicolás comenzó a asimilar todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué va a ser de ti?, ¿qué vas a hacer?, ¿dónde vas a vivir? —parecía sinceramente preocupado por ella.

—Quiero quedarme unos días en París. En principio voy a hospedarme en un hotel más modesto en la Rue Mouffetard, en el barrio latino. Y cuando vuelva a Madrid, me buscaré un lugar en el que vivir.

—¿Quieres quedarte con la casa? Todo lo que he ganado durante estos años, también es fruto de tu esfuerzo y nos pertenece a los dos.

Lucía negó con la cabeza. Hasta ese momento no había pensado en el tema económico, para ella no era algo importante. Pero Nicolás estaba demostrando con su generosidad lo mucho que la quería.

—Hablaré con Alberto para que solucione todo el tema legal y para que tú tengas la parte que te corresponde. —Alberto era su abogado desde hace años.

—De verdad, no es necesario. —Lucía tenía algún dinero ahorrado y pensaba ponerse a trabajar cuanto antes.

—De momento aún eres mi mujer y es mi obligación protegerte y cuidar de ti.

—Como quieras —accedió Lucía. No tenía fuerzas para discutir con él y menos, por dinero.

Fue a la habitación y recogió las pocas cosas que tenía allí. Algo de ropa y su neceser. Nicolás siguió sentado en el sofá del salón que tenía su suite. Sintió que su corazón se rompía al mismo tiempo que Lucía cerraba su maleta. Sus lágrimas inundaron sus mejillas. Lucía se prometió ser fuerte. La estaba matando ver sufrir así a Nicolás, pero no podía dar marcha atrás. Le había costado mucho dar ese paso como para ser débil y recular. Nicolás se secó las lágrimas y se levantó para despedirse de ella. La abrazó.

—No olvides que te quiero —le dijo casi entre sollozos.

Lucía no fue capaz de decir nada, se limitó a devolverle el abrazo. Estaba siendo una situación desgarradora para ella. Segundos después, incapaz de mirarle a los ojos, se fue. Le temblaban las piernas y le costaba mantener el paso firme, pero tenía el convencimiento de haber tomado la mejor decisión.

Capítulo 12

Durante días Liam y Carla se comportaron como auténticos adolescentes. Llevaron su relación en secreto y aprovechaban cualquier momento de clandestinidad para hacer el amor. Había una gran atracción sexual entre ellos. Incluso, durante el trabajo de Carla, tuvieron algún que otro encuentro amoroso en los reservados de la discoteca. Liam se pasaba toda la noche lanzándole miradas de deseo y se valía de cualquier ocasión para acercarse a ella y decirle algo que la llevase al límite de su deseo. Carla no era capaz de resistirse. Y aunque esas primeras semanas era el sexo lo que predominaba en su relación, siempre sacaban tiempo para la complicidad y las confidencias. Eran amantes pero sobre todo, eran amigos.

—Por favor, acompáñame a la entrega de premios.

Ese viernes se celebraba un prestigiosa entrega de premios del deporte, organizada por un periódico deportivo y Liam estaba empeñado en que Carla lo acompañase.

—Sabes que si vamos juntos, vamos a ser el centro de atención de todas las miradas y la gente no va a dejar de hablar de nosotros.

—Creo que va siendo hora de que todo el mundo sepa que estamos juntos.

A Carla le hacía ilusión que Liam quisiese aparecer con ella en público, pero tenía miedo por él, por ella y por sus trabajos.

—No sé si estoy preparada para estar en boca de todo el mundo.

—Es cierto que al principio se hablará mucho de nosotros por ser la novedad, pero si no les damos pie, se cansarán pronto y nos dejarán en paz. Ya verás.

Carla no parecía muy convencida.

—Por favor, hazlo por mí. Necesito que todo el mundo sepa que eres mi novia.

A Carla le hizo mucha gracia por lo prehistórico que sonaba Liam y le encantó escuchar la palabra novia.

—Tengo la mejor novia del mundo y me apetece presumir un

poquito de ella. ¿Te da vergüenza que te vean conmigo? —preguntó risueño.

A Carla le hizo gracia su juego.

—Claro, eso me pasa por salir con un monstruito verde con tres ojos saltones y dos bocas. Aishh, eres tan feo pero tan tierno —le dio un beso en los labios.

En el fondo, a Carla también le apetecía que todo el mundo supiese que Liam era su chico, sobre todo, para poder vivir su relación con libertad. Sin embargo, tenía miedo por los problemas que les podía acarrear. Pero como el que arriesga no gana, decidió que sí le acompañaría a la fiesta.

No sabía como abordar el tema en relación a su trabajo. Estaba claro que David sospechaba que entre Liam y ella existía algún tipo de relación o de atracción, aunque nunca nadie los había visto juntos como pareja. Así que sólo podían ser sospechas o rumores. Pero tanto David como Simón le habían ofrecido su confianza y ella no podía, ni debía defraudarles. Por esa razón, decidió llamarles para ponerles sobre aviso. Si tenían que tomar una decisión, ella asumiría las consecuencias.

—¿Sabes que está en un nivel superior al tuyo?, seguramente para él sólo seas un juego —pretendía hacerle abrir los ojos, aunque sólo consiguió hacerle daño con su comentario.

No iba a conseguir hacerla sentir inferior a Liam. Sí, era rico, pero ella tenía un millón de cosas que ofrecerle, más valiosas que el dinero.

—David, igual soy una ilusa, pero no todos tienen que ser iguales. Creo que es sincero conmigo y yo confío en él.

—Acabará haciéndote daño —afirmó con gran seriedad y seguridad.

Quizás tuviese razón, cualquier hombre puede romperte el corazón, independientemente de su poder económico y de su clase social. Sin embargo, lo que le llamó la atención fue ver que la preocupación de David fue más personal que profesional.

Cuando se despidieron con frialdad, Carla aprovechó para

comentarle que también llamaría a Simón y así lo hizo, justamente después. En ese momento no estaba ocupado y se mostró muy contento por poder charlar con ella.

—Simón, necesito contarte algo. Creo que te lo debo después de toda la confianza que has demostrado hacia mí.

Él se preocupó, pensó que había tenido algún problema en el trabajo.

—No, no ha ocurrido nada malo. Estoy saliendo con Liam MacKnight y me preocupa que esto pueda afectar a mi trabajo.

Simón permaneció unos segundos en silencio como si estuviese meditando su respuesta.

—Sobre el corazón no se puede mandar y uno no puede escoger de quién enamorarse. Además, Liam parece buen chico.

—Sí, lo es —aseguró Carla.

—Lo que nos perjudica es tener como “imagen” a una persona demasiado “sociable” —remarcó la palabra sociable, dando a entender más de lo que decía —que coquetea y se deja seducir por cualquiera. Queremos dar una imagen seria y profesional.

Carla le comentó su conversación con David, sin imaginarse lo que iba a descubrir.

—Te voy a contar un secreto. Seguramente habrás escuchado hablar de mi hija Cloe. Todos los que la queremos hemos sufrido mucho viéndola caer en el pozo en el que cayó y del que aún no ha logrado salir. Y David que siempre ha estado enamorado de ella, ha sido uno de los que más ha sufrido.

—No sabía nada —le dijo Carla, aunque realmente, Tony le había informado de ese detalle.

—Cloe se dejó cegar por el lujo y el brillo del poder y del dinero. Y se enamoraba y desenamoraba de quien menos debía.

Carla no sabía que decir.

—Antes de que tu llegaras, David llevaba tiempo pidiéndome que lo sacara de la discoteca, para el eran demasiados recuerdos y demasiadas sensaciones encontradas, porque muchas veces tenía que relacionarse con algunas de la personas involucradas en la mala vida

de Cloe. Y con tu llegada todo empeoró, pero por suerte, tu profesionalidad le permitió alejarse un poco de la discoteca.

Carla no llegaba a entender porque todo había empeorado con su llegada.

—Porque tú le recuerdas a ella. En ti la ve a ella reflejada. Además, al tener que formarte a ti, se vio obligado a estar en un sitio en el que no deseaba estar. Dreams nos da mucho dinero, pero no nos trae buenos recuerdos.

Carla sintió alivio porque por un momento pensó que igual, como le había dado a entender Tony, David se sentía atraído por ella. Pero tampoco le consolaba demasiado saber que cuando David la veía, se acordaba de una persona que le había hecho sufrir tanto.

Sintió lástima por David, por Simón y por Cloe. Y sin conocerla de nada, deseo que se recuperara lo antes posible y que volviese a estar al lado de las personas que la quieren.

—No quiero meterme en donde no me llaman, pero creo que Tony podría desempeñar el puesto de gerente a la perfección.

Durante esos meses trabajando codo con codo, Carla no sólo le había cogido un gran cariño, sino que también había podido ver todo su potencial y talento y consideraba que no estaba siendo valorado como debería.

—Sé que es un gran profesional, pero... le daré una vuelta.

Carla sabía que a simple vista Tony podía dar una imagen equivocada, sobre todo, porque a veces adoptaba el papel de “loca”, cuando realmente era una persona muy seria, muy responsable y comprometida.

—Y volviendo a lo de antes, te deseo toda la suerte del mundo con Liam. Para cualquier cosa que necesites aquí me tienes —se despidió Simón con la misma amabilidad que había demostrado desde el primer día.

Era la primera vez que iba a una fiesta que ella no había organizado. No sabía ni qué llevar, ni cómo comportarse. Optó por la elegancia, la sobriedad y por mantenerse en un discretísimo segundo

plano, que era el lugar que a ella le correspondía.

Cuando Liam la vio salir de casa con su vestido negro largo de corte sirena y su melena suelta ligeramente ondulada, se quedó boquiabierto.

—¡Estás preciosa! —dijo con asombro.

—Muchas gracias, Sr. MacKnight, usted tampoco está nada mal —se sentía guapa y eso le daba seguridad, pero aún así estaba muy nerviosa. Nervios que no le pasaron desapercibidos a Liam.

—Todo va a ir bien, no te preocupes. Estamos juntos y eso es lo que importa. Olvídate del resto.

Carla asintió, respiró hondo y entró en el coche.

Le deslumbraron los flashes y no supo hacia dónde mirar. Escuchó mucho barullo. Gente que no dejaba de corear el nombre de Liam, otros que le pedían autógrafos y periodistas que no paraban de hacerle preguntas: *¿es tu novia?, ¿es modelo?, ¿hay planes de boda?* Y un montón de tonterías más a las que Liam hizo caso omiso, caminando con paso firme, mientras le agarraba con fuerza la mano. Carla llegó a escuchar como un chico le decía a otro: es Carla De la Fuente, una conocida relaciones públicas. Liam también lo escuchó y en ese momento, casi a la entrada del teatro, la agarró por la cintura y le dio un beso en la mejilla, después de susurrarle al oído: "*Ya pasó lo peor*".

Intentó relajarse y disfrutar de la compañía de Liam. Él se lo puso muy fácil porque estuvo pendiente de ella en todo momento y no la dejó sola ni un solo segundo. Sólo tenía ojos para ella.

Además, como conocía prácticamente a todo el mundo, no se sintió fuera de lugar. Algunas conocidas suyas fueron a a saludarla y a charlar un rato con ella, durante la fiesta posterior a la entrega de premios.

—¡Qué calladito te lo tenías! Si te soy sincera yo ya intuía algo. No me extraña que se haya enamorado de ti, si yo fuera un chico también lo haría —le dijo Isabella Costa.

Carla se limitó a sonreír. Estar cerca de Isabella y del promiscuo de su marido la ponían nerviosa.

A Liam, varios de sus compañeros le dieron la enhorabuena por su conquista y él también les devolvió una sonrisa sin demasiado entusiasmo. Lo único que quería era estar con Carla a solas y la sacó a bailar.

—Me alegra mucho que me hayas acompañado. Sólo por haberte visto con este vestido ya ha merecido la pena. Estás espectacular.

—Muchas gracias —sonrió Carla con picardía.

A lo lejos, Tony le guiñó un ojo, al mismo tiempo que alzaba su copa de cava, en señal de aprobación.

—Pero lo que más me apetece es quitártelo. ¡Vámonos! —le propuso Liam.

Ella no se lo pensó dos veces y ofreciéndole su mano, salieron de allí.

Sonó el teléfono. Carla y Liam aún seguían durmiendo.

—Buenos días, princesa ¿te lo has pasado ayer bien en la fiesta? —Lucía la estaba llamando desde París. No se esperaba su llamada y menos, que le hablase de la fiesta.

Carla estaba intentando desperezarse mientras la escuchaba.

—¿Sabrás que sales en casi todos los periódicos y revistas digitales españolas?

—¿Eh?—dijo dormida

—El futbolista Liam MacKnight presenta en sociedad a su pareja, la guapa relaciones públicas, Carla De la Fuente, que deslumbró a todos con su belleza —leyó textualmente.

—Bueno, por lo menos no han dicho nada malo.

—En algunos medios no consiguieron averiguar quién eras porque se refieren a ti simplemente como “una bellísima joven”.

—Bueno —dijo resignada—, da igual, lo importante es que ya podemos dejar de escondernos.

—Pues como ya no tenéis que esconderos, más te vale que este viernes lo traigas a tomar algo. Noa y yo tenemos muchas ganas de conocerle. Y no hay excusas.

—¿Este viernes?, ¿venís a pasar el finde? —Carla no contaba con

Lucía tan pronto.

—Disfruta de tu momento, cariño. El viernes os cuento —Lucía no quiso preocuparla, pero Carla intuyó que algo no iba bien por su evasiva.

—¿Todo va bien?, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, pero ahora tengo que dejarte. Nos vemos pronto —Lucía colgó.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Liam desde sueños.

—Lucía. Las chicas quieren conocerte y someterte a un tercer grado —no quiso contarle su preocupación por ella. Sin embargo, pensar en Lucía le hizo olvidar el haber salido en la prensa y que gente que no conocía de nada, estuviese hablando de ellos.

—Por fin podré ponerles cara —Liam parecía realmente contento. Suponía que si Carla le presentaba a sus amigas era porque realmente era importante para él.

Capítulo 13

No era la primera vez que viajaba a Nueva York y eso le proporcionaba una ligera seguridad, porque no sentía que iba a pisar “tierra desconocida”. El verano que cumplió dieciséis años su padre le había regalado un estupendo viaje a Nueva York. Era un sueño que su padre tenía desde hacía muchos años y juntos lo hicieron realidad.

Noa y su padre siempre habían tenido muy buena relación, tanto antes como después de que su madre les abandonase. Pero a medida que crecía, esa relación se había afianzando cada vez más, ya que además de ser padre-hija, se estaban convirtiendo en grandes amigos que compartían gustos, aficiones y coincidían mucho en su forma de entender la vida.

Desde el mismo instante en el que decidió hacer ese viaje, supo que éste tenía un gran inconveniente añadido. Noa no tenía el dinero suficiente para hacer frente al viaje y aunque sabía que Carla y probablemente, Lucía también, habrían hecho lo posible para ayudarla, no se encontraban en la mejor situación económica como para poder prestarle dinero. Así que tuvo claro que tendría que recurrir a su padre.

Lo llamó totalmente avergonzada por tener que explicarle el motivo de su viaje, ¿cómo explicarle a un padre, que se había acostado con otro hombre que no era su novio?

—Vale, ¿cuánto dinero necesitas? —le preguntó justamente después de que Noa le dijese que necesitaba dinero para ir a Nueva York a ver a Jacobo.

A Noa le sorprendió que no quisiese indagar más en lo que había ocurrido, pero se aprovechó de la situación, para evitar hablar de ello con su padre.

—Mira, tengo una idea. Dime que días quieres viajar y yo me encargo de comprarte el billete de avión y de reservarte el hotel. Me hace ilusión que vayas al mismo hotel al que fuimos juntos.

El hotel San Carlos estaba cerca de la empresa de Jacobo que se

encontraba al lado de la Estación Central y cuando llegó allí, a un hotel que le resultaba familiar, se sintió ligeramente “protegida”. Estaba en Nueva York y la suerte ya estaba echada. Lo primero que hizo fue llamar a la empresa de Jacobo para asegurarse de que estaba allí, ya que en algunas ocasiones trabajaba desde casa. Consiguió que le pasarán con su laboratorio.

—Noa, ¿eres tú? —Rebeca reconoció su voz a pesar de haber hablado en inglés.

—Sí —respondió maldiciendo su mala suerte.

—¿Estás aquí?

—Sí —¿por qué le habré dicho la verdad?, se preguntó con arrepentimiento.

—Jacobo está ocupado, ahora no puede ponerse. Y creo que no ha sido buena idea que hayas venido porque no quiere verte —le dijo en voz baja.

Noa intuyó que lo hacía para que Jacobo no pudiese escucharla.

—Vale. Adiós —se despidió sin más.

Noa no quería seguir con esa conversación que no le llevaría a ninguna parte. Estaba claro que no iba a ser fácil hablar con él, pero no iba a ser Rebeca quien se lo impidiese. Tenía un plan B.

Estaba convencida de lo que quería hacer, en eso no tenía dudas. Desde que tomó la decisión de comprar el billete de avión a Nueva York se le había encogido el estómago y había tenido problemas para respirar, no podía comer, no podía dormir y se dedicaba a contar los minutos y los segundos que tardaría en volver a verle. Sabía que tenía un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que todo saliese mal, pero eso uno por ciento que le quedaba de esperanza, le decía que tenía que intentarlo. Lo peor que podía pasar era que se le rompiese el corazón y su consuelo era que si eso sucedía, se lo tenía más que merecido.

Desde que llegó a Nueva York, Jacobo se había centrado total y absolutamente en el trabajo, aunque eso ya era algo habitual, puesto que en su última etapa en Madrid había vivido por y para trabajar. Era

cierto que casi no había pensado en Noa, ya que no se permitía tener tiempo de pensar en algo que no fuera trabajo, hacerlo resultaba demasiado doloroso. Iba a casa lo imprescindible para descansar un rato y asearse y si le hubiesen permitido hacerlo en el laboratorio, no hubiera salido nunca de allí. Tenía miedo de que al alejarse del trabajo, Noa volviese a formar parte de sus pensamientos. Sabía que no podría soportarlo.

Ese día, Rebeca y él salieron juntos del trabajo, aunque no era lo habitual porque ella cumplía a raja tabla su jornada laboral y no hacía ni un minuto de más. Le pareció que estaba rara. Le había insistido, más de lo que tenía por costumbre, en que se fuesen a tomar juntos una copa y lo más extraño y a su vez, irritante, es que al salir por la puerta se tomó la confianza de agarrarse a su brazo. Luego entendió a qué venía su actitud. Cuando con toda la amabilidad que le era posible intentó que le soltara, la vio allí, sentada en el pequeño muro que estaba al final de la escalera.

Se quedó paralizado y sintió un profundo dolor en la boca del estómago. No puede estar aquí, ¿estaré alucinando?, se preguntó. Y fue cuando Rebeca dijo con terrible desgana:*"hola Noa"*, el momento en el que se dio cuenta de que todo era real.

Noa le respondió con un ligero movimiento de ojos y siguió allí, inmóvil.

La reacción de Jacobo fue huir de allí. Deseaba desaparecer, no quería estar cerca de ella, no estaba preparado para hacerle frente.

La noche en la que había ocurrido todo, en las horas que había estado sólo vagando por la ciudad, había pensado en todo lo que diría a Noa cuando llegase el momento, pero no fue capaz de decírselas entonces y no fue capaz de decírselas en ese momento.

Llegó a casa en estado de shock, abrió una botella de whisky que había comprado en la primera compra que hizo cuando llegó a Nueva York y bastantes copas después, logró quedarse dormido, pero ya no podía quitarse a Noa de la cabeza.

Cuando llegó al trabajo al día siguiente, con retraso y con resaca, no fue capaz de centrarse y sintió que se iba a volver loco, así que justificando que se sentía enfermo, decidió tomarme el día libre. Justo

cuando se disponía a salir, recibió un mensaje de Noa:

"Me gustaría poder hablar contigo, estoy en el hotel San Carlos, te esperaré todo el tiempo que sea necesario."

¡Ja!, ¿esperaría el mismo tiempo que yo la he esperado?, se preguntó. Tenía que pagarle con la misma moneda. Estaba enfurecido y comenzó a caminar a paso acelerado sin ningún destino fijo. Su cabeza no dejaba de dar vueltas. ¡La había querido tanto! Se había enamorado de ella en el mismo instante en el que la conoció. Cuánto la amaba! Habría dado su vida por ella. Pero pensó que ella le quería tanto como él a ella, ¿cómo he podido ser tan idiota?, ¿por qué narices habrá venido?, ¿no le parece suficiente todo el daño que me ha hecho?, ¿por qué dijo que no?, ¿por qué con otro?, ¿por qué? ¿por qué?... .

Después de varias horas acabó en el hotel de Noa, pero no tenía el valor suficiente para ir a su habitación. Le faltaba valor pero le sobraba orgullo.

Fue al bar de hotel, con la esperanza de que un par de copas, le ayudasen a reunir el arrojo necesario para enfrentarse a ella, pero trago a trago, todas esas frases en pasado que rondaban por su mente se iban convirtiendo en presente: ¡cuánto la quiero!, ¡la amo con locura!!....y cuando le abrió la puerta de su habitación, después de que de su voz saliese un "t*e necesito*" que sonaba a súplica, se acercó a ella y comenzó a besarla como si fuese a acabarse el mundo después de aquel beso.

Ya por su mirada encendida Noa sabía que aquel no era el verdadero Jacobo, pero conscientemente se dejó llevar. Sabía que detrás de la pasión de Jacobo se escondía el enfado, el dolor de la traición y el engaño, la rabia, la decepción y el alcohol, pero deseaba sentir que por última vez volvía a ser suyo. Necesitaba volver a sentir sus labios sobre los suyos, sus manos acariciando su cuerpo y la suavidad de su piel rozando la suya. ¡Cuánto había añorado el dulce olor de su piel y su sabor!

Ni en el mejor de sus sueños se habría imaginado que pasaría con Jacobo una noche como esa. Probablemente, Jacobo ya no la quiera como antes, aunque le había demostrado que la deseaba tanto como

ella a él.

Anhelaba con todas sus fuerzas que esa noche no acabara nunca, pero cuando Jacobo se quedó dormido, supo que todo había terminado, ya que cuando se despertase de su pequeño estado de locura transitoria, seguramente se arrepentiría de lo sucedido.

No se quedó dormida, quería seguir admirando su cuerpo porque quizás fuese la última vez que lo hacía.

Casi tres horas después Jacobo comenzó a desperezarse. Noa se hizo la dormida y con un ligero giro hacia la derecha de la cama, se separó de él y le dio la espalda. Al cabo de unos minutos, Jacobo se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Se dio la vuelta hacia ella y después de observarla un rato, la arropó. Noa aprovechó ese momento para comenzar a desperezarse y él, rápidamente, volvió a darle la espalda.

—¿Por qué has venido? —le preguntó tan bajito que casi no logró escucharlo.

—Necesitaba hablar contigo —respondió sin incorporarse todavía.

—No mereces que te escuche —su tono de voz era triste y sonaba ahogado.

Noa se incorporó y se puso de rodillas sobre la cama detrás de él. Dudó en si tocarlo o no, pero deseaba hacerlo, así que puso sus manos sobre su hombros aún desnudos y mientras se los acariciaba levemente, le dio un pequeño beso en la espalda. Para bien o para mal, Jacobo no reaccionó. Noa se dejó llevar y lo abrazó por detrás.

—Sé que no me lo merezco, pero te ruego que me escuches.

Él seguía sin moverse y ella no tenía ni la más mínima intención de irse por las ramas.

—Quiero que sepas que me odio profundamente por todo el daño que te he hecho, no creo que pueda perdonármelo nunca. Estoy locamente enamorada de ti y te quiero tanto como nunca he querido, ni podré querer a nadie. Eres lo más importante de mi vida y sé que no puedo vivir sin ti. Cada vez que pienso que no volverás a estar a mi lado se me parte un poco más el corazón. Si algún día llegas a perdonarme y te das cuenta de que aún no has dejado de quererme,

me harías la mujer más feliz del mundo si aceptases casarte conmigo.

Jacobo cogió sus manos y se giró quedándose frente a frente. Tenía tanto miedo a su reacción que cuando él se disponía a hablar, Noa soltó sus manos de las suyas, sujetó su cara para poder darle un pequeño beso en la frente y luego le susurró al oído: "*Tómate el tiempo que necesites, siempre te estaré esperando*". Le aterrorizaba lo que él podía decirle después de su confesión.

Jacobo sujetó con una mano su cabeza y la pego a la suya, ella puso su mano sobre su nuca, y allí durante un instante, lo suficientemente largo como para recordarlo toda la vida, pero demasiado corto por su ansia de sentirlo, permanecieron allí los dos, sobre la cama, casi abrazados, con sus rostros pegados como piezas de un mismo puzzle que encajan a la perfección. Parecía que de ese modo, sus mentes y pensamientos, querían hablar por ellos y decirse todo lo que no se habían dicho tanto por miedo como por falta de valor, hasta lograr estar en sintonía y en perfecta armonía. No sabía por qué exactamente, pero en ese momento, Noa se quedó en paz conmigo misma y le transmitió toda la fuerza que necesitaba para seguir luchando por Jacobo.

Al rato, Jacobo le dio un dulce beso en la comisura de los labios y se vistió en silencio. Ella tampoco dijo nada. Cuando terminó de arreglarse, se dispuso a marcharse y Noa, envuelta con la sábana, lo acompañó hasta la puerta. Antes de salir se giró hacia ella y acariciándole la mejilla dijo: *"no basta con oírlo, necesito sentirlo*". Jacobo cogió su mano derecha, acercó su palma hacia la boca para besarla y mientras soltaba su mano, Noa le pidió que no olvidara que lo amaba.

Los primeros días de Lucía sola en París fueron muy duros. Se sentía muy culpable por haberle hecho daño a Nicolás y no podía seguir así. Y fue escuchando su canción preferida de Thalía, "*Equivocada*", cuando decidió poner punto y final a su sentimiento de culpa, de una vez por todas.

"Sé que me enamoré,

yo caí perdida sin conocer,
que al salir el sol
se te va el amor.

Duele reconocer,
duele equivocarse y duele saber,
que sin ti es mejor,
aunque al principio no.

Me perdí
apenas te vi,
siempre me hiciste
como quisiste.

Porque siempre estuve equivocada,
y no lo quise ver.
Porque yo por ti la vida daba,
porque todo lo que empieza acaba.

Porque nunca tuve más razones para estar sin él,
porque cuesta tomar decisiones,
porque se que va a doler.
Y hoy pude entender,
que a esta mujer,
siempre la hiciste inmensamente triste".

Sí, todo lo que empieza, acaba y aunque su relación con Nicolás había llegado a su fin antes de lo que esperaba, era el momento de no mirar atrás, de ser valiente y seguir adelante. Y justamente después de haber llegado a esa conclusión, otra canción despertó su motivación para luchar por lo que ella quería. No la conocía, pero le encantó toda la energía que desprendía. Se titulaba "*Hall of fame*" y era de un grupo llamado The Script.

"Yeah, you can be the greatest,

you can be the best,
you can be the King Kong, banging on your chest.

You could beat the world,
you could beat the war,
you could talk to God
banging on his door.

You can throw your hands up,
you can be the crack,
you move mountains,
you can break rocks.

You can be a master,
don't wait for luck.
better get yourself
and you go by yourself".

Standing in the hall of fame
and the world's gonna know your name.
'Cause you found what you promised babe
and the world's gonna know your name,
and you'll be in the walls
of the hall of fame".

"Tu puedes ser el más grande,
puedes ser el mejor,
puedes ser King Kong
golpeando tu pecho.

Podrías derrotar al mundo,
podrías derrotar a la guerra,
podrías hablarle a Dios
golpeando en su puerta.

Puedes lanzar tus manos arriba,
puedes ser un crack.
Mueves montañas,
puedes romper rocas.

Puedes ser un maestro,
no esperes por la suerte.
Mejor búscate
y ve por ti.

De pie en el salón de la fama,
y el mundo sabrá tu nombre.
porque has encontrado lo que prometiste, baby.
Y el mundo sabrá tu nombre,
y estarás en las paredes
del salón de la fama".

Siempre había deseado escribir su propia novela y era el momento de empezar. Sabía que no sería fácil ganarse la vida escribiendo, pero tenía que intentarlo. Y quería recuperar a Max.

Se quedó un par de semanas en París buscando inspiración e información para su novela, pero no podía dejar de pensar en Max. Tenía que volver a Madrid.

Alberto, el abogado de Nicolás, la había llamado en varias ocasiones para arreglar el tema del divorcio y para poner a su disposición todo lo que Nicolás quería darle. Estaba siendo muchísimo más generoso de lo que ella hubiese esperado nunca, pero en cierto modo, se alegraba de la estabilidad económica que le estaba proporcionando, porque le permitiría vivir más tranquila y desahogada.

Tenía que buscar un lugar en el que quedarse mientras no encontraba una casa en la que vivir.

Ya en el aeropuerto llamó a Carla, pero debía estar trabajando porque no consiguió que le contestara, así que lo intentó con Noa, que

acababa de llegar de Nueva York.

Cuando la habló con ella, Noa no le hizo demasiadas preguntas, sabía que si necesitaba quedarse en su casa, era porque había ocurrido algo grave y no quería agobiarla con un interrogatorio.

Deseaba ver a Max. ¿Estará saliendo con alguien?, ¿habrá conseguido olvidarme?, se preguntó. Quizás no había sido tan importante para él como él lo había sido para ella. Tenía un millón de dudas.

No se atrevía ni a llamarle, ni a ir directamente a su casa, le resultaba violento e invasivo. Seguramente no querría ni que lo visitase, ni hablar con ella. Pensó que lo mejor sería provocar un encuentro “fortuito”.

Cuando llegó a casa de Noa aún era mediodía, pero tenían demasiadas cosas que contarse, así que su anfitriona preparó unos Gin Tonics; de ese modo, le dolerían menos las palabras. Dos horas después, cuando se lo habían contado casi todo, Noa recordó algo.

—¿Sabes?, antes de que tú llegaras, había leído en el periódico que esta noche inauguraban la exposición de un pintor muy prometedor, discípulo de Luis Campillo. Quizás sea un poco precipitado para ti, pero es posible que Max esté allí.

Lucía sintió que era una señal del destino y no dudo en ir.

Había mucha gente. Gente a la que no conocía de nada. Seguro que le costaría ver a Max entre la multitud, pero allí estaba , charlando animadamente en un grupo de seis personas. Tan guapo, tan sonriente y tan encantador como siempre. Todo el grupo lo miraba embobado, mientras él no dejaba de hablar muy seguro de sí mismo.

Vio como él y una mujer se alejaban del resto del grupo. Él le rodeaba delicadamente la cintura mientras le susurraba algo al oído. Ella embelesada no dejaba de sonreír y de acariciarse seductoramente la melena. Había complicidad entre ellos.

Lucía no soportó seguir presenciando la escena. Sintió ganas de llorar y de desaparecer. Justo cuando se disponía a marcharse, alguien

gritó su nombre para llamar su atención mientras agitaba su mano, pero se sentía tan dolida que no tuvo fuerzas para girarse y ver quién la llamaba. En ese momento, su mirada se cruzó con la de Max e instintivamente salió corriendo de allí.

Lucía llegó a casa de Noa destrozada. Sabía que el que Max hubiese rehecho su vida era una posibilidad, pero lo había descubierto antes de lo que esperaba. Casi no había tenido tiempo ni de soñar con una reconciliación. Afortunadamente, Noa y Carla estaban allí para consolarla.

Nada le había hecho presagiar que esa tarde iba a volver a verla. Durante meses tuvo la ilusión de reencontrarse con ella en cientos de lugares: caminando por el parque, comprando en el supermercado… Tenía la sensación de verla en todas partes. Casi todo lo que ocurría a su alrededor, un olor exótico, una ráfaga de viento inesperada, la melodía de un músico callejero, todo le recordaba a ella y a alguno de los momentos maravillosos que habían pasado juntos, que por desgracia, no habían sido muchos. Pero para él habían sido los momentos más plenos y felices de su vida, porque por primera vez se había enamorado. Con ella descubrió qué era el verdadero amor. Le hacía sentir completo y lleno de vida. Con ella descubrió que todos esos sentimientos de los que siempre habían renegado, realmente existían. Y se arrepintió de haberse reído de aquellos amigos que afirmaban haberse enamorado.

La casualidad hizo que estuviese mirando hacia la puerta cuando ella entró. Estaba preciosa, con el pelo más largo y más delgada que la últimamente que la había visto, pero seguía siendo la mujer irresistible de la que se había enamorado.

Tímida, insegura, con la mirada perdida en el suelo, como si tuviese miedo de ser observada. Su corazón y cada uno de los rincones de su cuerpo se estremecieron. Sintió el impulso de ir corriendo hacia ella, abrazarla y protegerla para que no se sintiera tan indefensa en aquel lugar. Pero el orgullo se apoderó de él y se dejó llevar por un impulso, agarró por la cintura a una de las chicas del grupo en el que estaba y empezó a tontear con ella. Cuando se giró para asegurarse de que

Lucía había contemplando su magnífica actuación, se la topó justamente detrás de él, mirándolo con tristeza. En cuestión de segundos, sin darle tiempo a reaccionar, se dio la vuelta y huyó rápidamente hacia la salida.

Le partió el corazón verla marchar así, pero mentiría si dijese que dudó en salir corriendo detrás de ella, ya que en ese momento, movido por el orgullo, pensó que había actuado del modo correcto. Lo que más deseaba en el mundo era estar con ella, sin embargo, no iba a ponérselo fácil. Le había hecho demasiado daño.

Además, no sabía cuál era la razón por la que había ido a la exposición, quizás no tuviese nada que ver con él y no sabía en que situación se encontraba con su marido. Estaba sola, pero dar por hecho que simplemente por ello ya no estaban juntos, era demasiado suponer. Se estaba volviendo loco intentando descifrar el significado de lo ocurrido y no dejaba de cuestionarse, si había hecho bien o no. Así que intentó centrarse en el trabajo para no pensar en ella.

Tres días después de la exposición y una vez pasada la resaca por el éxito de su pupilo, Luis le llamó para que quedasen para tomar una cerveza. Las críticas habían confirmado que como mecenas de su protegido también había acertado. Luis era un triunfador, todas sus exposiciones encandilaban al público y él era un artista al que todos los compañeros del gremio, críticos y público adoraban por su carácter afable, por su honestidad y sobre todo por su modestia. Además, era un gran amigo. Su mejor amigo.

—Tengo que contarte una cosa —le confesó tímidamente después de un buen rato hablando—, Lucía fue a la exposición.

A Max le sorprendió su reacción, no parecía asombrando, ni nada por el estilo. Se quedó callado y tuvo la sensación de que ocultaba algo.

—Hay algo que no te he contado. Hace meses vino a mi exposición de París y estuvimos charlando. Me dijo que se había dado cuenta de que su matrimonio ya no tenía sentido y que seguía enamorada de ti, pero que necesitaba buscarse a sí misma y hacer su vida, aún sabiendo que en el tiempo que dedicase a encontrar su camino, tú podrías

rehacer tu vida y olvidarte de ella.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —preguntó casi sin dejarle terminar.

No era su intención reprocharle nada. Seguro que había una razón de peso para no haberlo hecho, pero quería saber más.

—No quería darte esperanzas sin estar seguro de que ella volvería a tu lado, no podía alargar tu sufrimiento. Además, sabía que si te contaba que ella seguía enamorada de ti y que había dejado a su marido, hubieses ido corriendo inmediatamente tras ella y no le habrías dado ese tiempo que ella necesita para conocerse a sí misma y poder ser plenamente feliz.

No pudo criticar su forma de actuar, probablemente, él en su lugar habría hecho lo mismo. Hubiese dado cualquier cosa por tener noticias suyas, le hubiese encantado haber escuchado su nombre en otra persona y en otro lugar que no fuesen sus lamentos. Pero el pasado, pasado estaba y ya solo importaba el presente.

¿Habría dejado finalmente a su marido?, ¿estaría preparada para mantener una relación con él?, le asaltaron las dudas y sabía que el único modo de resolverlas sería hablando con ella. Pero otra vez el orgullo no le permitía dejarse llevar por el corazón y además, tenía miedo. No podía dar el paso de buscarla y que finalmente le rechazase. No podría soportarlo. Respiró hondo e intentó relajar todos los músculos de su cuerpo. Llevaba mucho tiempo soñando que ella volvía a su lado, podía esperar un poco más.

Recordó lo que le había dicho su abuela cuando sufrió su primer desengaño amoroso en la adolescencia: *"la chica que el destino tiene para ti, nada ni nadie te la va a quitar y tarde o temprano estará a tu lado*". Estaba dispuesto a esperar a su destino.

Por suerte, los buenos amigos están para apoyarse en los malos momentos y Luis no dejaba de proponerme miles de planes para mantener su mente ocupada en cuanto salía del trabajo. El lunes partido de tenis, el marte teatro, miércoles Champions acompañados de pizza y mucha cerveza, el jueves... El jueves se complicaron las cosas en el trabajo y ya al mediodía, tuvo que mandarle un mensaje para que no hiciese planes para esa noche, porque lo más probable

era que saliese tarde del trabajo ya que prácticamente desde las cuatro, tenía la agenda repleta de reuniones. Las dos veces que se asomó a su despacho a buscar documentación, había visto que la luz verde de su móvil parpadeaba, supuso que era Luis contestándoles con un algún mensaje de ánimo.

Por fin, a las once pudo volver a casa. Recogió sus cosas lo más rápido posible, no veía el momento de darse una ducha, abrir una cerveza y tirarse en el sofá, zapeando hasta la extenuación.

Antes de salir del coche, cogió el móvil que había tirado en el asiento del copilto con la intención de leer el mensaje pendiente. Esperaba ver el nombre de Luis y tuvo que mirarlo varias veces para cerciorarse de que el mensaje no era de Luis sino de Lucía. No podía creérselo. Su corazón iba a doscientas pulsaciones por minuto. Tardó en abrirlo un par de minutos, necesitaba relajarse. Era una canción: "*Dame una oportunidad*" de Daddy Yankee y Luis Fonsi.

"Solo dame un minuto,
me quiero desahogar,
note lo pido, déjame terminar.

Soy culpable de la situación,
sé que tienes toda la razón,
y no hay excusa para hacer sufrir al corazón.
Merezco el rechazo, yo no puedo justificarme,
moveré cielo y tierra hasta que logres perdonarme.
El año que yo creí que si hubiera un mundo,
para borrar el pasado, lo haría todo,
para comenzar de nuevo.
Me estoy quemando por dentro, baby.

Dame una oportunidad,
pretendo que olvides lo que sucedió
sé que el culpable soy yo.
Antes de irte solo te pido,
dame una oportunidad.

Regálame el amor que sólo tú sabes dar,
no lo voy a terminar.
Antes de irte solo te pido,
dame una oportunidad.

No sabía que pensar, no sabía que hacer. Le temblaron las manos, tardó varios minutos en encontrar las llaves y otros tantos en abrir la puerta del portal de su casa. ¿Debería llamarla?, ¿debería ir a buscarla?, pero ¿a dónde?, ¿viviría en la misma casa?, ¿con su marido? Necesitaba verla.

Capítulo 14

¿Pero quién coño es ese tío?, se preguntó Liam, ¿por qué narices la mira así?

Estaba acostumbrado a ver como los hombres intentaban acercarse a ella como babosas para seducirla, pero desde que se hiciera público su noviazgo, todos eran extremadamente cuidadosos y respetuosos con ellos. Pero, ¿quién era ese? y ¿por qué Carla de dio un abrazo como si realmente le importase?

Carla y Liam se cruzaron las miradas. Liam la fulminó con una gran mirada inquisidora y vio como ella se ponía pálida.

¿Su ex?, no podía ser, ¿qué coño estaba pasando allí? Liam tuvo la tentación de ir directamente hacia él y darle un puñetazo para canalizar la rabia que sentía. Se contuvo y haciendo el esfuerzo de no lanzarse a su yugular, se dirigió hacia ellos.

—¿Está todo bien? —le preguntó a Carla con mirada profunda, mientras le ponía la mano alrededor de la cintura, intentando marcar su territorio y Carla, deseando que la tragase la tierra, miró hacia el suelo e hizo las presentaciones.

—Liam, Rafa. Rafa, Liam.

Ambos se estrecharon fuertemente la manos y Rafa, quizás asustado por la furia contenida de Liam, decidió retirarse de la escena.

—Ha sido un placer. Si me disculpáis, os voy a dejar.

Le dio un beso a Carla en la mejilla y aprovechó para decirle algo al oído.

¿Cómo se atreve?, será hijo de la grandísima puta, maldijo Liam en su interior

—¿Qué está pasando aquí?, ¿es tu ex? —preguntó con una mezcla de rabia y angustia. Estaba enfadado y muy asustado. No quería perderla y Rafa era una amenaza.

—Sí —respondió Carla con la mirada perdida.

¿Por qué le ha afectado tanto verle?, se preguntó Liam. Joder, joder, joder. Seguía enamorada de él. Es el fin, pensó.

—¿Y qué quería?

—Quería decirme que acaba de dejar a su mujer —parecía abducida y hablaba por inercia.

—¿Qué pinto yo en todo esto?

—No lo sé —fue su única respuesta y el mundo de Liam se tambaleo.

Se sintió mareado y tuvo que salir de allí. Estoy jodido, la he perdido, pensó. Quizás nunca había sido suya. Desde el mismo día en el que le hablo de él, supo que iba a ser un problema por la forma en la que lo había mencionado.

Con su aparición pública había querido, conscientemente, mantener alejados a todos los hombres de ella, incluido a él. Pero había conseguido lo contrario. Logró que él se asustara y viniese a recuperar lo que era suyo. No le extrañaba. Cualquier hombre en su sano juicio, no podría alejarse de una mujer como Carla. Y ella lo quería. ¿Por qué?, se preguntó con dolor.

Estaba perdido, desorientado. Pensó en ir a ver a las amigas de Carla, quizás ellas le ayudarían a entender lo que estaba pasando, pero no sabía dónde poder encontrarlas. Podría esperar a Carla en su casa, pero tenía miedo de enfrentarse a ella, le asustaba la realidad. No quería perderla.

No sabía qué hacer. Tenía ganas de matar a alguien y ganas de morirse a la vez. No podía ser. Cuando su vida comenzaba a tener algún sentido y empezaba a tener fuerzas para luchar, todo se había esfumado en cuestión de segundos. Ya sabía yo que no podía ser real. Era demasiado bonito como para ser real, pensó. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? Nunca se habría imaginado que Carla iba a hacerle daño de esa manera. Independientemente de que lo quisiera o no, creía que era buena persona, pero se había equivocado.

Llegó a su casa enfurecido y destrozado por el dolor de ver a Carla con su ex y de ver la duda en su rostro.

Se sentía impotente, no quería perderla, sólo deseaba que lo quisiera como él la quería a ella. Pero, ¿qué podía hacer? Llamó a Mark, su amigo y su hombre de confianza. Había llegado a Madrid el día anterior, trayéndole noticias sobre la pequeña Emma y le pidió un

favor, a pesar de ser de madrugada.

—Por favor, me estoy volviendo loco. Necesito conocer todos sus movimientos. Sé que es muy tarde, pero te compensaré con creces.

Hace años Liam había contratado a Mark para llevar todos sus asuntos personales. Organizaba su agenda, le asesoraba en asuntos legales, gestionaba sus diferentes inversiones... aunque últimamente, se encargaba de velar por Emma en la distancia, haciendo prácticamente la labor de un detective privado.

Confiaba tanto en él que se había convertido en un gran amigo y confidente. Pero era mutuo, ya que aunque le había costado, Mark se había abierto a Liam y formaba parte también de su vida y de su familia.

Dos horas después, Mark se presentó en su casa, con una información que sabía que no le iba a gustar.

Liam tenía la mirada encendida. No había podido pegar ojo, ni lo había intentado. No podía de sacar de su mente la imagen de Carla con su ex.

Cuando entró Mark, lo miró expectante, pero la seriedad de su rostro le hizo intuir que algo no iba bien.

—Lo siento, traigo unas fotos que no te van a gustar. Son de Carla entrando en el hotel en el que se hospeda su ex —le acercó la cámara para que las viera.

Su furia iba en aumento y tuvo la tentación de estampar la cámara contra el suelo, pero finalmente se controló. Estaba destrozado. Si el estar lejos de su hija le estaba matando, Carla estaba acabando de rematarlo y de la forma más cruel.

Sonó el timbre. Tuvo la esperanza de que fuese Carla, pero no, esa noche aún le deparaban más sorpresas, aunque por suerte, no todas eran malas.

Carla sintió ganas de vomitar. ¿Por qué tenía que haber aparecido ahora? Ahora que era tan feliz. Esa noche David había venido a la discoteca y al verle tan mala cara, le aconsejó que se fuera a su casa a descansar, a lo que ella accedió sin rechistar porque realmente no se

encontraba bien. Ya en el coche llamó a Noa pero no contestó. Pensó en llamar a Lucía pero ella no sabía prácticamente nada sobre Rafa y no le apetecía tener que contarle la historia desde el origen de los tiempos.

Rafa le había pedido que, por favor, fuera a verle a su hotel, que la estaría esperando todo el tiempo que fuese necesario, pero ella no se sentía preparada, estaba demasiado aturdida. ¡Había dejado a su mujer! Le parecía imposible, no se lo podía creer. Pero, ¿hasta que punto le importaba?.

Por suerte, Noa le devolvió la llamada, sabía que cuando Carla la llamaba de madrugaba era porque realmente se sentía mal.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de ver a Rafa, ha venido a decirme que ha dejado a su mujer, que me quiere y que quiere que estemos juntos.

—¿Cómo?, ¡no me lo puedo creer!.

—Liam me ha visto con él y creo que se ha enfadado un poco, bueno, bastante —Carla hablaba abatida.

—¡Ayy, Dios!, ¿qué has sentido al verle?, ¿aún le quieres? —Noa tenía dudas sobre los sentimientos de Carla, al ser tan reservada le costaba entender o distinguir, que era lo que sentía realmente.

—No sé, estoy hecha un lío. Hace unos meses no me lo hubiera pensado ni un segundo, pero ahora las cosas son diferentes.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentaré relajarme e iré a hablar con Rafa, tengo que aclarar las cosas con él antes de poder enfrentarme a Liam.

—Ya sabes que aquí estaré para lo que necesites.

—Lo sé. Gracias.

Durante un rato condujo sin rumbo, necesitaba pensar. Tenía que enfrentarse a las cosas para poder seguir adelante y por ello, fue al hotel en el que Rafa se hospedaba.

Rafa, sólo al ver la expresión de su rostro cuando entró por la puerta de su habitación, supo que aquello no iba a acabar bien. Empezó ella a hablar.

—No entiendo por qué has hecho esto ahora. Creí que para ti lo

más importante era tu familia, tu hijo, … no sé a que viene este cambio justamente ahora.

—En el fondo creo que pensé que tú estarías siempre ahí para mí. Que tarde o temprano acabaríamos juntos. Suena egoísta, pero creí que siempre serías mía, porque tu corazón me pertenecía. Pero al verte en la prensa con ese futbolista me asusté, porque pensé que podría perderte para siempre. Eres la mujer de mi vida y sin ti ya nada tiene sentido.

Carla vio todo con gran claridad.

—Te equivocas, todo tiene el mismo sentido. Hasta ahora has estado viviendo feliz con tu familia y simplemente has tenido un arranque de celos. Yo te quiero mucho, pero después de nuestro último fin de semana en el hotel, comprendí que no podíamos estar juntos, que tú habías rehecho tu vida y que te merecías ser feliz sin mí. Fue muy duro pero conseguí superarlo. Y ahora tú has visto que yo también he rehecho mi vida y has comprendido, que por mucho que nos queramos, no podemos estar juntos. Es difícil asimilarlo, pero no debes hacer locuras con tu vida por ello.

Rafa parecía no estar de acuerdo con lo que decía Carla.

—¿Si nos queremos porque no podemos estar juntos? Raquel acabará superándolo y mi hijo no sería el primer hijo de padres separados.

Carla sabía que Rafa no estaba siendo sensato y racional. Lo conocía demasiado como para saber que no soportaría ser el causante de una familia desestructurada. Sí, se estaba dejando llevar por los celos, la pasión, el instinto, el corazón. Pero aunque en eso momento no lo aceptase, ni lo entendiese, se acabaría arrepintiendo de la decisión que acababa de tomar. Y además, tenía que saber la verdad.

—Rafa, sólo hay un problema, que me he enamorado de otra persona —Carla, escuchando sus propias palabras, reafirmó en su interior lo que acababa de decir. Sin duda se había enamorado de Liam.

Rafa sintió una puñalada en el estómago, pero a pesar del dolor, supo desde ese momento, que ya no merecía la pena luchar por Carla porque su corazón ya no le pertenecía.

—No sé que decir, ante eso no puedo hacer nada.

—Lo siento mucho. Te deseo lo mejor del mundo.

—Y yo también —le dijo abatido.

Lo había intentado, pero ya era inevitable. Acababa de perder al amor de su vida.

Era demasiado tarde, o quizás demasiado temprano, para ir a ver a Liam, así que Carla prefirió ir a casa a darse una ducha y tomarse un café, para estar bien preparada de cara a la gran confesión que iba a hacerle. Estaba eufórica y muy nerviosa a la vez. ¿Y si Liam no le correspondía?. Decidió no pensar en esa posibilidad y con valor se presentó en su casa.

—Lo siento, Carla, pero no es buen momento.

Carla vio a una chica sentada en uno de los sofás del salón y el corazón le dio un vuelco. ¿Ya se había buscado a otra?

—Tenemos mucho de que hablar —salió parte de la ira que tenía guardada —pero no va a ser ahora.

Y así, sin dejarle decir nada, le cerró prácticamente la puerta en la cara.

Seguramente hoy se vaya a acabar el mundo. No es posible que todo esté yendo tan mal, pensó Noa. Jacobo la había dejado, con motivos, por supuesto. Lucía había vuelto de París después de tres meses, acababa de hacer una locura por amor y se había encontrado a su amor abrazado a una rubia. Arggg. Los astros no se podían haber alineado peor. Por que sí, las desgracias no se acaban ahí. Como en la ruleta, siempre hay alguien que da más. Carla se había enamorado y..., prefería ni pensarlo. Con todo lo que ha sufrido y ahora le ocurre esto, se lamentó Noa por su amiga.

Se sentían desgraciadas, empachadas y borrachas; pero Noa miró a sus amigas y a pesar de todo, eran afortunadas, porque no estaban solas.

—Chicas, sabéis que os quiero, ¿verdad?

Carla y Lucía asintieron un poco descoordinadas por los efectos del

alcohol.

—Escuchadme. Esto no puede seguir así.

Ellas la miraban como si esperasen un gran discurso por su parte, una revelación.

—Hemos encontrado al hombre de nuestras vidas y en lugar de sentirnos afortunadas, nos sentimos totalmente desgraciadas porque no están a nuestro lado. Pero no, no puede ser así.

Carla y Lucía la escuchaban emocionadas.

—Eso debería ser suficiente motivación para luchar por ellos. Hay muchas personas que no llegan a descubrir lo que es el amor verdadero. Y nosotras, que lo hemos encontrado, debemos luchar por él hasta las últimas consecuencias, ¿verdad?

—Sí —gritaron al unísono.

—Venga, pues a dormir, mañana tengo un súper plan para seguir nuestra lucha con energías renovadas.

Carla y Lucía, dejándose llevar por el discurso motivador de Noa y por el alcohol, se fueron a dormir y en cuestión de segundos, las tres estaban soñando con el amor de sus vidas.

Llevaban más de tres horas caminando, pero aún querían más. No les parecía suficiente peregrinaje para aliviar sus penas y expiar sus pecados.

—Creo que me podría comer una vaca —dijo Lucía.

—¿Pero tú no eres vegana? —le preguntó Noa con una fingida cara de extrañada.

—Mujer, es una forma de hablar. Te lo tomas todo al pie de la letra.

—Pues yo, después de los excesos de anoche, necesito al menos dos días sin comer para purificarme —dijo Carla mientras se sentaba en uno de los muros de piedra, que bordeaban la calzada romana que estaban atravesando.

Esa era una de las rutas de senderismo preferidas de los domingueros por su fácil acceso, su amplia zona de aparcamiento y porque no había que tener la condición física de un deportista de élite para realizarla. Por suerte, no era domingo y desde que habían llegado

sólo se habían cruzado con una pareja de más de sesenta años que caminaba con un ritmo envidiable.

—Con la caminata que nos estamos pegando, la ración triple de postre y los cuatro Gin Tonics, ya han pasado a mejor vida.

—Puede... pero tanto aire puro hace que me duela la cabeza. —A Lucía parecía no estar sentándole muy bien el paseo.

—A eso se le llama resaca.

—Pues yo tengo una angustia aquí en el pecho —confesó Carla.

—¿Recordáis lo que hemos hablado ayer? —les preguntó Noa.

Lucía y Carla, aunque se habían pasado bebiendo y tenían alguna pequeña laguna, sabían perfectamente a qué parte de la conversación se refería Noa.

—Chicas —su cara reflejaba la seriedad y la solemnidad del momento, —llegado este punto, en el que nuestras vidas van a la deriva y en el que nosotras estamos perdidas en medio de la nada, deberíamos hacer un pacto de sangre.

—¡Puaj!, no hables de sangre, se me revuelven hasta las ideas. —Aunque estaban en un lugar de ensueño, para Lucía no estaba siendo la excursión más idílica del mundo.

—Aish..., que es una forma de hablar. Me refiero a que podríamos hacer un juramento.

—Sí, no volver a beber —dijo Carla mientras se frotaba las sienes.

—Pero que mal os sienta la resaca. —Noa estaba empezando a enfadarse. —Debemos prometernos, principalmente, a nosotras mismas, que siempre vamos a ser fuertes y lucharemos, con todas nuestras fuerzas, por conseguir aquello que queremos y con lo que soñamos.

Carla y Lucía pusieron cara de circunstancia.

—Vale, podemos tener un día de bajón y de debilidad. Pero después de una sobredosis de chocolate, más de dos Gin Tonics y toneladas de lágrimas, debemos reponernos y seguir adelante con ganas de comernos el mundo. Sí, de nada sirve que nos quedemos en casa ahogándonos en nuestras penas. La vida no está hecha para que perdamos el tiempo sufriendo. Además, ¿no es lo que hemos hecho

hasta ahora? Luchar y luchar. Pues a partir de este momento, queda constituido oficialmente el club de las NO sufridoras.

Capítulo 15

Noa tenía que demostrarle lo mucho que lo quería. Normal, era perfectamente comprensible. Con todo el daño que le había hecho era totalmente lógico que para comprobar que todo lo que le había dicho era cierto, necesitaba que se lo demostrara. Deseaba que volviese a su lado, pero quería que lo hiciese confiando en ella y en la sinceridad de sus sentimientos. Por nada del mundo le gustaría que volviese con ella con dudas o con miedo de que volviese a hacerle daño. Sabía por experiencia que no hay nada peor que mantener una relación con una persona en la que no confías. La incertidumbre y los temores pueden llegar a atormentarte tanto, que puedes llegar a rozar la locura. Pero ¿cómo iba a demostrárselo?, ¿cómo iba a conseguir que volviese a confiar en ella? Lo tenía claro, la clave estaba en tener paciencia y en ser ella misma.

Después de servirse una generosa copa de vino, encendió su ordenador para escribir a Jacobo. No quería agobiarlo, por ello descartó la opción del móvil o de conectarse al Skype. Optó por el e-mail. Sabía que Jacobo no solía revisar su correo personal con tanta frecuencia como para preocuparse y disgustarse si en un dos o tres días todavía no le había contestado.

"*Cariño*, (estuvo dándole cien mil vueltas a cómo empezar el e-mail, "hola Jacobo", demasiado informal, "Jacobo" a secas, demasiado serio; "mi amor", "mi vida", demasiado arriesgado, no quería que se sintiera presionado. Al final ganó "cariño". Noa era muy cariñosa a la hora de hablarle a la gente a la que quería, así que a nadie y menos a él, le sorprendería que utilizase ese término que formaba parte de su vocabulario habitual; además, tampoco tenía porque ocultar sus sentimientos hacia él).

Necesitaba darte las gracias por todo y sobre todo, por la última noche que pasamos juntos. Ha sido una de las mejores noches de mi vida.

¿Sabes qué la mayor parte de mis recuerdos más felices los he compartido contigo? ¿Pero sabes cuál es el más especial? Nuestra primera noche juntos, ¿la recuerdas? Esa cena interminable no sólo por la

abundancia de comida, sino porque no podíamos parar de hablar entre bocado y bocado. Ya desde el primer momento me encantaba escucharte, creo que eso fue lo que me enamoró. Sentía que podía pasarme horas y horas frente a ti, escuchando como hablabas de cualquier cosa: de tus viajes, de tus gustos musicales, de tus sueños, de tus comidas favoritas, del libro que estabas leyendo en tus trayectos de metro y el que tenías sobre tu mesilla… y verte hacerlo mientras te bebías una copa de vino, me volvía loca, no hay nada más sexy que tu elegancia bebiendo un buen vino. Aún recuerdo como te reías cuando te decía, que aunque no me gusta el sabor del vino, me encantaba la sensación de clase y distinción que me proporcionaba tener una buena copa en la mano. Contigo comencé a apreciarlo y ahora tomarme una copa, como en este momento, me proporciona tranquilidad y bienestar. Echo de menos hacerlo contigo.

Luego vimos "Descalzos por el parque" y tengo que reconocer que te mentí, te dije que sí, que la había visto una vez pero hace muchísimo tiempo y la verdad es que prácticamente me la sé de memoria. Como bien sabes, es una de mis pelis preferidas, pero decidí no decirte nada y utilizar mis conocimientos sobre la película, para que no te dieses de cuenta de que no le prestaba atención a la película, porque estaba demasiado ocupada observándote y analizando todas las sensaciones que me producía estar cerca de ti. Creo que estuve media hora aproximadamente debatiéndome en si cogerte o no de la mano y al final me lancé y qué bien me sentí. Ya entones el calor de tu mano me proporcionó sensación de seguridad y protección. Cuando se acabó la peli y me propusiste que nos fuésemos a comer un trozo de pastel descalzos en el parque, me sentí feliz porque tuve la impresión y no me equivoqué, de que querías pasar el resto de la noche conmigo. Cuando bajábamos en el ascensor, no dejaba de preguntarme cuándo pensabas besarme, lo deseaba con todas mis fuerzas, pero tú no te atrevías. El momento en el parque no sólo fue dulce, sino maravilloso. Durante estos años lo hemos repetido en varias ocasiones y siempre me resultó igual de entrañable y encantador. Pasear contigo de noche por el parque charlando de nuestras cosas es increíble, ojalá podamos volver a hacerlo pronto.

Cuando volvimos a casa, de nuevo en el ascensor, me pregunté a qué estabas esperando y comencé a tener dudas, quizás no te atraía y sólo

buscabas una amistad.

Ya en tu casa, me sentí incómoda, té veía nervioso, de un lado a otro recogiendo las cosas de la cena y muy torpe a la hora de querer servirme una copa. Llegué a pensar que te sentías mal porque no sabías como hacer que me fuera y librarte de mí. Oí todo el barullo que estabas armando en la cocina y me acerqué allí, no sólo por si podía ayudarte sino también porque necesitaba saber qué te estaba pasando. El hielo estaba esparcido por el suelo y tú estabas con las manos apoyadas en la encimera respirando de forma lenta y profunda como si quisieras controlar tu respiración. Te pregunté si querías que me fuese, tú te volviste hacía mí y me pediste que me acercara, me cogiste de las manos y me dijiste que deseabas besarme pero que sabías que si lo hacías no ibas a dejarme marchar. Me acerque aún más a ti, hasta pegar mi cuerpo con el tuyo y te besé delicadamente y después de la ternura llegó la pasión. Fue increíble. Recuerdo esa noche como si fuese ayer y fue tan especial, que creo que jamás la olvidaré.

Cariño, seguramente no quieras hablar de todo lo malo que ha pasado, pero tarde o temprano me preguntarás por qué lo he hecho, por qué te he hecho tanto daño y aunque no quieras escucharlo, necesito responderte.

Cada vez que lo pienso no me puedo creer todo lo que he llegado a hacer, se me ha ido de las manos, creo que en algún momento me dejé llevar y perdí el control.

Contigo ha sido todo siempre tan fácil. Nunca hubo juegos enrevesados, nunca hubo segundas intenciones, ni mensajes entre líneas. Siempre fuiste sincero conmigo. Tus palabras iban en total consonancia con tus actos. Me decías que me querías y me le demostrabas. Confiaba en ti. Nunca había sentido con nadie la complicidad que existía entre nosotros, éramos amigos y amantes. Fue tan sencillo quererte. Cualquier mujer podría volverse loca por ti.

Pero me equivoqué, me confié demasiado y no te valoré lo suficiente. Me dejé llevar por ti y nunca puse nada de mi parte. Sentía que era parte de ti quererme, como una "obligación" y nunca me preocupé por mantener viva la llama. Tanto fue así, que me enfrié y empecé a tener dudas de lo que sentía y había sentido por ti. Lo siento, me asusté. Tenía miedo de comprometerme a pasar contigo el resto de mi vida sin saber lo que

realmente sentía por ti.

La angustia de las dudas y el saber el daño que te estaba haciendo, me hicieron perder el control. Sé que no existe justificación para lo que hice. Sólo puedo pedirte perdón.

Seguro que piensas que esto no son más que palabras y te preguntas quién te asegura que no vuelva a ocurrir. Lo único que puedo hacer es darte mi palabra y pedirte que confíes en mí. Perdóname, por favor.

He cometido un gran error, pero me ha servido para darme cuenta de cuánto te quiero y de lo mucho que necesito. Y si fueras capaz de perdonarme, me encantaría poder pasar el resto de mi vida contigo. Te estaré esperando.

Te quiero,

Noa".

Lucía tampoco podía rendirse a la primeras de cambios, se lo había prometido a las chicas y a ella misma, no iba a sufrir por amor sin antes haber luchado hasta las últimas consecuencias. Había perdido una batalla, no la guerra. Le había visto en actitud cariñosa con una chica muy atractiva , ¿y qué? Eso no significaba nada. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario y las pruebas que tenía no eran concluyentes. No tenía nada que perder. No había llegado hasta allí para no luchar por el hombre al que amaba.

Tardó algunos días en darse cuenta de todo esto y salir de la autocompasión en la que se había hundido. Noa y Carla le ayudaron a ver las situación de una perspectiva mucha más positiva y optimista. Juntas iban a ser fuertes y salir adelante, fuese con el hombre del que estaban enamoradas o sin él. Pensó en la frase de Noa : *"la vida es demasiado corta como para perder el tiempo sufriendo por amor (...) no llores por lo que no tienes y lucha por lo que quieres"*. Ya era hora de actuar.

Estuvo horas dándole vueltas sobre cómo hacerlo y al final se decidió por una canción, como ya lo habían hecho muchas ocasiones. Pero, ¿qué canción podía sintetizar en poco más de tres minutos lo que sentía? Tardó más de una hora en escoger la canción. Y sin pensarlo más, pulsó el botón de enviar. Su ritmo cardíaco estaba

desbocado, sólo le quedaba esperar. Pasaron los minutos, las horas y aunque no dejaba de mirar el móvil, no había respuesta.

El único mensaje que le llegó, para su gran decepción, era una promoción de su compañía telefónica.

No podía permitir que su historia terminase con un triste mensaje sin respuesta. Inacabada, sin concluir, sin un punto y final. Necesitaba verle, poder hablar en persona con él. Iba a ser valiente. Se puso la cazadora y fue a su casa.

No respondió al telefonillo. Supuso que probablemente no habría llegado de trabajar. Volvió a llamar un par de veces y se propuso esperarle en el portal. Cuando llevaba más de una hora esperándole, llegaron los vecinos de Max, una pareja muy amable con dos hijos pequeños, deliciosamente educados y simpáticos.

—Hola, ¿esperas a alguien?

—Sí, a Max.

—Es nuestro vecino. Hace mucho frío, ¿por qué no le esperas en el rellano? —ver así a Noa, les había dado pena.

—Oh, no, no, puedo esperar aquí.

—Como sigas esperando en la calle, acabarás cogiendo una pulmonía.

Al final cedió a esperar dentro, en el rellano de su planta. Seguro que no tarda en llegar, intentó autoconvencerse. Por suerte, siempre llevaba un libro en el bolso. En esta ocasión, uno de sus preferidos que había empezado a releer, "*Jane Eyre*". Después de haber su versión cinematográfica, se le había antojado volver a leerlo.

No era capaz de concentrarse en la lectura, estaba demasiado ansiosa. Por lo menos, había dejado de repetirse mentalmente, una y otra vez, todo lo que tenía pensado decirle y de imaginarse cómo sería su conversación. No tenía sentido que pensara en algo que no dependía exclusivamente de ella.

Después de dos horas y media esperando, estuvo a punto de desistir. Pero no iba a rendirse tan fácilmente y esperó un poquito más. No perdía nada por hacerlo.

Cada vez que escuchaba el ascensor tenía la esperanza de que fuese

él, sin embargo, no estaba teniendo suerte. Cuando comenzaba a perder la esperanza de verle, se abrió el ascensor y al verlo salir, sintió que se mareaba. Se levantó del suelo y al ponerse en pie, notó como le temblaban las piernas.

Tenía cara de cansado y tardó casi diez segundos en asimilar que estaba allí frente a él, pero no puso cara de sorprendido.

Lucía había pensado que la conversación comenzaría con un "*¿qué haces aquí*?". En cambio, le dijo "*hola*" y bajó la mirada, con el objetivo de localizar entre todas sus llaves, aquella que abriera la puerta. Una vez abierta, se retiró a un lado y la invitó a pasar.

Se sentía muy incómoda pero entró. Se paró en la entrada, al estar allí dentro se le despertaron muy buenos recuerdos. Le encantaba su casa. Era tan cálida.

—Acabo de ver tu mensaje. He tenido reuniones hasta hace un rato —explicó mientras dejaba su mochila y su cazadora sobre el perchero.

—¿Quieres tomar algo? —se dirigió a la cocina sin mirarla un solo instante.

Era una situación muy rara. Por un lado, lo notó tranquilo y eso le parecía buena señal, pero por otro, el hecho que no la hubiese mirado ni una sola vez desde que saliera del ascensor, le inquietaba.

Mientras estaba en la cocina, Lucía se quitó el abrigo dejándolo sobre el sofá y se acercó hacia el gran ventanal del salón. Tenía unas vistas espectaculares. Cerró los ojos, en un intento de relajarse e inspiró profundamente, dejándose acariciar por todos los olores de esa casa que le resultaban tan familiares. Olía a él. Habría podido quedarse horas y horas disfrutando de la calidez de ese hogar. Vio reflejado en la ventana como Max volvía de la cocina con dos copas, una la dejó sobre la mesa y otra, la conservó entre sus manos. Se giró hacia él y se miraron fijamente durante unos segundos. Era una situación muy tensa, como si los dos temiesen la reacción del otro.

—¿Ha que ha venido? —preguntó Max con rostro serio intentando esconder su a angustia.

—Necesitaba hablar contigo.

Max estaba expectante, deseaba escuchar lo que Lucía iba a decirle.

Lucía sintió como se estremecía su cuerpo.

—No sé por donde empezar.

—¿Qué te parece por el principio? —su rostro ya no intentó esconder su desasosiego.

Respiró hondo e intentó descifrar en su mirada sus sentimientos, antes de sincerarse, pero no era capaz de ver el fondo de su alma. Había llegado hasta allí y ahora tendría que arriesgar.

—Empezaré por el principio y por el final. Te quiero, te quiero mucho y estoy enamorada de ti. Desde el mismo día en el que te conocí te convertiste en el centro de mi vida y de mi corazón. Quizás no tenga derecho a decirte esto, después de este tiempo y después del daño que te he hecho, pero aunque suene egoísta por mi parte, necesitaba decirte que lo que siento —le tembló la voz.

Él permaneció en silencio y miró fijamente hacia la copa que tenía entre las manos.

Fueron unos instantes eternos. Lucía necesitaba que dijese algo, fuese lo que fuese. Necesitaba que reaccionase aunque fuera para decirle que se marchara.

—¿Y tu marido? —preguntó sin levantar la mirada.

—Se ha acabado. Hace unas semanas comenzamos con el tema del divorcio y sólo es cuestión de tiempo.

Max dio un trago profundo a su copa y se sentó con el rostro abatido en el sofá..

—Lo siento, no sé que esperas que te diga. Estoy aturdido. Ha sido un día muy largo —dijo con rostro compungido.

No le gustaba verlo así. Se acercó a él y se sentó en la mesa de centro del salón, poniéndose a su altura. Le cogió de las manos y el calor de su piel hizo que sintiese pequeñas descargas por todo su cuerpo.

—No puede ser, no puedo —Max retiró sus manos para que no le tocase y su mirada huidiza escapó inquieta de la mirada de Lucía.

—No te preocupes. Sé que no tengo derecho a venir aquí y esperar que las cosas vuelvan a ser como antes. Has tenido tiempo suficiente para olvidarte de mí y rehacer tu vida.

Lucía le acarició la cara. Él puso su mano sobre la de Lucía y presionó su rostro hacia su caricia. Sus ojos se llenaron de lagrimas.

—No puedo —susurró con voz entrecortada.

Lucía le dio un beso en la frente y se puso en pie.

—Lo siento, ha sido un error, no tendría que haber venido —nerviosa, cogió su abrigo y se dirigió hacia la puerta con sus esperanzas marchitas.

—Te quiero demasiado y no podría soportar el perderte otra vez —confesó justo antes de que Lucía llegase a la puerta

Ella volvió a su lado y se arrodilló frente a él.

—No tengas miedo, no me perderás.

Puso sus manos sobre sus mejillas.

—He soñado tantas veces con este momento que no me creo que sea real. ¿Estoy soñando?, ¿estás aquí de verdad?

—Sí, estoy aquí de verdad y si me lo permites, me gustaría quedarme.

Carla llevaba varios días sin saber nada de Liam y a pesar de lo ocurrido la última vez, decidió coger el toro por los cuernos, por eso era una miembro fundadora del club de las no sufridoras, ¿no? Iba a enfrentarse a la situación aunque el resultado no fuera bueno para ella. Pensó que ocurriese lo que ocurriese, se lo iba a tomar desde el lado positivo. Si Liam la quería iba a ser la mujer más feliz del mundo y si no la quería, sería el impulso que la motivaría a volver a empezar. Se autoconvenció de que pasará lo que pasará todo iba a ir bien. Sí, el mundo es de los valientes y el que arriesga no gana, se repetía una y otra vez. Y así, volvió a presentarse en casa de Liam, sin la euforia de la última vez, pero con el doble de nerviosismo.

Tardó en abrir la puerta, aunque el conserje le había confirmado que el Sr. MacKnight sí estaba en casa. Le abrió la puerta y la hizo entrar con un simple "*pasa*" mientras él se iba corriendo a la cocina. Le pareció estar en piso distinto, ya que había más desorden del habitual con un montón de trastos por el medio. Juguetes de bebé. Escuchó un llanto en la cocina. ¿Emma?, ¿está aquí Emma?, se

preguntó. Fue a la cocina y se encontró a una bebé sentada en una trona mientras Liam, desesperado, intentaba darle de comer. La bebé lloraba y reía casi al mismo tiempo, como si le hiciese gracia la actitud un poco cómica de su inexperto padre.

—Trae, déjame a mí —Carla le pidió el plato de papilla, el que Liam le cedió con gusto.

Ella comenzó a hablarle con un tono muy relajado y dulce a la niña, al mismo tiempo que le acercaba cucharadas de comida. Y la niña, embobada por sus palabras, accedía a comer.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Liam asombrado.

—Te estaba viendo demasiado nervioso y ha sido lo suficientemente lista como para jugar contigo.

—Ya ves... parece que últimamente a todas las mujeres os da por jugar conmigo —dijo Liam con tristeza.

Carla estaba dispuesta a confesarle sus sentimientos, pero antes quería saber quién era la chica del otro día y se lo preguntó directamente.

—La madre de Emma. —respondió él—. Al menos algo me sale bien. Se ha quedado embarazada de su actual pareja y bueno, por una justa suma de dinero, ha decidido renunciar a la custodia le Emma. Al final el dinero lo compra todo.

—Es muy triste que una madre renuncie a su hija ¿no crees?.

—Sí, pero ella está enamorada y cree que Emma va a ser más feliz con un padre que la quiere, que con un padrastro que no siente mucho aprecio por ella. Las mujeres por amor hacéis muchas tonterías —dijo mirando a Carla con resentimiento.

—Tienes razón, las mujeres cuando nos enamoramos hacemos cosas tan tontas como volver a la casa del chico que nos gusta, aunque la última vez nos haya echado.

Liam tardó unos segundos en entender lo que Carla acababa de decir y tuvo la impresión de que había escuchado mal.

—¿Qué estás diciendo?, ¿no has vuelto con tu ex? —Liam le mostró las fotos entrando en el hotel de Rafa que le había hecho Mark.

—Sí, he ido a verle pero para decirle que me he enamorado de ti.

—Vuelve a decirlo.

—Que estoy loca y profundamente enamorada de ti.

Liam le quitó la papilla y la cuchara de las manos, los apoyó encima de la mesa y cogió en el aire a Carla, dándole millones de besos mientras le decía que la quería. Emma divertida por la situación, no paraba de sonreír y golpear la trona alegremente con sus pequeñas manos.

Capítulo 16

Se acercaban las navidades y Carla estaba a tope de trabajo, pero estaba feliz ayudando a Liam a descubrir y compartir los grandes secretos de la paternidad.

En pocos días, se había ganado el cariño de Emma y para disgusto de su padre, la niña demostraba tener predilección por Carla. Quería que ella la bañase, le diese de comer y la acostase. Y ese cariño era mutuo, porque Carla estaba loca por la pequeña y se había convertido en una prioridad para ella.

A veces se lamentaba de tener que trabajar tanto porque echaba en falta no pasar más tiempo con Emma. En alguna ocasión, Liam le sugirió, prácticamente le pidió, que dejase su trabajo, pero había algo que a Carla le frenaba. Llevaba muy poco tiempo disfrutando su independencia y después de lo que le había costado llegar allí, le resultaba duro renunciar tan pronto a su nueva situación.

Simón le envió un e-mail y le pidió que fuese a verlo. Su comunicación era cin por cien telefónica y el que la hubiese citado, le resultó extrañó e intuyó que el motivo de la cita no era nada bueno.

Seguramente vaya a despedirme por mi relación con Liam, pensó. Y aunque no le

parecía justo, quizás era lo mejor para todos y así ella podría dedicarse a Emma en cuerpo y alma.

Cuando entró en su despacho. Simón tenía el rostro pensativo y preocupado. No había duda, iba a despedirla, se dijo Carla.

—Te he hecho venir porque quería comunicarte algo personalmente.

—Tú dirás —dijo Carla, tragando saliva y esperando su sentencia de muerte.

-—Van a darle el alta a mi hija Cloe y me gustaría que, poco a poco, se fuese incorporando al mundo real y después, al trabajo.

No había duda, iba a despedirla para darle su puesto a su hija. Normal. Era totalmente lógico y ella hubiera hecho lo mismo.

—Y me gustaría que tú la acompañases en su vuelta al mundo real.

¿Cómo?, ¿iba a ser la niñera de su hija? No, no quería. Pero, ¿cómo no iba a devolverle el favor a Simón con lo mucho que la había ayudado?

—Sé que te pido mucho, pero no puedo dejar que David se encargue de ello. Para él sería demasiado duro y si ella volviera a recaer, no creo que él pudiese soportarlo. ¿Me ayudarías, por favor?

Carla asintió con la cabeza, sin llegar a creerse lo que tenía que hacer. Pero, ¿cómo iba a decirle que no a Simón?, no podía hacerlo, sería muy poco considerado por su parte y ella no era así.

—Le darán el alta justo antes de las fiestas, para que pueda disfrutarlas en familia y en cuanto acaben las navidades, me gustaría que la fueras sacando al mundo.

¡Ay, Dios!, ¿cómo se había metido en este lío?, quizás hubiese sido mejor que la hubiera despedido. Se animo pensando que sería después de que pasara la Navidad, para eso aún quedaban tres semanas y quería disfrutar del presente con sus seres queridos, sin pensar en nada más.

Noa no quería reconocerlo, pero esta hiper-mega-deprimida. Eran vísperas de Nochebuena y no tenía noticias de Jacobo, nada, ni un e-mail, ni un mensaje. Nada de nada.

Este año ella y su padre, iban a pasar la Nochebuena en casa de Carla, mejor dicho, en casa de Liam. Carla había organizado una cena muy especial con Liam, Emma, su madre, Lucía y Max, Noa y su padre. Carla y Lucía estarían felices con sus parejas y ella estaría muy sola y muy triste. Necesitaba saber de Jacobo, aunque sólo fuese para que le dijese que ya no la quería y que pasase página. Después de su última noche en Nueva York había tenido la esperanza de que volviese a su lado, pero a medida que pasaban los días, sus esperanzas se iban desvaneciendo.

La mañana de Nochebuena, con la llegada de su padre fue capaz de dejar de pensar por unos minutos en Jacobo. Fue su pequeño instante de desconexión mental. Se rió de sí misma. Era una “No sufridora” y estaba sufriendo más que nadie. A sus niños del cole, cuando se

lastimaban y no paraban de llorar de forma exagerada, ella les ponía una tirita con cariño y ellos dejaban de llorar y se ponían la mar de contentos. Ojalá su dolor se fuese con una tirita. Pero afortunadamente, estaba allí su padre para darle un poco de cariño, de comprensión y también, una sorpresa inesperada.

—Cariño, tengo que decirte algo.

—Dime —le dijo Noa sin imaginarse la bomba que le iba a lanzar.

—Tengo novia y estoy muy enamorado —puso cara de tontorrón.

—¿Cómo? —le preguntó Noa loca de alegría y abrazándolo, sin soltar la tostada con mermelada que estaba desayunando.

—¿Quién es? Cuéntamelo todo.

—La conoces —confesó ya con un rostro más serio.

—¿Cómo? —Noa no podía creerse que conocía a la novia de su padre, que además era la primera novia que su padre tenía desde que su madre le hubiese dejado. Ya era hora, pensó, pero ¿quién sería?

—Es Sofía.

Ahora todo tenía sentido. Lo cambiada que Noa había visto a la madre de Carla e incluso, el por qué su padre no le pidió explicaciones cuando le pidió dinero para ir a Nueva York, estaba claro, lo sabía todo.

Noa no sabía si reír o llorar. Se alegraba de que su padre estuviese saliendo con una mujer como Sofía, que además de un bellezón, era una persona fantástica. Pero tenía miedo de la reacción de Carla. Ella adoraba a su padre y no sabía si entendería que otro hombre intentase ocupar, en cierto modo, su lugar.

En pocas horas lo sabría. La cena de Nochebuena va a ser interesante, pensó Noa.

Carla se sentía muy afortunada por contar con la ayuda de su madre. Liam y Emma aún no se entendían a la perfección y su madre se estaba ocupando de la pequeña, mientras ella preparaba la cena. Su madre siempre había sido muy niñera y se la veía feliz entreteniendo al terremoto de Emma.

Carla había notado a su madre un poco nerviosa e incómoda, pero

pensó que era normal, la había traído a pasar la Nochebuena a casa de su novio, al que acababa de conocer, que además de tener una hija, era uno de los futbolistas más famosos e importantes del momento.

Liam estaba siendo muy atento y amable con ella y no dejaba de preguntarle si estaba bien, si necesitaba algo o si quería que la relevase en el cuidado de Emma.

Después de varias horas cocinando, Carla fue a arreglarse a la habitación. No tenía muchas cosas en casa de Liam, pero se había llevado todo lo que necesitaba para esa noche. Un bonito vestido negro ajustado por la rodilla, con toda la espalda al aire, con unos elegantes zapatos a juego. Cuando estaba acabando de maquillarse entró su madre con un impresionante vestido de color rojo que le daba un aire entre delicado y sofisticado. Cogió un cepillo del tocador y le cepilló el pelo como hacía cuando era pequeña.

—Mamá, ¿qué te parece Liam?

—Es encantador y se ve que te quiere mucho.

—Sí, yo también le quiero mucho. Me hace muy feliz.

—Cielo, quería contarte una cosa pero tengo miedo de disgustarte en una noche tan especial para ti —Sofía intentaba ocultarle su inquietud y su preocupación.

—¿Va todo bien, mamá?

—Sí, cariño, estoy muy feliz y en parte es porque hay alguien en mi vida —dijo sin dejar de cepillarle el pelo.

Carla se quedó por un momento en shock. Sabía que esa situación podía llegar, pero de imaginarlo a vivirlo, había un gran paso.

—Papá siempre formará parte de mí y de mi corazón —confesó Sofia con lágrimas en los ojos— pero no puedo vivir pensando en su recuerdo y en el dolor de saber que ya no está conmigo. Necesito vivir.

Carla siguió escuchándola en silencio.

—No es fácil. Sigo pensando en él a todas horas y siento que le estoy traicionando, pero deseo ser feliz.

—Mamá, te entiendo y no te preocupes, papá seguro que se alegraría de verte feliz —le mostró su comprensión.

—Carla, lo conoces y de hecho, viene a cenar esta noche.

Carla tardó varios segundos en procesarlo,

—¿Cómo?, ¿es Martín? —preguntó sorprendida.

—Sí —respondió con cara de enamorada.

—Me alegro, mamá, seguro que él te cuidará como te mereces —Carla lo decía totalmente en serio. Ella le tenía mucho cariño al padre de Noa y sabía que era un buen hombre para su madre.

Llegaban los invitados. Los primeros en hacerlo fueron Lucía y Max. Era la tercera vez que Liam y Carla cenaban con Lucía y Max, habían congeniado muy bien y los chicos habían hecho muy buenas migas. Luego llegaron Noa y su padre. Al entrar, Sofía le dio un cariñoso beso y un abrazo a Martín, dándole a entender que ya se lo había dicho a Carla y que había dado el visto bueno. Y a continuación, Carla también le dio un abrazo muy cariñoso, mientras miraba a Noa sonriéndole con complicidad.

Se sentaron en el salón, en donde Carla había preparado el aperitivo y charlaron animadamente, mientras Emma que no dejaba de hacerle gracias a todo el mundo. Se había convertido en el alma de la fiesta.

—Bueno, chicos —intentó Liam llamar la atención de los invitados —, aún no ha llegado Papá Noel pero antes de la cena hay alguien que tiene una sorpresa.

Todos sonrieron y el corazón de Noa latió a mil por hora, deseando que la sorpresa fuera para ella y que se llamara Jacobo.

—Pero primero una canción —dijo Liam mientras pulsaba un botón del reproductor de música y comenzaba sonar la canción de John Legend, *“All of me”*.

“Cause all of me,
loves all of you,
love your curves and all your edges,
all your perfect imperfections,
give your all to me

I´ll give my all to you,
you´re my end and my beginning,
even when I lose I´m winning
´Cause I give you all of me,
and you give me all of you".

"Porque todo de mí,
ama todo de ti.
Ama tus curvas y tus bordes,
todas tus perfectas imperfecciones,
dame todo de ti,
y yo te daré todo de mí.
Tú eres mi final y mi principio,
incluso cuando pierdo, estoy ganando,
porque te doy todo lo mío,
y tú me das todo lo tuyo".

Con una canción de por medio, Lucía sospechó que la sorpresa iba a ser para ella. Segundos después, Max sacó una pequeña caja para Lucía y las esperanzas de Noa se vinieron abajo. Sintió ganas de llorar.

—Creo que es pronto para que vuelva a casarme —dijo medio en broma, medio en serio, mientras desenvolvía el paquete.

Una llave.

—Quiero que te vengas a vivir conmigo. Sé que Noa es una gran compañera pero te necesito conmigo.

—Si, por supuesto —lo abrazó llena de felicidad.

Y además Lucía me deja sola, pensó Noa. Esto no puede ir a peor.

Acabó la canción y Max sacó otro paquete del bolsillo.

—Esto es para ti, Noa.

Noa lo desenvolvió con desgana y sumida en su tristeza. Otra llave. No lo entendía, ¿qué significaba eso?

—Max, eres un tío guay, pero no pienso irme a vivir contigo.

—¡Mierda! y yo que quería dos por el precio de una —dijo

bromeando—, pero quizás quieras vivir con quien está detrás de esa puerta —le señaló un cuarto que estaba a la izquierda del salón.

No podía ser, ¿Jacobo estaba allí?. Se quedó paralizada y no fue capaz de levantarse del sofá.

—Va a ser mejor que salgas —gritó Liam y Jacobo abrió la puerta.

Noa no podía dejar de llorar. Jacobo se acercó a ella e intentó consolarla, con sus abrazos y con sus besos. Carla y Lucía se unieron con sus lágrimas de felicidad, al ver a su amiga tan emocionada.

—Sois unos capullos —dijo entre sollozos—, ¡cómo me habéis engañado!

Noa no podía sentirse mejor, Jacobo había vuelto a su lado y quería que viviesen juntos. Estaba siendo la mejor Nochebuena de su vida.

La cena transcurrió entre risas, confidencias, entre caricias, miradas cómplices y mucho, mucho amor.

Cuando todos se fueron, incluso su madre, a la que le había dado las llaves de su casa para que se fuera con Martín, Carla se sentía agotada, pero al mismo tiempo estaba radiante de felicidad, porque había reunido a toda la gente que quería y todos estaban felices y en cierta medida, ella había contribuido un poquito a tanta alegría.

Arropó a Emma en su cuna y se tumbó en la cama al lado de Liam, que estaba esperándola despierto.

—Nunca pensé que esta noche iba a ser tan especial —dijo Carla emocionada.

—Pues aún queda lo mejor para usted, señorita. Le tengo preparada una sorpresa —le dio una caja similar a la de Noa y Lucía.

—¡Umm!, una llave, que ocurrente —le dijo con picardía, intentado estropearle la sorpresa.

—Sus llaves, señorita, ya las he dejado dentro de su bolso, para que no se olvide de llevárselas.

Había conseguido intrigar a Carla, ¿qué habrá dentro de la caja?, se preguntó.

En cuanto le quitó el envoltorio a la caja, Liam le pidió que se la diese.

—Disculpe, señorita, pero esto me corresponde a mí. —se tomó una

pausa de segundos antes de abrir la caja—. Carla, ¿quieres casarte conmigo?, por favor, dí que sí.

Carla no pudo evitar llorar al ver ese maravilloso anillo, mientras escuchaba la pregunta de Liam.

—Sí —respondió entre lágrimas.

Nunca había sido tan feliz.

Había sido la mejor noche de sus vidas.

Continuará…

¿Cómo afectará a la boda de Carla una sorpresa inesperada?, ¿regresará Nicolás a la vida de Lucía?, ¿con qué intenciones?, ¿cómo será la vida de Noa en Nueva York?...

No te pierdas estas sorpresas y muchas más en:

Si quieres saber más acerca de **“El club de las NO sufridoras”**, te espero en las redes:

Twitter: @covagalena #ElClubDeLasNoSufridoras

Facebook: www.facebook.com/CovaGalena

Blog: www.covagalena.wordpress.com